ADVERTENCIA
ESTO ES UNA NOVELA
(AUNQUE SE PAREZCA
A LA REALIDAD DE
FORMA ASOMBROSA)
HDP
ES DUEÑO DE UNA TELEVISORA, UN BANCO,
UN CONGLOMERADO DE EMPRESAS
—Y AHORA ESTÁ CONSIDERANDO COMPRARSE
LA PRESIDENCIA DE UN PAÍS.
SABINA BERMAN
Planeta

HDP

SABINA BERMAN

Planeta

ÍNDICE

1 . El cubo de vidrio
2. Los círculos vacíos
3. La Torre Alfa
4. Los humanos desaparecen
5. El juez supremo
6. El ruido de los cristales al caer
7. Delicados
8. 800 camisas azules
9. Poc
10. La risa de la serpiente
11. Los desechables
12. La licuadora opresora
13. La Furia en do mayor
14. El corazón sin acento
15. Insuficientes recursos de la mente
16. La bazuca
17. El corazón sensible del capitalismo
18. Clic clic
19. El buen adiós
20. Lo que esconde la transparencia
21. La vida en Marte
22. El alma
23. Clic

Acerca del autor
Créditos

Para mis compañeros trabajadores del Grupo.

Para Raquel, mi primer par de ojos.

Para Isabelle, again and again and again.

1
El cubo de vidrio

1

No huele. No tiene sabor. Es translúcido.

Es, por un poco, la Nada.

El aire.

Solo se nos manifiesta cuando adquiere velocidad, se estrella contra un volumen y —BUM— retumba.

Cuando contra los filos de los altos rascacielos se divide y —sssss— silba por el centro de la vasta ciudad.

Cuando en las frondas de un bosque se desbarata en mil y un susurros de secretos indescifrables.

O bien, cuando de pronto se niega a entrar a tu cuerpo.

2

El Gran Adiós le puse por nombre: de pronto en mi despacho se me fue el aire.

Quise jalar con los pulmones aire por las narices y nada: mis pulmones apenas y se movían: se me había cerrado la tráquea, el aire no entraba y empecé, creo que por primera vez en mi vida, a verlo.

Miento. Solo veía puntos de luz suspendidos en el

aire.

Supe entonces que tenía cinco parpadeos disponibles antes de morir.

—Es disnea —susurró el doctor Roth.

—¿Es mortal? —sopló a lo lejos el policía.

Caminé tambaleándome, asfixiándome, hacia el ventanal cerrado. Jalé su manija para descorrerlo. No se descorría.

—Mejor desmáyate —Roth me agarró por los hombros—. Déjate vencer. Que tu cuerpo desmayado respire por ti.

No me dejé vencer: volví a jalar con fuerza la manija.

3

En el esqueleto de huesos finos, dentro de la jaula de las costillas, los dos pulmones grises se inflan.

—Respira un poco más hondo —dice la voz a mi costado.

Los pulmones se inflan un poco más en la pantalla de la máquina de rayos X.

—Exhala ahora lento —la voz me ordena en la penumbra.

El esqueleto separa las quijadas y exhala despacio y largo y los pulmones van desinflándose.

—¿Dices que hoy sucedió el episodio de asfixia?

—Hoy a mediodía —responde el esqueleto.

Esta soy yo: ese esqueleto y este cuerpo desnudo y sentado en un taburete de metal. Un cuerpo moreno, delgado, con los pezones pequeños erectos, las rodillas juntas.

No soy nada más que eso: solo este cuerpo sólido. Lo demás es filosofía. Es decir, ficción.

—Tuviste covid —otra vez la voz de la doctora en la

penumbra—. Y el virus te dejó un pulmón disminuido. ¿Lo ves en la pantalla?

Sí: en la pantalla, tres cuartos del pulmón derecho son de un gris más claro.

—Sí lo veo —respondo, y observo el aire de mi exhalación volverse esas palabras que tampoco soy yo.

Eso es hablar: modular en la epiglotis y los labios el aire: modularlo en palabras que no soy yo, que me son ajenas, prestadas.

—¿Puedo recuperar la capacidad de mi pulmón?

—Difícil.

—Mierda —pienso, no lo digo.

Y observo la palabra *mierda* silabearse en mi garganta.

Eso es pensar, pienso: hablar por dentro con palabras prestadas.

—Felicidades, disfrútalo —me anima la doctora.

—¿Qué disfruto?, ¿mi pulmón disminuido?

—No. Que tuviste el coronavirus y eso te ha vuelto inmune. Considéralo un superpoder. Puedes pasearte por la pandemia sin ser infectada.

Eso es escuchar: dejar que el lenguaje ajeno se articule dentro de mi cuerpo.

—¿Y cómo paro esta hiperconciencia? —yo.

Este verme respirar. Este observarme existir. Esta insoportable conciencia de existir al borde de no existir.

—Disfrútala también —la doctora—, porque desaparecerá cuando suceda una de dos cosas. Que tu pulmón derecho regrese a su antigua capacidad o te acostumbres a respirar como un tísico.

—Elijo lo primero —digo—, ¿cómo regreso mi pulmón a su antigua capacidad?

—Vístete —dice la doctora— y te enseño cómo.

Apaga la máquina de rayos x y sale del cuartito de tiliches en donde hemos estado.

Desde la oscuridad del cuartito escucho cómo en la

cocina abre el grifo de la tarja y se lava las manos.

4

En la luz roja del ocaso que inunda la cocina, estoy de pie frente al ventanal que ha descorrido la doctora. Entra el aire frío y el escándalo de los silbidos de los pájaros.

Durante la pandemia las fábricas han dejado de trabajar y el tráfico ha bajado hasta ser casi nulo, y atraídos por el aire libre de humo los pájaros han llegado a la ciudad.

De las sorpresas de la pandemia: una pareja de gorriones y otra de mirlos viven ahora en dos nidos que han construido en las escuadras del barandal del balcón de mi casa.

—Ahora, así de pie, respira hondo e inhala largo —ordena la doctora.

Inhalo…

Exhalo…

—Ahora, abre los brazos al inhalar.

Los abro al inhalar.

—Ahora ciérralos al exhalar despacio.

Los cierro al exhalar despacio.

—¿Y qué hago luego?

—Y luego no hables. Si conviertes tu exhalación en palabras, tu mente se vuelve una venda por la que pasan las imágenes de las cosas que nombras, y dejas de observarte respirando.

Mi caja torácica se ensancha con cada inhalación profunda.

—Los pájaros tienen tres pulmones —me educa la doctora, de pie a mi lado—. O cuatro o seis. Según la especie.

Me ilustra sobre el sistema neumático que forman los pulmones de los pájaros, esos genios del aire, que

pueden cruzar océanos volando sin bajar a tierra.

Nosotros en cambio solo tenemos un par de pulmones que hacen algo bastante más primitivo. Meter y sacar aire.

La idea es ir creciendo mi pobre pulmón desinflado, haciendo lo que hago ahora, varias veces al día: respirar profundo y exhalar largo, en sesiones lo más largas posibles.

Al fondo de la noche se oye la sirena de una ambulancia. Otro primate humano con pulmones enfermos, rumbo a un hospital.

La doctora pulsa un interruptor y la cocina se inunda de luz blanca.

Ante la tarja se quita la gorra y su pelo negro cae a los dos lados de su cara, morena y de ojos grandes y verdes. La doctora Claudia Lagos, mi hermana.

5

Mi hermana me pide que haga una lista de las personas que vi mientras estaba enferma y le avise a cada una que la pude haber contagiado.

—Difícil —le digo.

Vi al menos cien personas en la oficina.

—Ah sí, el Grupo Alfa sigue trabajando —mi hermana disgustada.

Así es. La autoridad sanitaria ordenó hace un mes cerrar los comercios y las fábricas del país, pero los 180 mil trabajadores del consorcio hemos seguido trabajando en las instalaciones usuales, a plena capacidad.

—Exponiendo a sus trabajadores y exponiendo a otros al contagio.

Cierto: cada espacio laboral del consorcio se ha vuelto un foco de infección y los traslados de los trabajadores, de ida y de vuelta a sus hogares, se han

vuelto ríos también de infección. Una red de infección tendida a lo largo y lo ancho del país.

Mi hermana abre el refrigerador y saca una manzana, roja y lustrosa. Me la ofrece.

—No gracias —respondo.

—Qué puta maldad de tu jefe —sentencia y muerde la manzana—. Ese grandísimo hijo de puta.

No es una novedad el apelativo que le da a mi jefe. Recientemente las redes lo han bautizado como el HDP, aprovechando la coincidencia de las siglas de su nombre, Hugo David Prado, con las siglas de Hijo de Puta.

En la pila del bautizo su madre le vio la cara y le dijo al cura «Póngale #HDP». Un tuit que se volvió viral.

Que te mate el COVID19 o el #HDP, elijan uds., esclavos del Grupo Alfa. Otro tuit viral.

Que durante este día admirado #HDP puedas experimentar la paz de saber que todo un país te odia. Incluidas las honorables señoras trabajadoras sexuales. Otro tuit viral.

—Hay trabajos que es mejor perderlos que encontrarlos —sigue Claudia—. ¿Por qué no le renuncias a ese malévolo señor feudal dueño de tiendas de raya?

—Por esta casa —le respondo—. Debo terminar de pagarla.

Este cubo de vidrio donde vivimos las tres mujeres Lagos: mi hermana, su hija Sandra y yo. Una casa diseñada por mí e instalada sobre una montaña: mi sueño desde la adolescencia.

—Escucha Valeria —dice mi hermana de pronto especialmente seria. Da la última mordida a la manzana. Aprieta el pedal del basurero y deja caer el tallo—.Te pedí que nos encontráramos en la casa para revisarte y también para darte una noticia. No vamos a vernos en algún tiempo.

—¿Por qué? —me alarmo.

—¿Te acuerdas del hospital del padre Ortollani?

Se sienta en una de las sillas altas junto al mostrador

de granito.

Claro que me acuerdo. Al inicio del año, cuando empezó a decirse que el virus cruzaría los océanos y habría un contagio mundial, el padre Ortollani le pidió a Claudia que montara un hospital en su iglesia, en el centro de la ciudad.

Una iglesia colonial que resultó tener un interior magnífico. Las columnas de cinco pisos de alto culminaban en un cielo pintado, por el que flotaban nubes ribeteadas de oro y serafines con alas soplando trompetas.

—Bueno —me dice Claudia—, esta mañana terminamos de montar el hospital y llegaron ya los primeros pacientes. Calculo que las camas irán llenándose en una semana. Y yo voy a irme a vivir ahí.

—¿En el hospital? —yo aterrada.

—No en el hospital. Voy a dormir en la calle frente al hospital, dentro de mi camioneta, para no esparcir el virus.

—Mierda —soy una niña otra vez, asustada de que mi hermana mayor se muera.

—A Sandra la dejé esta tarde con su padre —me avisa.

Sandra: mi sobrina.

—Como él está guardado en casa y tú estás saliendo a trabajar, era lo mejor. Pero si algo me pasa a mí —me ve directo a los ojos—, prefiero que crezca contigo, con mi hermana.

De pronto está hablando de algo imposible: un mundo futuro donde ella no existe.

—Qué idiota soy —murmuro con poco aire—. Yo estoy preocupada por terminar de pagar esta casa y tú te vas a curar gente que se asfixia.

—Cada quien eligió su destino, ¿no es cierto? —me sonríe Claudia—: yo curar enfermos, tú acumular dinero.

—Eres mala.

—Al contrario —me dice mi hermana mayor—. Yo soy la buena, tú la codiciosa.

Los ojos se me nublan. No soporto pensar que mi hermana pueda morirse.

Claudia baja de la silla alta y alarga los brazos para abrazarme: quiere consolarme de antemano de su muerte. Pero se detiene. Baja los brazos y da un paso atrás. Son tiempos de no tocarse. De no estar cerca, para evitar el contagio.

—No te preocupes por nada —le digo—. Todo va a estar bien —le prometo.

Aunque estoy convencida de que no será así: esa mota invisible, ese meteorito microscópico que vino del fondo del aire, el virus, ha llegado para desmantelar al mundo: no solo el de mi familia, sino el mundo entero, tal y como lo hemos conocido.

—Voy por mi maleta —Claudia se va de la cocina.

6

Cuando vuelve de su habitación a la sala, tiene puesta una visera de plástico y un cubrebocas, parece una suerte de astronauta, con el abrigo negro puesto sobre el uniforme verde y una maleta deportiva al hombro.

¿Cuánto cabe en esa pequeña maleta? Seis prendas de vestir. Ropa interior. Nada.

—Un momento —le pido—. Quiero darte algo.

Saco de la bolsa de mi vaquero negro las llaves de mi camioneta y se las alargo:

—Llévate mejor mi camioneta. Es más cómoda y tiene calefacción.

—Ponlas en el piso —me pide.

Se acuclilla ante las llaves y las atiende como a un animalito peligroso: saca de su abrigo un pequeño

aerosol y las rocía, luego con un pañuelo las limpia. Se las guarda en la bolsa del abrigo y deja en el piso las llaves de su camioneta desvencijada.

Volvemos a estar una ante la otra a tres metros de distancia.

—¿Me lo juras? —pregunta.

No tiene para qué explicar que me habla de su hija Sandra y de que la cuidaré como a una hija, si ella muere.

—Lo juro —respondo.

Luego mi hermana mayor sale por la puerta principal de nuestra casa. Al juntarse la puerta con el quicio suena, nítido, un chasquido.

Clic.

7

A media noche suena mi celular. En la pantalla aparece un nombre.

LA FURIA MAYOR.

Más bien un mote.

Salgo al balcón de mi despacho. Desde ahí se mira, arriba un cielo morado con estrellas y abajo el bosque bajando por una ladera.

Vuelve a sonar el teléfono y yo pulso el interruptor en el marco del ventanal: pequeñas luces se encienden en los troncos de algunos árboles: es como si las estrellas se hubieran caído al bosque.

—Hola Pirinola —digo por fin—. Te llamé varias veces esta semana.

—Lo noté —la Furia.

—Te envié varios mensajes de texto. ¿Por qué no me contestaste?

—No quería saber nada de ti. Estoy encabronada contigo.

Un poco de viento mueve abajo las frondas.

—¿Y qué hay de nuevo? —yo—. Siempre estás encabronada. ¿Puedo saber cuál es el motivo actual?

—Me metiste a trabajar en un moridero.

Moridero: lugar donde la gente va a morirse.

—Te llamé —le digo, la respiración cortándoseme —, te llamé precisamente para decirte que te salieras de trabajar allá.

Allá: los edificios del corporativo del Grupo Alfa, donde la Furia Mayor es jefa de seguridad, un trabajo que yo le conseguí.

—Y para decirte también que te puedo prestar algo para que te encierres durante la contingencia.

—No quiero un préstamo tuyo. Mejor asalto una camioneta de banco.

Me río. Aunque no sé de qué me río: la Furia es perfectamente capaz de asaltar una camioneta de banco y también directamente un banco.

—Oye —me dice—. Pero qué bueno que hablamos, porque ahora que te oigo, te extraño.

Me alegro.

—Y quiero contarte algo —la Furia.

—¿Contarme qué?

Camino el largo pasillo oscuro que va de mi despacho a la estancia central del cubo de vidrio que es mi casa escuchando su relato.

Camino luego de vuelta por el largo pasillo al despacho, jalando aire con la boca abierta, para que la epiglotis no se me cierre y me asfixie.

Esta es la angustia y no las elegantes abstracciones que han descrito los filósofos: el cuerpo cerrando la epiglotis, asustado del mundo al que lo enfrentan los ojos —o las palabras que fluyen por el laberinto de su oído.

El cerebro forzando a la epiglotis a abrirse: la epiglotis apretándose para no dejar pasar al corazón, ese

tierno órgano, el horror.

2
Los círculos vacíos

1

La Furia Mayor. Su respiración caliente, debajo del cubrebocas negro.

Alta, delgada y musculosa, de piel color canela, el pelo al rape pintado de blanco, el tatuaje de una lagartija verde trepando por el cuello.

Estaba en su traje negro de fatigas, camiseta y chaleco antibalas negros, esperando que la máquina de café llenara el vasito de cartón, cuando una voz la distrajo.

—Dispénseme.

—Ahí estaba a mi lado una mujer pequeña —me cuenta la Furia por el teléfono.

Una mujer pequeña agarrada del palo de una escoba, respirando entrecortadamente y aprisa.

—¿Qué pasó, doña Mariana? —la Furia Mayor la miró hacia abajo.

Doña Mariana. El pelo cano en un chongo despeinado, el uniforme y el mandil azul marino de afanadora, con el logo del Grupo Alfa bordado en hilo blanco sobre el pecho.

—¿En qué le ayudo, doña Mariana?

—Tengo miedo señito —respondió con apenas aire la mujer—. Me duele el corazón del miedo —se tocó el pecho, precisamente sobre el logo—. Tengo 74 años —lo dijo como si eso explicara su miedo.

Y lo explicaba: se decía que los mayores de 65 años eran la población con mayor peligro de morir por el virus.

—Puto virus escondido en el aire —me dice la Furia por el teléfono—. Pero usted ya soportó varios meses de miedo, le contesté. ¿Por qué hoy tiene más miedo?

—Venga y le enseño —le pidió doña Mariana—. Lo que me da miedo está en el Edificio 2.

Bajaron en el elevador de acero inoxidable a la planta baja. En una pared había un dispensador de gel antibacterial y en otra pared un letrero.

Grupo Alfa no cierra

El país no debiera

Doña Mariana oprimió el dispensador y mientras se lavaba las manos durante veinte segundos con gel, la Furia también se puso gel en los guantes de látex, y los frotó uno contra otro.

2

En los márgenes de un estacionamiento del tamaño de dos campos de futbol americano, cuatro edificios gigantescos, cada uno tan largo como el estacionamiento, de 13 pisos cada uno y cada uno forrado de cristales polarizados azul verdoso, albergaban el corporativo del consorcio: el cerebro de sus cien empresas.

La Furia y la pequeña afanadora cruzaban el

extenso estacionamiento, a esa ahora repleto de automóviles, cuando sintieron un soplo de aire helado.

Los oficinistas de los edificios llamaban a ese soplo «el heladazo»: provenía de una mole de cemento de cuatro pisos arrinconada entre los Edificios 1 y 2. El congelador central del consorcio.

—Es en el piso 12 —repitió doña Mariana cuando abordaron el elevador de acero inoxidable del Edificio 2.

Un letrero anunciaba ahí:

Somos héroes

Damos el ejemplo

Salieron del elevador y la Furia barrió con la mirada el espacio, semejante al de cualquiera de los pisos del corporativo: un piso entero repleto de empleados en sillas giratorias tecleando en computadoras o hablando por sus diademas, codo contra codo.

La indicación de las autoridades de sanidad del país de mantenerse a más de un metro y medio de distancia totalmente ignorada. El uso de los cubrebocas, ignorado por la mitad de los oficinistas.

—Ya casi llegamos —susurró doña Mariana, el palo de la escoba agarrado en una mano, como si fuera el cañón de una escopeta gigante.

Y sí, tras una mampara estaba la fuente de su horror.

Un espacio circular vacío: sillones giratorios vacíos ante mesillas vacías con pantallas de computadoras apagadas. Solo tres oficinistas, en ese espacio para veinte, tecleaban con las cabezas agachadas.

—El resto ha ido faltando desde el lunes —murmuró la pequeña afanadora.

La Furia contó los sillones vacíos.

18.

—Mierda —digo al teléfono—. Un brote de infección.

—Hay otro —doña Mariana.

En el piso 9 había otro círculo de asientos vacíos y con solo una oficinista al centro, encorvada por el miedo, respondiendo una llamada por su diadema.

—Y hay otro más —doña Mariana.

En el Edificio 3, piso 4: otro círculo de sillas giratorias sin gente.

—Ayúdame, por favor —tuteó la afanadora a la Furia. Y de nuevo repitió—: Tengo 74 años, no me quiero morir, no seas mala.

—No supe qué contestarle —me dice la Furia.

Y doña Mariana añadió sus razones para no morirse:

—Tengo una hija en mi casa que perdió su trabajo y ella tiene un hijo. Y tengo un esposo en una silla de ruedas, que no puede trabajar. De veras necesito el salario para darles de comer, pero si me muero por infectarme, ¿pues cómo cobro mi salario?

—Comer o infectarse —resumo la opción de doña Mariana.

La Furia respiró profundo.

—Sí la voy a ayudar —le prometió.

3

Entraron a la televisora del Grupo. La jefa de seguridad tenía paso franco por todos los espacios. Pero en lugar de ir hacia los foros de televisión, bajaron unas escaleras de piedra, para llegar al edificio de los ejecutivos.

Ahí los espacios eran abiertos y lujosos. Pisos de mármol blanco, en las paredes blancas óleos de volcanes en marcos plateados.

Parte de la colección de óleos de volcanes que el dueño del Grupo rotaba por los espacios directivos.

En el tercer y último piso un individuo en un mono blanco acercó una pistola de plástico a la frente de la Furia y leyó su temperatura.

—Correcto —dijo—. Pase.

Luego aplicó la pistola a la frente de doña Mariana y ella achicó con terror los ojos, como si de verdad la pistola de plástico fuera a dispararle un balazo en la frente.

—He pecado padre —silabeó ella y se persignó.

Pero el tipo de blanco le regaló otro día de vida:

—Está sana —le dijo—, pase también señora.

—Dígale al director que soy yo, la jefa de seguridad —la Furia le pidió a la secretaria que atendía tras un mostrador.

—Hágame el favor de esperarlo en la antesala —le respondió la secretaria.

—No gracias —la Furia—. Dígale que no voy a esperarlo, que esto urge.

El ingeniero Omar Jalil, director del corporativo del Grupo, las recibió amablemente en su amplia oficina amueblada en color negro.

Un hombre pasado de peso, cuyo cinturón le apretaba la panza crecida, a esa hora en mangas de camisa, pero con la corbata azul bien ajustada al cuello y un gesto raro en media cara: la ceja y la comisura del labio ligeramente alzadas.

—Por favor —les ofreció asiento ante su ancho escritorio de caoba.

La Furia tomó asiento en el sofá de cuero negro. Doña Mariana en cambio se intimidó:

—Acá estoy bien, ingeniero —dijo, y se quedó de pie a un lado del otro sillón, agarrada al palo de la escoba.

La Furia informó de los tres brotes de infección. El

directivo sacó del cajón de su escritorio un cigarro eléctrico. Lo aspiró y echando vapor dijo que estaba enterado y que no había nada que hacer.

—Cómo que no hay nada que hacer —la Furia empezó a embroncarse.

—Debemos dar gracias porque tenemos un trabajo en medio de la pandemia —Jalil.

—¿En serio? —la Furia.

—En serio.

La Furia se alebrestó en su asiento, ladeó la cabeza para distender la rabia que le apretaba el cuello, y le contestó tratando de no usar malas palabras:

—Mira director, la mayoría de las empresas del país han cerrado y sus empleados están recibiendo sus salarios completos.

—Eso dicen, pero es falso. La mayoría está despidiendo a mucha gente. Otras están pagándoles un mínimo de sus salarios. Otras de plano los descansaron.

—¿Qué quiere decir «los descansaron»?

—Los mandaron de vacaciones sin sueldo, hasta nuevo aviso —Jalil—. La gente está mintiendo, no hay que creerle nada a nadie.

La Furia no retrocedió:

—Pues a mí me consta —dijo— que hay muchos trabajadores recibiendo sus salarios completos sin ir a trabajar.

—De todos modos eso no nos importa acá —dijo Jalil—, ¿y saben por qué?

—Dinos, director.

—Porque cuando la competencia hace zig, nosotros hacemos zag.

Casi cantó la oración, como en Televisión Alfa un coro la cantaba entre un programa y el siguiente.

—En una esquina de la oficina estaba una cámara de seguridad —me lo dice la Furia por el celular.

Sí, claro: en cada oficina del consorcio la hay, una

cámara de seguridad. Como en cada pasillo. Como en cada elevador. Como en cada baño.

—¿Y qué con la cámara? —le pregunto.

—Que si no hubiera estado ahí la cámara le hubiera colado una tranquiza al puto ingeniero de mierda.

—A ver ingeniero —la Furia intentando buenos modales—. Te lo voy a explicar porque parece que tienes la puta cabeza hueca —la Furia no logrando del todo los buenos modales—. Acá la señora Mariana tiene 74 años. Es población de alto riesgo. Y yo te voy a pedir que no seas un desgraciado: que hagas con ella una excepción y la mandes a su casa, sin cortarle el salario.

—Mire señora Mariana —Jalil se dirigió a la afanadora con respeto.

—Mándeme usted ingeniero —dijo Mariana, todavía agarrada del palo de la escoba.

—El control de nuestra vida no lo tenemos, ¿está usted de acuerdo?

—Pues qué le digo —la afanadora.

—La verdad es que usted puede morirse hoy en la noche y yo también. Míreme con cuidado por favor.

—Sí ingeniero, lo estoy mirando.

—Yo tengo ya 64 años y se habrá dado cuenta de que estoy pasado de peso.

—Un tantito sí, ingeniero, con todo respeto.

—Lo que le quiero hacerle notar, doña Mariana, es que mi gordura y mi edad son dos condiciones que me ponen en peligro. Además, ¿ve usted mi cara?

Doña Mariana adelantó la cabeza para ver mejor la cara de Jalil: media cara torcida en aquel gesto como de espanto.

—Tengo media cara paralizada, por un ataque al corazón que tuve el año pasado.

—Lo siento mucho señor ingeniero.

—Le agradezco, doña Mariana. A lo que voy es que eso triplica mi riesgo. Mire, yo veo que usted tiene una

Virgen en el cuello.

Una medalla de oro de la Virgen, del tamaño de una moneda de 1 peso, salía entre dos botones del cuello de la afanadora, y ella la tomó entre sus dedos.

—Esto es lo que le ruego, doña Mariana. Récele a cada rato
a la Virgen y lávese también seguido las manos con gel y estará bien, yo se lo prometo.

—Virgen y gel —la Furia ya rebozando odio—: ¿con eso estará bien, ingeniero? ¿Y qué más puedes prometerle?

—No mucho más, Consuelo —Consuelo: el nombre de pila que la Furia Mayor nunca usaba—. La otra opción es que la señora ya no venga a trabajar y pierda su trabajo y san se acabó. Porque, doña Mariana, quiero decirle que usted es libre de no venir a trabajar.

—¿Usted cree? —preguntó doña Mariana, y tragó saliva.

La Furia vio el ventanal de la oficina, a espaldas del director, y calculó tres movimientos.

Uno, desenfundó el arma.

Dos, cogió del nudo de la corbata al desgraciado, lo alzó del sillón giratorio, le colocó la cabeza contra el cristal y le metió el cañón de la pistola dentro de la boca.

Tres, disparó y el cristal del ventanal se manchó de sangre.

O más bien eso hubiera querido.

—Pero la cámara de seguridad ahí estaba —la Furia.

—Llévense unos dulces —las invitó el director.

—¿Cuáles dulces? —doña Mariana interesada.

El ingeniero desapareció bajo el escritorio y reemergió con un pomo de cristal lleno de dulces de colores envueltos en celofán translúcido y los vació sobre el escritorio.

Doña Mariana tomó un dulce y luego otro y otro y los fue embolsando en su mandil.

—Son de miel pura —presumió el director—. Ayudan a la tos, si es que les da tos.

4

De vuelta en el corredor de piedra gris, doña Mariana y la Furia caminaron entre las estrellas de la televisora: los opinólogos
y los actores y actrices: los que salían en las pantallas y eran famosos.

En esos días aciagos de la pandemia, y puesto que el Grupo les exigía presentarse a los foros, en lugar de transmitir desde sus casas los programas, como lo hacían las estrellas de las televisoras rivales, habían convertido el corredor al aire libre en el refugio donde estar.

Vestidos de forma impecable, maquillados de forma perfecta, listos para salir en pantalla, tomaban café en vasitos de polietileno, tal vez alguno fumaba un cigarro, y sobre todo hablaban.

—Todos sin cubrebocas —me cuenta la Furia.

El cubrebocas era visto en el Grupo como una señal de cobardía.

Más exacto: de insubordinación.

Esa mañana hablaban de Suecia. De cómo Suecia era el único país de Europa que vivía la pandemia sin confinamiento.

—Parados en un foco de infección hablando de la puta Suecia —la Furia.

—Sí, también para eso sirve hablar —pienso para mí —, para no ver lo que está ante tus narices.

Me corrijo:

—No, sobre todo para eso sirve hablar. Para estar en otra parte.

—Señito —doña Mariana sacó a la Furia de su observación del coctel de las estrellas—, ¿quiere un

dulce?

—No gracias —le contestó la Furia.

Abrazada al palo de la escoba, la pequeña afanadora se metió un dulce de miel a la boca.

—Estos señores y señoras —dijo— me dan más calma que el ingeniero Jalil. Si ellos, que son ricos y famosos, no tienen miedo de contagiarse, yo tampoco.

—Los putos esclavos ricos y famosos y suecos del consorcio —la Furia a mí por el teléfono—, con Suecia en la boca, como un dulce de miel.

La Furia le preguntó entonces si tenía un celular.

—Claro que tengo —doña Mariana lo sacó de una bolsa de su mandil y se lo mostró con orgullo a la jefa de seguridad.

—A ver, le voy a dar mi teléfono, apúntelo. Si necesita algo me llama.

—Qué bien que le diste tu teléfono —la felicito desde mi despacho.

—Qué cínica eres —explota la Furia indignada—. Igual que el maldito Jalil. Par de burgueses desalmados. No: de putos suecos enajenados. Fue un gesto totalmente inútil. Explícame de qué mierdas le iba a servir mi puto teléfono si se le metía el virus al cuerpo.

—Está bien, lo siento —lo digo y guardo silencio y jalo aire con mi pulmón disminuido.

—Bueno, eso fue hace dos semanas —la Furia en voz baja—. Ayer doña Mariana no llegó al trabajo, se reportó enferma.

—Mierda.

—Le marqué a su teléfono, me contestó su hija.

—Mierda.

—Me dijo que antier en la noche doña Mariana empezó a toser y de pronto tuvo un ataque como de asma.

No podía respirar. Trataba de meter aire a su cuerpo pero no podía.

Del otro lado del teléfono yo entiendo: es la incapacidad de respirar que yo misma padecí: el Gran Adiós.

Doña Mariana se tumbó en el piso de cemento. Trataba todavía de respirar y seguía sin poder.

La hija pegó su boca a la de ella y le sopló para meterle aire, como había visto en las películas que se hacía con los ahogados al sacarlos del agua.

Pero su madre no podía tragar el aire.

Se puso azul.

—No estoy diciéndole una mentira, señito: color azul —la hija.

La hija la llevó al hospital del Grupo Alfa en un taxi, todo el tiempo soplándole aire en la boca.

En la misma puerta del hospital, le pusieron a doña Mariana una máscara de oxígeno.

—Es Covid-19 —se volvió a decirle a la hija una del trío de enfermeras que se llevaron sobre una camilla con ruedas a su madre.

Por una ventana larga la hija la vio pasar tendida en la camilla. Resollaba como un animal moribundo cuando la camilla empujó las puertas de la zona de emergencias.

—Y hoy mismo, como a las 10 de la noche, acá en el corporativo —sigue la Furia y se corta, no dice más.

—¿Qué pasó hoy a las 10 de la noche? —pregunto.

La Furia no contesta.

—Acá sigo. Dime qué pasó —yo.

—Mejor cambia de teléfono.

Entiendo que quiere asegurarse de que no estamos siendo monitoreadas por las computadoras del sistema de seguridad del consorcio.

—No te preocupes —le digo—. Para ahora Palomino ya debe saber todo sobre nuestra relación.

Palomino: el director de la red de seguridad del consorcio.

—Si me apuras, nos tiene grabadas haciendo el

amor —abundo—. Hay forma de espiar a través de celulares apagados.

—Joder —la Furia seca—, de verdad eres una puta frívola. Esto no es personal. Márcame desde un teléfono seguro.

En el sótano, abro la cerradura de la puerta de mi archivero.

Una oficinita forrada de anaqueles llenos de fólders y con una mesilla de madera ante un ventanal. Abro la caja fuerte y saco mi celular seguro, el que uso muy de vez en vez, para llamadas especiales.

Descorro el ventanal para pasar a un cuadrado de césped verde limón, donde el aire es menos pesado.

Marco de memoria el teléfono de la Furia.

5

—Hola Pirinola —vuelvo a saludarla.

—Hoy por la noche pasó algo peor —corta ella directo.

La Furia tomaba un vasito de café en el corredor de piedra de la televisora, a esa hora iluminado por luz eléctrica, parada entre el talento, es decir: parada en el puto coctel de esclavos bien vestidos, maquillados y parlanchines, cuando sintió una vibración en el piso, acompañada por un ronquido remoto, como de un motor lejano.

Le preocupó. Parecía el preludio de un sismo.

También les preocupó a las estrellas: se quedaron quietos, con los labios cerrados y sin respirar.

A esa hora la actividad en el consorcio era discreta, solo en tres foros se grababan los programas que irían transmitiéndose durante la noche, así que la Furia se llevó la mano a la cacha de la pistola, cruzó a zancadas entre el coctel quieto como un grupo de maniquís, cortó

camino por el amplio comedor de los trabajadores, oscuro y vacío en ese momento, y se asomó al estacionamiento, de donde parecían provenir el temblor sostenido y el resuello.

En la enorme plancha de asfalto, con apenas una veintena de automóviles aparcados, un pesado y largo camión sin logo alguno avanzaba hacia el cubo de cemento del congelador.

Desenfundó la pistola y caminó en sus botas de policía a prisa, casi corriendo, «el heladazo» estrellándosele en la cara. En ese momento, de la cabina del camión saltó el piloto al asfalto y ella disparó al cielo, para avisarle que estaba armada.

El chofer gritó con las manos en alto:

—Traigo un oficio.

La Furia Mayor se acercó más despacio con la pistola por delante.

—A ver tu oficio —dijo.

El chofer sacó de la bolsa de su pantalón una hoja doblada y se la extendió a la mujer del revólver, que la tomó para leerla de reojo.

Era en efecto un permiso para descargar mercancía ese 16 de abril del año 2020, sellado con el logo Grupo Alfa y firmado, presuntamente, por algún ejecutivo.

—¿Por qué no me avisaron nada? —la Furia.

—No sé —el chofer.

—¿Qué vienen a descargar?

—No, eso mejor lo ve usted por sí misma, ahora que descarguemos la mercancía.

—Y lo vi —me dice la Furia por el teléfono—. Desgraciadamente lo vi.

El chofer conocía la combinación para levantar la cortina de acero roja de la bodega. La pulsó en la cajita de seguridad, la cortina de acero rojo se alzó despacio y el chofer metió el monstruoso camión al patio de cemento para descargas. Ahí el chofer y el copiloto

abrieron las puertas posteriores del camión.

Una docena de tipos uniformados con monos y cubrebocas blancos saltaron al cemento y empezaron a bajar la mercancía.

Eran cajas de cartón color canela, de un metro y tantos de largo, estrechas, selladas con cinta color canela. En la tapa el logo del Grupo Alfa en color rojo.

—Recorrí con mi navaja la cinta canela de una de las cajas de cartón —me dice la Furia—. Juraba que dentro iba a encontrar cajas de cartón con licuadoras o tostadoras.

No, la caja alargada y estrecha contenía algo distinto: una sola cosa larga y estrecha guardada en una bolsa de plástico grueso color negro.

—¿Como las bolsas de basura? —pregunto por el celular.

—No como: era una bolsa negra de basura. Le desaté el cordón y me asomé dentro. Olía mal.

Un tufo denso, mezcla de cloro y algo repugnante, que le produjo el reflejo del vómito.

La Furia metió la mano en la bolsa y de inmediato se topó con algo suave: cabello humano. Eso al mismo tiempo que el chofer decía:

—No lo toque. Está infectado.

De cualquier forma ella sacó su linterna de la funda en su cinturón e iluminó dentro de la bolsa.

Era un muerto.

—Un puto muerto —la Furia.

Jalo aire del otro lado de la línea telefónica.

Un hombre con el rostro muy rojo y con cejas y bigotes blancos.

Mientras la Furia llamaba al ingeniero Jalil, y él no le contestaba, los chalanes bajaron del camión el resto de

las cajas, las montaron en montacargas y las trasladaron entre los altísimos anaqueles repletos de cajas de licuadoras, tostadoras, hornos de microondas, a la cámara del congelador.

Contra las paredes del congelador había pilas de grandes contenedores traslúcidos llenos de zanahorias, brócolis, lechugas, sandías y pescados: ahí, sobre el piso de cemento helado, del tamaño de dos canchas de basquetbol, los chalanes repartieron las 143 cajas color canela.

—¿Las contaste? —pregunto.

—Las conté —la Furia.

Introdujo su llave maestra en la chapa electrónica, abrió el camerino de una de las actrices estelares del Grupo y se bañó en su regadera con agua muy caliente.

Después vació un litro de loción dorada en una toalla y se friccionó el cuerpo, desde el pelo blanco hasta los entresijos de los dedos de los pies.

6

—¿Qué vamos a hacer ahora? —me pregunta la Furia.

—¿Quiénes? ¿Tú y yo?

—Tenemos que pararlo. A tu jefe.

A Hugo David Prado: el dueño del Grupo.

—Esto que pasa en el Grupo es una masacre, ¿te das cuenta?

—No —respondo—. Tú y yo no vamos a hacer nada.

—¿Nada? —la oigo hacerme eco.

—Así es, nada.

Le explico esa nada.

Ella no va a regresar a trabajar al corporativo. Se hará la prueba del covid. Si estuvo enferma sin saberlo, asintomática, es inmune a la enfermedad, como yo, y

vendrá a vivir a mi casa. Si no estuvo enferma y está en peligro de contagiarse, con más razón vendrá a mi casa.

—¿Y si estoy enferma ahora mismo?

—Igual vas a venir a vivir acá.

Todos los caminos conducen a mi casa: el cubo de vidrio.

—Yo voy a ir solo en las mañanas a mi oficina —sigo— y por las tardes vamos a hacer juntas yoga.

—Yo. Ga —la Furia parte en dos mi propuesta.

Le hablo de los ejercicios de respiración que debo hacer para salvar mi pulmón lleno de sangre.

—Yo. Ga —lo repite ella.

Le hablo de lo bien que me hacen sentir: llena de vida.

—¿Estás siendo sincera? —me interrumpe.

—¿A qué te refieres?

—¿De verdad crees que puedes ir en la mañana a la oficina, a cooperar en la masacre, y en la tarde hacer yoga y sentirte bien?

—No lo creo, estoy segura de que puedo —contesto.

El plan es sobrevivir juntas este moridero, haciendo ejercicios de respiración, comiendo bien, durmiendo abrazadas, y ya está.

—¿Sabes lo que no sé? —dice ella.

—Dime —le pido.

—No sé si eres una retrasada mental.

Probablemente lo soy.

—O eres una mentirosa.

Eso es seguro, no le digo, le digo en cambio:

—Mentirosa jamás.

—O simplemente eres una persona horrible.

Eso también es seguro: cuando las personas guardan dentro de sí un secreto horrendo, como el que yo guardo, se vuelven como lo que guardan: horribles.

—En todo caso —me dice la Furia despacio—, vete a la chingada.

Chingada: Infierno en vernáculo local.

—No quiero verte nunca más en mi vida —agrega.

Y corta la llamada.

—Ahí estoy —le digo al aire—, en el Infierno.

Y sí, ahí estaba, desde el mediodía de ese mismo día: en un tormento que en otro siglo se hubiera llamado el Infierno.

3
La Torre Alfa

1

Y sin embargo, nada auguraba un Infierno esa mañana del 16 de abril del año 2020.

—Buenos días, Valeria —me saludó en mi celular de oreja el dueño de Grupo Alfa—. ¿Ya llegaron?

El aire era luminoso y fresco en la amplia estancia central del *penthouse* de la Torre Alfa y ningún indicio apuntaba a lo que sucedería aquella misma noche: la Furia hablándome de bolsas negras de basura, con cadáveres dentro.

—Están llegando —le contesté a Hugo. Hablábamos de los ejecutivos del Grupo—. Los estoy viendo llegar.

En las doce pantallas adosadas a las paredes se repetía la imagen de una camioneta negra Mercedes-Benz apeándose a la entrada de la planta baja de esta misma Torre Alfa.

El copiloto bajó al asfalto y abrió la puerta posterior, para que descendiera Hernán de la Calle, director del Banco Alfa. Un tipo de aire aristocrático, delgado como una flauta, pelo escaso y blanco, en el uniforme del consorcio: traje oscuro, camisa blanca, y en su caso corbata roja.

El uniforme no era obligatorio, sencillamente los ejecutivos del consorcio emulaban al jefe, que vestía

siempre de traje oscuro y camisa blanca o azul clara, y la única libertad estética que se arrogaban era la elección de la corbata, tal vez porque Hugo nunca usaba corbata.

Luego se estacionó otra camioneta negra Mercedes: el consorcio recambiaba cada año la flota de las camionetas de sus ejecutivos.

Bajó el Gordo Medrano. Se llamaba José, lo llamamos simplemente el Gordo, porque era gordo y alto, el pelo blanco lo usaba retenido en una coleta en la parte posterior del cráneo, y esa mañana su corbata era discreta: gris. Director de Relaciones Políticas del Grupo Alfa.

Otra camioneta Mercedes negra: bajó el ingeniero Omar Jalil, director del corporativo, el cerebro desde donde se manejaba al emporio, y de las relaciones públicas del Grupo: un hombre de corbata azul oscuro, con la mitad derecha del rostro congelado en un rictus de terror: un ataque cardiaco le perdonó la vida, pero no la expresión.

Otra camioneta: saltó al asfalto con paso ligero y portando al cuello su alegre declaración de libertad: una corbata de moño azul celeste, Salvador Murano, el Intelectual Corporativo: el encargado de la retórica pública del Grupo.

Así bajaron al asfalto, cruzaron la explanada y entraron a la Torre Alfa los directores de las áreas en que se dividían las cien compañías del Grupo.

En el vestíbulo de la torre, cada uno tomó asiento en una silla y un médico y dos enfermeros fueron atendiéndolos.

El índice de cada uno fue picado por una aguja, la gota de sangre que emergió fue transportada por la aguja al diminuto hueco en una tableta de plástico: la prueba del contagio.

Mientras tanto en el borde exterior de los ventanales del *penthouse* se había colocado una fila de cien

gorriones: pajaritos negros con el pecho rojo, mirando hacia abajo, hacia la ciudad, que desde ahí se veía como de juguete.

Y sí, era el juguete que manejábamos desde las alturas.

2

Hugo plantado ante una pantalla, tras él su séquito de directores, separados entre sí por una sana distancia.

Silencio.

Solo las respiraciones audibles.

En la pantalla hay dos barras. La barra roja de egresos. La barra azul de ingresos. Actualizadas cada diez minutos.

Hay personas que contemplan obras de arte con una reverencia asombrada: Hugo y sus duques así contemplamos aquellas barras que cifran miles de millones de pesos.

Nos movemos a la siguiente pantalla, la que cifra en dos barras el estado financiero de otra de las empresas del Grupo.

Silencio.

Respiraciones pausadas. Nada que comentar.

Si Hugo necesitara explicaciones, tocaría con el dedo índice la barra que le intriga y la barra se desplegaría en una nueva imagen de barras de distintos colores, que la desglosan.

Nos movemos a otra pantalla.

Silencio.

Respiraciones profundas.

Pero es raro que Hugo quiera ver las barras de colores que desglosan la ganancia y los gastos de una empresa. No quiere enredarse en detalles. En complejidades.

Para eso cuenta con sus directores, para atender las minucias.

Otra pantalla, con la barra azul de ganancias muy alta. Los hombres respirando lento y profundo.

De pronto, la barra azul salta arriba un centímetro y crea un sobresalto de alegría en los rostros: Hospitales Alfa acaba de registrar una ganancia de diez millones: la mano de Hugo sube al hombro de su director, el doctor Roth, y a su lado otro ejecutivo lo felicita en voz baja:

—Bravo doctor.

Otra pantalla ante la cual se instalan Hugo y su séquito.

Así hasta llegar a la última pantalla, la de la suma total del trabajo de 180 mil trabajadores, expresada en dos limpias barras.

Una roja. Otra azul.

3

—Y esto es el resultado de nuestra decisión de no cerrar durante la pandemia —dijo, parco, Hugo, señalando desde su escritorio la pantalla de la suma total.

Un escritorio de vidrio, totalmente vacío. Ni una hoja, ni una pluma, ni un teléfono: sin minucias: limpio.

El de pelo blanco, peinado con una línea a la izquierda, como el pelo de un escolapio, el traje azul oscuro, el último botón de la camisa blanca desabotonado.

—El resultado de seguir trabajando a plena capacidad —agregó como un eco el hijo de Hugo, sentado a la diestra del escritorio y vestido como su padre: traje oscuro, el primer botón de la camisa blanca desabotonado, el pelo negro con la raya a la izquierda, como un escolapio.

Benjamín Prado, heredero del emporio, y según las

malas lenguas, una versión de su padre en tamaño muñeco de ventrílocuo.

Ante ellos, en sillas negras, la asamblea de sus hombres de confianza se relajó: el jefe estaba satisfecho con ellos.

Y tras los caballeros, la única mujer, y la persona más joven de la reunión, descruzó las piernas en vaqueros negros y tenis blancos: yo: *the chief of staff* de Hugo: su jefa de personal: o como Hugo solía decir al presentarme:

—Mi conciencia.

A lo que solía agregar:

—Por eso no es blanca ni muy alta, pero sí muy joven.

—El muy caucásico hombrecito hijo de puta —solía yo pensar cuando él lo decía.

Y a veces para resarcirme Hugo agregaba:

—Doctora en Negocios egresada de Harvard.

—Sí —continuó Hugo—, este es el resultado de no habernos dejado intimidar por un maldito bicho invisible. ¿Un crecimiento de cuánto, Valeria?

—42% —respondí al fondo de la junta.

La cifra era formidable y un flujo de bienestar recorrió a los directivos.

—Eso —siguió Hugo— mientras nuestros competidores cerraron sus comercios, sus fábricas y sus bancos.

—Se dejaron comer por el pánico —Murano.

—Con resultados desastrosos —Hugo—. ¿Cuánto ha perdido el Grupo Almena, Valeria?

El Grupo Almena: el consorcio más rico del país.

—80 mil millones de pesos.

El Gordo Medrano chifló.

—Y mientras el Producto Interno del país se ha desplomado, ¿cuánto, Valeria?

—6.9 hasta ahora.

—Pero ese ha sido siempre nuestro espíritu —dijo Hugo—: cuando ellos hacen zig, nosotros hacemos zag. Cuando ellos se preocupan por Omega, ¿dónde estamos nosotros?

En un rumor el coro de los ejecutivos:

—En Alfa.

—Voy a confesarme, señores —los previno Hugo y entrelazó los dedos de las manos, como si en efecto fuera a rezar—. No me alegro de lo que pasa en nuestro país y en el mundo. Las calles vacías. Las escuelas y los comercios cerrados. El tráfico vehicular detenido. Los aviones encerrados en los hangares. Pero la verdad sea dicha —sonrió—: sí me alegro.

Los directivos a su vez sonrieron ampliamente y Hernán aplaudió en una esquina.

—¿Esto nos ha costado vidas? —preguntó Hugo—. Doctor, háblanos del costo humano.

El director de Hospitales Alfa, el doctor Abraham Roth, consultó su computadora de pulsera, para reportar con voz apagada:

—Ha habido 83 infectados en el consorcio, de los cuales 18 han mostrado síntomas graves y han sido ingresados a nuestros hospitales, donde han muerto, por desgracia, 12.

—12 muertos —Hugo—, ¿son pocos o son muchos muertos?

—Muy pocos y también muchos —respondió el Gordo Medrano, y de inmediato se sonrojó: había dicho una tontería.

—Muy bien expresado —lo felicitó sin embargo Hugo—. ¿Y cuál es el pronóstico, doctor Roth? Háblenos primero del pronóstico de la Organización Mundial de la Salud.

Roth:

—Prevén que un 2% de la población mundial morirá.

—Pero según el doctor me advirtió desde un principio —Hugo—, eso es un pronóstico desorbitado, que ha sido magnificado hasta la histeria por las redes sociales. Doctor, ¿en realidad cuántos morirán, según sus amigos de la Johns Hopkins?

La Universidad Johns Hopkins, la universidad médica de mayor prestigio del continente, de la que era graduado el doctor Roth.

—Entre el 0.12% y el 0.08% de la población, pero hay que precisar que de ese universo el 59% serán mayores de 65 años.

Hugo:

—Por eso, dado que solo el 7% de nuestros empleados son mayores de 65 años, nuestro pronóstico es que habrá cuántos muertos en el Grupo, ¿Conciencia?

Yo:

—56 como máximo, para cuando se logre la inmunidad colectiva en el país, que será cuando el contagio haya alcanzado al 70% de la población.

—Es correcto —el doctor Roth casi sin voz.

—¿Qué le pasa, doctor? —lo regañó Hugo—. Casi no lo escuchamos cuando habla. ¿Está enfermo?

Roth impulsando las palabras con más aire:

—Es el cansancio. Y no, estoy perfectamente sano.

—De cualquier forma —siguió Hugo—, no porque nuestros muertos sean contados dejan de ser una pérdida dolorosa, pero señores, esto es una guerra, y en una guerra hay muertos.

—Una maldita guerra —Murano.

—Una guerra contra un maldito bicho, donde se decide nuestro futuro —Hugo se alzó cuan largo era del asiento y caminó despacio hacia un mostrador empotrado en una pared. Ahí lo esperaba el dispensador de gel antibacterial.

Se lavó con gel las manos, despacio.

Y luego, regresando a su escritorio concluyó:

—Así que esta es la ruta, señores. Seguiremos en guerra contra este bicho del demonio al menos tres meses más. Tal vez cinco o hasta trece meses. Y eso con todas nuestras tiendas, bancos y oficinas abiertos y trabajando a plena capacidad. Según mi Conciencia rebasaremos al Grupo Almena, ¿en cuánto tiempo?

—Un mes —yo.

—Y en tres meses —Hugo— habremos afianzado nuestro liderazgo en el país y Latinoamérica, por una década.

Hernán aplaudió de nuevo en su esquina y esta vez los otros ejecutivos lo imitaron: aplaudieron de buen talante.

Entonces fue que empezó a suceder. Comenzó con el timbrazo de un celular.

—Perdón —Hernán el banquero lo desembolsó y se retiró hacia el fondo del piso disculpándose—: Avisé que solo me pasaran las llamadas importantes.

Hugo asintió.

Otro celular timbró. El Gordo Medrano se retiró a otra esquina disculpándose:

—Perdón.

Otros celulares sonaron. El celular de Hugo sonó, lo extrajo de la bolsa de su pantalón y preguntó:

—¿Qué pasa?

Todos los ejecutivos escuchaban por los celulares la misma noticia impensable.

—Valeria —dijo Hugo—. El presidente está en vivo en YouTube ordenando el confinamiento obligatorio.

Es decir, el cierre inmediato y forzoso de todos los comercios y las fábricas.

Con el control remoto cambié las barras de las doce pantallas: doce presidentes, morenos, de pelo blanco y en mangas de camisa, aparecieron:

—… en esta Fase 3 de la pandemia la autoridad clausurará cualquier centro de trabajo que no sea

esencial y que pretenda dar servicio.

—¿Nosotros somos esenciales? —Benjamín en la pausa abierta por el presidente.

—No —Omar Jalil—, a excepción de nuestros hospitales.

—Y los bancos —Hernán.

—Y las tiendas Alkosto donde hay bancos —el director de Tiendas Alkosto.

Calculé: el 15% de las instalaciones del consorcio.

—Todos los demás, a sus casas —agregó entonces el presidente, que hablaba abriendo pausas tan anchas que podrían haberse pasado comerciales en ellas.

Luego agregó:

—Así que todos a cuidarse. A quedarse tranquilos… —otra de sus pausas eternas— … en casa… y a…

—Valeria —Hugo imitó una tijera con dos dedos.

Corté desde el control remoto al presidente y a las pantallas volvieron las tranquilas barras, azules y rojas.

—Pendejo —dijo Hugo—. Te hablo a ti, Gordo pendejo.

El Gordo Medrano aterrado se rascó la oreja.

—¿Cómo es que yo no sabía esto antes de que sucediera, Gordo pendejo? Mejor dicho, Gordo pendejo, ¿cómo es que no lo evitamos antes de que sucediera?

Un niño gigante y sexagenario con pelo cano en una coleta: el Gordo agachó la cabeza.

—No sé patrón.

Hugo eligió a sus capitanes para esa batalla:

—Murano. Hernán. Omar. A mi despacho.

El doctor Roth levantó la mano:

—Hugo, me urge informarte de—

—Luego doctor —Hugo cortándolo.

—Desde hace una semana he querido informarte—

—Dije que luego doctor. Ah —se detuvo en seco Hugo—, una aclaración, por si alguno de ustedes tiene la duda. Nosotros no cerramos nada ni mandamos a nadie

a casa. Alfa sigue trabajando.

Los capitanes siguieron a Hugo a su oficina privada y el Gordo, desconsolado, se dirigió a una esquina, donde una mesa cubierta de canapés le prometió un consuelo. Se guardó un cuernito de pan entero en la boca.

Agustín, el capitán de los meseros, le ofreció:

—¿Café negro o con leche caliente, licenciado?

Hugo reemergió en ese momento por la puerta del privado:

—A ver Gordo pendejo.

—¿Sí señor? —el Gordo Medrano farfullando con los cachetes inflados por el cuernito.

—Quiero ver al presidente hoy mismo. A la hora y en el lugar que él disponga, pero hoy mismo. Y Valeria.

—Dime.

—Atiende tú al doctor Roth y a Palomino, que viene para acá —lo dijo y azotó la puerta al cerrarla tras de sí.

La mera mención de Diego Palomino me enfrió el cuerpo.

—¿Su café negro de diario? —me ofreció a mí Agustín.

—Sí, por favor —le respondí al servicial capitán de meseros.

—Seguro servidor —me replicó con la fórmula verbal que acostumbraba.

Palomino era el encargado del sofisticado sistema de vigilancia y espionaje interno del consorcio y de nuestro batallón de guardaespaldas y agentes de seguridad.

Pero era más.

Cuando el Grupo requería de un servicio en una cantidad importante, Hugo solía armar una nueva empresa, para que fuera la que lo procurara, y de paso vendiera el mismo servicio a clientes externos. Así Palomino se había convertido en el director de Titanio

Seguridad, una empresa que daba servicios de custodia, vigilancia y espionaje a cientos de empresas, magnates y unos cuantos gobiernos del continente.

El Plomero lo llamábamos informalmente y a sus espaldas: cuando algo no podía resolverse por las buenas, el Plomero lo resolvía en el inframundo de las tuberías mohosas y pestilentes de lo criminal.

—Acá tiene su café —Agustín extendiéndome la taza de café humeante en un platito.

Llevé el café en su platito a mi despacho.

Mi despacho era pequeño, pero en compensación tenía la mejor esquina del piso: había puesto tres sillones ahí donde se juntaban los dos ventanales y desde donde la ciudad se miraba como una maqueta de miles de edificios, extendiéndose hasta la cadena de montañas azules, dibujadas contra el cielo despejado.

4
Los humanos desaparecen

1

Entregó las llaves de su camioneta Mercedes blanca al mozo del estacionamiento subterráneo.

Cruzó la estancia con las doce pantallas con barras, azules y rojas.

El traje negro. La corbata negra delgada. La camisa blanquísima, de breve cuello, almidonada. Un mestizo de pelo abundante y negro, domado con gomina hacia atrás.

Palomino.

—Buenas —su voz de secreto saludó en el quicio del despacho—. ¿Se puede?

Siempre hablaba en voz de secreto.

—Por favor —le indiqué un sillón.

Yo estaba acomodada en otro sillón y el doctor Roth en el tercero.

Un hombre menudo, con poco pelo gris y lentes de arillo de oro, el doctor Roth. Hoy estaba encogido: los hombros apretados, las rodillas apretadas entre sí: como si no quisiera ocupar demasiado espacio.

—Su amiga ya está colocada —me sonrió Palomino desde el sillón, a una sana distancia, y enfatizó «su amiga».

—Yo sé, mil gracias.

Hablábamos de mi amiga la Furia: a mi pedido, Palomino la había colocado como jefa de seguridad del corporativo.

—Excelente elemento —Palomino me cerró un ojo, un gesto de alta complicidad.

—Y le pagas muy bien, otra vez mil gracias.

—En lo que pueda servir, sirvo.

—Vamos a nuestro asunto —pedí—. Díganos doctor qué sucede.

El doctor tragó saliva. Murmuró:

—Hay demasiados muertos.

—¿En el Grupo? —yo—. ¿O en el país?

—En el Grupo —el doctor—. A este momento… —consultó su brazalete de plástico negro— 195 muertos.

—¿De qué habla? —enderecé la espalda en el asiento.

Era una locura: el pronóstico para el final de la pandemia ni siquiera consideraba un número superior a 56 muertos.

—¿Es lo natural? —Palomino.

—¿Lo natural? —Roth asombrado por la pregunta.

—Quiero decir —Palomino—, dada la pandemia.

—No, no lo, no lo es —Roth apenas audible y titubeando—. Tenemos una tasa de letalidad varias veces, varias veces mayor, a la de letalidad de la población general.

No lo había pensado y sin embargo ahora que lo escuchaba se volvió evidente el porqué: a diferencia de la población general, en buena parte confinada dentro de sus hogares, los trabajadores del Grupo se concentraban a diario en los espacios de trabajo y usaban el transporte público.

—Usted dio otra cifra en la junta —dije, la garganta cerrándoseme.

—Me pareció información reservada. No quería compartirla con, con todos los presentes.

—Pero esto no sucedió en un día —le reclamé, la voz apretada—. ¿Cómo no nos dijo antes?

—Pedí una cita con Hugo desde hace una semana —se defendió él.

—Tampoco sucedió en siete días —yo abrumada.

—Tampoco, no, eso es, eso es cierto —el doctor bajó la cabeza y lo explicó.

La acumulación de muertos del Grupo fue sucediendo a lo largo de un par de meses. En un hospital del norte del país se acumularon 6 muertos. En uno del sur, 4. En otros dos del oeste, 13 y 14, respectivamente. Pero nadie había reparado en la suma total.

Hacía dos semanas Roth revisaba la facturación quincenal de los 22 hospitales, concentrada en una sola hoja de cálculo, y pasó a la hoja de los enfermos que trabajan para el Grupo.

—Aparecen en una hoja aparte porque les cobramos menos —dijo.

Ahí es que se fijó en la suma total: 153 para esa fecha, y su oficina empezó a dar vueltas a su alrededor: el mareo lo hizo acostarse en el tapete.

Y desde el tapete llamó durante la tarde al director de cada hospital y le ordenó que a partir de ese día no se entregaran los difuntos del Grupo a sus familias.

—Quería pensar qué hacer —el doctor Roth.

Lo pensó una semana y no encontró mejor solución que llamarle a Hugo.

—Para pedirle instrucciones —explicó.

La secretaria de Hugo le dio una cita para hoy.

—Y acá estoy, para que me indiquen qué procede.

Cerré los ojos:

—¿Cuántos muertos dice que son, doctor?

—¿Al día de hoy o hace dos semanas, cuando me di cuenta?

El miedo embrutece, pensé.

—Al día de hoy doctor.

Roth en un suspiro dijo quién sabe qué inaudible.

—¡Mierda! —alcé la voz—. ¡Hable alto, doctor!

—195 —dijo alto estirando el cuello.

—Y cuántos se han entregado a las familias y cuántos no —yo perpleja.

—Se han entregado 52. A 143 los tenemos guardados en la zonas frías de cada hospital.

—¿Y qué se les dice a las familias? —Palomino.

—Que les estamos dando el mejor servicio médico —el médico carraspeó—, no les hemos informado más. —Alzó la mirada para verme directamente—. Pensé que podía ser malo para la imagen del Grupo, y por eso…

—¿Y por eso qué? —yo impaciente.

—Y por eso, como le dije antes, por eso estoy acá pidiendo instrucciones.

El doctor me observó con avidez: un sirviente aterrado esperando recibir sus órdenes. Ni siquiera se le ocurrió mencionar su juramento hipocrático.

Pensé en mi hermana la médica: jamás hubiera tomado la decisión de proteger a los dueños de un hospital y no a los enfermos. Y pensé también que el virus estaba desmantelando toda noción previa del Bien y el Mal.

—No se ponga nerviosa, Valeria —se burló Palomino el maligno.

¿Estaba mostrando nerviosismo? Me reacomodé en el sillón, la garganta ya cerrada.

—¿Cómo lo ve? —me preguntó Roth.

Omití la respuesta evidente: era una tragedia.

—Yo creo —intervino Palomino— que el doctor tiene razón. No debe saberse de los muertos. Correría el pánico entre los trabajadores del Grupo.

Eso era seguro, pensé.

—Y luego están las redes —Palomino siguió—. No nos ha ido bien últimamente en las redes.

Cierto: como brotes de infección, de vez en cuando

surgían en Twitter oleadas de insultos al consorcio que seguía trabajando en medio de la pandemia.

—Ya ve qué apodo le han puesto al patrón —Palomino—. Y hay que considerar luego a la prensa —añadió—. Hasta ahora han respetado al patrón, pero esto es de otro calibre. Lo llamarían un crimen de masas.

El frío se me derramó de la cabeza al resto del cuerpo. El doctor bajó la cabeza hasta cerca de las rodillas.

—El virus los mató —murmuré—, no el Grupo Alfa y menos Hugo.

Palomino no me rebatió, nada más sonrió. Esa sonrisa suya socarrona. Me levanté para teclear en mi computadora.

En la pantalla apareció la definición de *crimen de masas*: Acto de asesinar a un número elevado de víctimas, de manera simultánea o en un periodo corto de tiempo.

—¿Qué hacemos entonces? —lo preguntó el doctor Roth—. De verdad quisiera que me den instrucciones, porque —tragó saliva—, porque hay que tomar en cuenta algo peor.

—¿Qué puede ser peor? —yo.

—El índice de letalidad irá escalando.

—¿Qué tan rápido? —Palomino.

—Yo ya no —titubeó el doctor—, yo ya no —no podía avanzar más allá de ese trío de sílabas—, yo ya no —carraspeó y se concentró para decir—: yo ya no quiero pronosticar nada.

Me llevé el índice a los labios y soplé aire, pidiéndoles silencio.

No hablamos durante un rato. Solo dejé a mi energía circular.

Eres una computadora guardada en un cuerpo de mujer, me había dicho Hugo algún día. Tecleas una pregunta y zum: la pregunta circula por tu sistema y plaz: surge la respuesta por tus labios delgados. Un

circuito sin trabas, sin supersticiones ni religiosas ni ideológicas, eso eres y por eso te voy a tener siempre a mi lado.

Esta vez, sin embargo, ninguna solución se me aparecía y
de pronto sucedió.

Me di cuenta de que no respiraba.

Jalé aire y no entraba en mis agujeros nasales, jalé aire por la boca: no entraba. Entonces supe que disponía de cinco parpadeos antes de morirme: caminé hacia el ventanal cerrado tambaleándome, asfixiándome.

—Es disnea —Roth apenas audible.

—¿Eso mata? —Palomino.

Jalé la manija del ventanal para descorrerlo y las manos de Roth bajaron a mis hombros:

—Déjate desmayar —sopló en mi oreja—. Déjate vencer. Es lo mejor. Tu sistema nervioso vegetativo respirará por ti.

Por fin se descorrió de golpe la hoja de vidrio del ventanal: una ráfaga de viento se estrelló en mi cara, desacomodó los papeles en mi escritorio y los esparció por el tapete.

2

—Ocultarlos —me escuché a mí misma susurrar—. Ocultarlos como hasta ahora. —Era la misma idea tonta del doctor Roth, pero yo no tenía otra mejor que ofrecer —. Eso haremos.

Todo se volvió mucho más frío de ahí en adelante.

Me escuché expandir, ya sentada en el sillón, en la oficina con el tapete regado de hojas blancas:

—No notificar a sus familias de su muerte durante un tiempo. Y mientras tanto, tenerlos ocultos, como

hasta ahora.

—¿Cuánto, cuánto tiempo? —Roth el tartamudo.

Palomino:

—¿Los tres meses que el Grupo necesita seguir operando para afianzar su liderazgo?

—Sí —dije yo—. Al menos tres meses.

—¿Y dónde se los guardo, doctora? —Palomino, con esa puta sonrisa perversa.

—Usted sabrá, Palomino. Usted sabe ocultar muertos. ¿O no?

Palomino ladeó la cabeza y me siguió sonriendo.

Durante el gobierno pasado, Palomino había sido el jefe de los servicios especiales del Estado para el combate de la delincuencia organizada: táchese la palabra *combate* y súplase por *el enlace*: Palomino de hecho se volvió el vaso comunicante entre los capos de la droga y los políticos del primer círculo del poder. Y en esa calidad le tocaba, entre otras cosas, desaparecer realidades inconvenientes.

—Sin problema —Palomino sin soltar la sonrisa—. Yo me encargo. Vamos a recolectarlos y desaparecerlos, por el tiempo que sea requerido. ¿No cree que el patrón debe estar al tanto de esto, doctora?

Asentí:

—Absolutamente sí.

Toqué con los nudillos la puerta del despacho de Hugo y entramos a la amplia oficina.

Solo estaba, a una mesilla negra, su secretaria.

—Hugo bajó a su casa —me informó.

Su casa en el piso inferior al *penthouse*.

—Va a comer con el magistrado Pardo y me pidió que le dijera que la espera a usted también, doctora.

—Gracias —acepté.

Palomino se tocó el nudo de la corbata: no había sido invitado. El doctor seguía absorto siguiendo con la mirada las grecas del tapete persa.

—Pídale a un mesero que recoja mi despacho —dije —. Se me regó un fajo de hojas al piso.

—Con gusto, doctora —la secretaria.

—Vámonos Palomino —saqué al Plomero del despacho del jefe—. Doctor —desperté al médico de su silencioso quiebre existencial—. Vámonos doctor.

Con la garganta cerrada pastoreé al médico hasta el elevador, el pobre hombre caminaba con los pies tiesos y los ojos achicados tras los lentes, como si esperara un golpe o un rayo o algún otro castigo venido de la metafísica.

Desde dentro del elevador me dijo:

—¿Cree usted en Dios, Valeria?

—Apriete el botón de la planta baja, doctor —le contesté.

—¿Para qué conquistar al mundo, si en el trance pierdes el alma?

Entré al elevador, pulsé el botón de la PB y volví a salir.

No bien las puertas del elevador se corrieron, Palomino, a mi lado, preguntó:

—¿No es eso del Nuevo Testamento?

—No sé. ¿Por qué?

—Porque el doctor es judío. La veo perturbada a usted también, doctora.

Era cierto, estaba perturbada y la cita de la Biblia me había sacudido más. Hacía unas semanas la había escuchado en labios de un sacerdote jesuita, que la había después traducido a una versión no mística y de una simpleza inapelable.

—¿Para qué quieres conquistar el mundo —había preguntado el padre Ortollani— si en el trance dejas de respirar?

Otro elevador se abrió y Palomino entró en él.

—Me avisas qué resuelve el patrón —me sonrió.

Y tan pronto las puertas del elevador se corrieron,

yo inhalé con toda mi fuerza aire y sentí un deseo intenso de defecar.

3

Ahora que lo escribo me parece muy adecuado que me haya encerrado en el retrete a defecar y filosofar, que son actividades similares.

Filosofar es tratar de eliminar el malestar del cuerpo convirtiéndolo en palabras sabias.

Defecar es el intento de lo mismo, pero por el ano y convirtiéndolo en mierda.

Disfruta la vida, me escuché pensar sentada en el retrete, mientras estés en ella, porque a tu muerte, tu cuerpo será tratado como una tira de mierda, como algo sucio y repugnante, algo que apesta y que los otros sentirán urgencia de eliminar.

A pujidos eliminé el recuerdo de los muertos y curiosamente, después del último pujido, limpiándome con el papel higiénico el ano, recordé al refinado doctor Seligson, de Harvard.

Seligson nos decía a sus alumnos que hay dos formas de ver la economía de un grupo humano. Desde el balcón del salón de baile o desde la pista de baile.

En la pista uno se llena de emociones, por empatía con los que bailan. Siente su placer, su ritmo, sus temores y pretensiones.

Desde el balcón en cambio uno observa la totalidad del baile y puede tomar decisiones con la cabeza fría.

Mi profesor desconocía la tercera opción, la del *penthouse*: desde acá los seres humanos se ven diminutos, como hormigas.

Y desconocía igual la cuarta opción, la más pulcra, la de las barras de una gráfica: en esta opción los humanos desaparecen: han sido absorbidos por los

números.

El agua en el retrete se arremolinó llevándose la mierda y ante el espejo del baño le marqué a la Furia.

No contestó.

Colgué y le mandé un mensaje de texto:

Salte ahora mismo del corporativo, es un moridero. Ahora mismo.

4

Cuando regresé a mi despacho, encontré ante la mejor esquina de ventanales de la ciudad a Benjamín, las manos enlazadas a la espalda.

En la misma esquina de vidrios, por fuera, había un águila.

Joder: un águila.

De pecho blanco, alas negras, pico rojo, un collar de plumas grises al cuello. Nos daba su perfil mirándonos con su ojo de oro.

—Magnífica —murmuró Benjamín.

El águila, con el pico, golpeó el vidrio.

Tac tac. Tac tac.

—Quiere picarnos —Benjamín.

—No necesariamente —yo a su lado—. Tal vez solo quiere romper el vidrio.

El águila lo golpeó con el pico más fuerte.

Tac. Tac.

—¿Romperlo para qué? —Benjamín.

—No entiende ese límite: el vidrio —especulé—. ¿Por qué no puedo cruzarlo?, se pregunta. ¿Es de agua? ¿Por qué al picarlo no se ondula? ¿Y quiénes son esos dos monitos atrapados detrás del límite?

—¿Es decir nosotros? —Benjamín—. ¿Tú crees que nos ve atrapados?

—No está ciega: nos ve como estamos: atrapados tras el vidrio, en nuestra burbuja humana.

El águila picó con una fuerza brutal el vidrio.

TAC. TAC. TAC. TAC. TAC.

—¿Es blindado el vidrio? —Benjamín.

—Espero que sí —respondí.

5
El juez supremo

1

El juez Pardo hablaba de las demandas de las familias de los trabajadores que morirían por el virus, cuando Benjamín y yo nos sentamos a la gran mesa del comedor.

—Usarán la figura del accidente de trabajo y pedirán pensiones vitalicias.

El juez Pardo, magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

Con escaso pelo rubio, nariz de halcón, en un traje de seda café, con un movimiento lento y preciso el juez arrancó la punta de un bolillo, y se lo llevó a la boca.

—Hugo —me incliné a susurrarle al oído—: necesito informarte algo. Es urgente.

—Espera un momento —me respondió.

Una mesa suntuosa, para veintitantas personas, cubierta con un mantel de encaje blanco y dispuesta con platos de porcelana blanca y cubiertos de plata, aun si ese día comíamos a ella escasamente siete personas, distanciadas entre cada cual por una silla vacía.

—¿Y entonces qué haremos, juez? —Hugo a la cabecera.

—No dejaremos que esas demandas lleguen a juicio.

—Por infundadas —Murano en otro extremo de la mesa, su alegre corbatita de moño azul celeste al cuello.

—No por infundadas —el juez—, tienen fundamento, sino por no verificables. ¿Cómo podrán probar que el virus entró a los pulmones de su familiar precisamente en alguna instalación del Grupo Alfa?

—Imposible —Hernán el banquero en otro extremo de la mesa.

—Y si un abogado sagaz aparece en el panorama —especuló el juez, se tocó los labios con una servilleta blanca— entablarán una demanda colectiva. De ser así, y siendo tan pocos los muertos, creo que el Grupo puede asumir el derrotero de la conciliación: pagar unas cuantas pensiones vitalicias.

—¿De cuántos muertos hablan? —pregunté.

—Son 12 muertos hasta ahora —contestó Hugo—. ¿Cierto? Y como tope pueden llegar a ser 56. ¿Cierto?

En lugar de contestar me incliné para hablarle otra vez en secreto:

—Hugo, de eso quiero hablarte.

De «eso»: de los 195 muertos.

—En un momento —me prometió otra vez.

—Tú me ordenarás llegado el momento —dijo el juez— si lo peleamos en la corte o prefieres resolverlo con dinero. En estas cosas morbosas de los accidentes de trabajo, la solución del dinero suele ser la más barata, si la contrastas con la mala publicidad para el logo de la empresa.

La sopa era crema de elote con chispas de caviar negro y de seguro me hubiera sido deliciosa al paladar, pero ahora me sabía a cartón licuado.

Hugo:

—Ahora, hablemos del presidente.

El juez:

—Ah bueno, ese nudo está más apretado.

—No puede impedirnos trabajar —Murano indignado—. Esto es una democracia, no una dictadura. Quien manda en una empresa es su dueño.

—Sí puede impedirlo —el juez, seco.

—¿Puede forzarnos a cerrar? —Hugo—. ¿Cómo?

—Un toque de queda —el juez.

—Puta madre —Hugo dejó caer su cuchara en la porcelana vacía de su plato sopero.

Y un silencio se abrió en que solo se escuchó el delicado ruido de los platos: los meseros en filipinas blancas hacían el recambio de platos en la mesa: fuera soperas vacías, entraban platos planos con un medallón de filete bañado en su jugo.

—Putísima madre —repitió Hugo.

La chef apareció en la esquina de Hugo y su esposa Cristina, para explicarnos el medallón de filete. Usaba un gorro de hongo, una filipina azul marino, era rusa, pelirroja, de ojos azul claro y muy bella.

—Buen tardes y mejor provecho —dijo con una voz delgada—, me llamó Svetlana y soy su chefa.

—Hola Svetlana —Hernán, el banquero, encantado con la hermosa rusa.

—Estáis por degustar un medallón de filete cocido al medio término —dijo ella en su español alrevesado— y bañado con un elixir logrado con la mezcla del jugo del filete, oporto portugués y una gota de agua de rosas.

—Qué maravilla —celebró Hernán.

—Sobre el toque de queda, juez —intervino Hugo —. ¿Eso es una atribución del presidente?

—Un momento —intervino a su vez Cristina—. Falta que la chef nos hable del puré de papa.

Hugo tragó saliva amarga, cruzó ambas manos sobre el mantel de la mesa y la chef explicó el puré de papa y el montoncito de hierbas moradas que complementaban el plato:

—El puré de papas es mezcla de puré de papa y puré de camote naranja, pimienta fresca y hierbas finas, menjurje cocinado al alto vacío, para preservar los jugos originarios de los tubérculos. En cuanto a la ensalada…

Hugo apretó sus manos entrelazadas, impaciente.

—… se trata de un sueño de flores, invento de la casa. Flor de jamaica y flor de epazote resecadas al alto vacío y fritas con uva pasa. Disfruten.

La chef se retiró caminando hacia atrás y los comensales se armaron con cuchillos y tenedores para acometer el filete.

—Preguntabas acerca del toque de queda —el juez Pardo retomó la pregunta de Hugo.

Alargó la mano para tomar un salero. Saló su plato al decir:

—El presidente ya ordenó el confinamiento obligatorio, y si su orden es desacatada, puede en efecto declarar un toque de queda, de acuerdo al artículo 29 de la Constitución.

Pardo se llevó a la boca un pedazo de carne roja y dejó que la consternación de los comensales se sostuviera mientras masticaba, y yo volví a rogarle en secreto a Hugo que habláramos de inmediato:

—Dame tres minutos.

—Ahora no —Hugo brusco.

Luego de tragar el bocado Pardo se explicó:

—El artículo 29 le permite al primer mandatario de la nación suspender los derechos y las garantías de los ciudadanos en eventos extraordinarios, que ponen en peligro de muerte a la población.

—No sabía que existiera eso en la Constitución —Hernán.

—Pues existe —el juez—. El artículo 29 fue redactado a principios del siglo pasado, considerando la posibilidad de la invasión de un ejército extranjero al territorio nacional. Dudo que algún congresista de aquellos tiempos haya soñado que ese invasor pudiera ser un virus, pero la redacción del artículo permite—

—¿Movilizar al ejército? —Hugo.

—¿Contra los negocios productivos? —Murano

escandalizado.

El juez:

—Sí. Puede cerrar con uso de violencia los centros de trabajo que no acaten el decreto de cerrar.

—Podríamos ampararnos —Hernán.

—A toro pasado —el juez—, es decir, ya con las instalaciones ocupadas y paralizadas por el ejército.

—No creo capaz al presidente de ejecutarlo —Murano.

—¿No lo crees capaz? —el juez—. Adivinen con quién come ahora mismo el presidente en Palacio Nacional. Con el general secretario de la Defensa, y su tema es el toque de queda.

Ya nadie comió más carne o el sueño de flores fritas con uvas pasas, y yo volví a pedirle a Hugo que me escuchara a solas:

—Tres minutos —le prometí.

Los meseros iniciaron el recambio de platos: el plato extendido de la carne por el platito con una pequeña sopera de cristal, llena de una pasta de chocolate coronada por una cereza.

La encantadora Svetlana apareció entre Hugo y su segunda esposa.

—Ahora quiero presentarles al postre —empezó, ante los rostros largos que le debieron haber sorprendido y preocupado. ¿El medallón de res había estado horrendo?—. Estáis por ingerir un *mousse* de chocolate a la madrileña, logrado con chocolate negro pulverizado y mezclado con aceite de cardamomo, canela fresca y clavo de la India. En cuanto a la cereza, no es realmente una cereza, se trata de—

—Fuera —Hugo, suave.

Cristina suspiró:

—Sí, chef, déjanos. El señor hoy está de mal humor.

La chef se esfumó dentro de la cocina.

Benjamín dijo:

—Son palabras, papá. La Constitución es eso: palabras. Ya quiero ver al ejército atreviéndose a clausurarnos la televisora, las tiendas, las minas, los *call centers*.

—¿Ya quieres verlo, pendejo? —Hugo soltó el golpe verbal y Benjamín por un poco se cae de la silla—. ¿Ya quieres ver al ejército entrando a nuestras tiendas, pendejo?

—Quise decir exactamente lo contrario —Benjamín, el rostro encendido por la vergüenza.

—Pues hubieras dicho lo contrario, pendejo —Hugo golpeó con el puño la mesa y los platos saltaron un centímetro.

—Valeria —agregó.

Se alzó en pie y se fue por el pasillo.

2

La biblioteca estaba en el otro extremo del piso. Un espacio blanco: desde el tapete a los libros forrados de piel blanca, pasando por el mobiliario.

Un acto puramente estético la biblioteca: Hugo leía poco, y en tableta digital, textos de economía casi siempre, a veces de historia, vidas de líderes carismáticos, pero nunca en la biblioteca, y su esposa Cristina vio precisamente en ello la oportunidad de darle materia al sueño que alguna noche tuvo y le pareció de una belleza sublime: una biblioteca de anaqueles de piso a techo repletos de libros forrados de piel blanca y llenos de hojas en blanco.

Nos sentamos en sendos sofás blancos.

—¿Y entonces? —Hugo me reclamó impaciente.

Le conté. Los 12 muertos eran realmente 195.

Me escuchó tenso, sin mover un músculo.

Al llegar a nuestra solución provisional, ocultar los

143 muertos aún no entregados a sus familiares, solo murmuró:

—Bien. Autorizo esa solución temporal. Hay que cuidar los detalles.

—Hay más que considerar —añadí.

Le hablé en números, nuestro lenguaje usual. El índice de letalidad actual del virus dentro del Grupo era 3 veces la de la
población general, pero el índice iría escalando.

—Es decir: los muertos seguirán acumulándose a una escala geométrica.

Serían pronto 250. Luego, lentamente, 500. Luego llegarían a cifras de cuatro dígitos.

—Es inevitable —dije—, si permanecemos abiertos. Por eso —agregué— sobre la orden del presidente, este es mi consejo. Acátala. Cierra el Grupo hoy mismo.

No le gustó el consejo a Hugo. Torció la boca.

—Hasta ahora no sabíamos qué pasaba —seguí—. Los expertos nos dieron cálculos alegres y hasta hoy fuimos víctimas de su optimismo. Pero saber lo que ahora sabemos lo cambia todo.

Asintió:

—Ojalá no me la hubieras informado.

—Y ojalá el doctor nunca hubiera hecho la suma de los muertos del Grupo en una hoja de cálculo. ¿Pero cómo dejamos de saber lo que ya sabemos?

Hugo solo resopló.

—Esta es la verdad —continué yo—: saberlo nos vuelve culpables de los muertos que desde hoy se acumulen.

Hugo resopló otra vez.

—Por eso —seguí—, la orden de cerrar del presidente es una oportunidad perfecta. Cierras porque la acatas, y quedas libre de toda culpa por los muertos.

—¿Y los salarios de los trabajadores que enviemos a casa? ¿Vamos a pagarlos?

180 mil salarios cada quincena.

—Podemos —dije yo— negociar pagarles solo una parte.

—¿Y los gastos fijos?

—Algunos podemos renegociarlos, otros no hay forma de no pagarlos íntegros.

—¿Por cuánto tiempo?

No respondí. Ahí se acababan los números y empezaba lo desconocido.

Sería hasta que algún laboratorio descubriera una vacuna
que nos volviera a todos inmunes al virus, y eso sería nadie sabía cuándo.

—En síntesis —Hugo embroncándose más—, le digo al presidente: sí señor dictador, lo obedezco.

—Sí —yo.

—Y me siento con los brazos cruzados a perder dinero por tiempo indefinido, como un pendejo.

No era una pregunta y sin embargo contesté:

—No hay otra salida.

3

En la mesa las conversaciones se silenciaron cuando Hugo tomó asiento a la cabecera y yo en la esquina más próxima a él. Había un nuevo comensal, el Gordo Medrano: se había sentado en una de las esquinas más distantes de la mesa.

—El presidente viene acá mañana temprano —le anunció a Hugo.

—Bien —sopló Hugo.

Nadie más separó los labios.

Un mesero colocó ante el postre de Hugo un estuche de cuero rojo, con contador de humedad en la tapa.

La chef se presentó en la esquina acostumbrada, el gorro de hongo desinflado sobre el rostro tenso por el miedo.

—Hablemos del, del café —su voz de flautín tenía tan poco aire que temblaba—. Estáis por degustar un café de, de granos—

—Adiós —Hugo.

La chef se fugó a la cocina.

En la mesa era el pasmo: nadie se atrevía a tomar otra cucharada del *mousse* de chocolate ni a alzar de su platito una taza de café.

Hugo abrió despacio el estuche y eligió un puro.

Cortó con una tijerilla de plata la punta del puro y un mesero se apresuró a ponerle ante la punta la flama de un encendedor.

Hugo jaló humo y lo arrojó en un chorro.

—Señores —empezó a decir—. Ustedes me conocen. ¿Me han visto alguna vez ceder a una voluntad ajena?

No era necesario que nadie respondiera. Hugo nunca había cedido ante nadie.

—Bueno —habló echando humo—. La razón es esta.

Lo dijo palabra por palabra:

—Yo. No. Sé. Ceder. Simplemente no sé cómo se hace esa operación mental, ceder.

Murano se acodó, admirado de su jefe y yo dejé caer la espalda en la silla, derrotada.

—Lo que vamos a decirle al presidente mañana —siguió Hugo— es muy simple. Nosotros no cerramos.

—Bravo —Hernán.

—Eso porque nosotros no somos unos cobardes, como él. El puto virus es una desgracia que vamos a remontar montados en nuestros cojones. Imagínense ustedes al presidente Truman —abrió una pausa y soltó otro chorro de humo.

—Truman —recomenzó— ha enviado a un avión con la bomba atómica, para dejarla caer sobre el

territorio del enemigo y así aniquilarlo y terminar la Guerra Mundial, pero antes de que la panza del avión se abra y deje caer la bomba sobre Hiroshima, alguien se le acerca a su escritorio, una joven mujer, su hija Margaret —se volvió a verme directo a los ojos.

—Y su joven hija le aconseja no matar a tanta gente. Pobres japoneses, dice la hija. Así que Truman, ¿qué hace? ¿Alza un teléfono de su escritorio y dice: No, esperen, no lancen la bomba, que los aviones regresen a puerto, no sea que demasiados japoneses mueran, mejor perder la guerra que ser crueles?

—No —dijo Hugo—. Truman aprieta los dientes y deja que la bomba caiga y explote.

Benjamín miraba a su padre boquiabierto.

—Bueno —siguió Hugo—, tampoco nosotros le tenemos miedo a los muertos. También nosotros sabemos que los muertos son parte de la guerra.

Así se cristalizó su idea sobre la pandemia: era una guerra entre el virus y la especie humana y él era un líder de la especie.

—Y esta es una guerra que debemos ganar, por encima de los muertos, porque si las cadenas de producción de la economía son destruidas, lo que nos espera como especie es la hambruna, y eso sí provocaría incontables muertos.

—¿Y qué hacemos con el ejército y el toque de queda? —el juez Pardo nos regresó al presente.

—Cuando la realidad hace zig —dijo Hugo— nosotros hacemos zag. Cuando unos se obsesionan con el Omega, nosotros estamos ya en el Alfa. Vamos a ofrecerle al presidente otro tablero de juego.

Le habló entonces a Hernán:

—Tu plan de rescate de la economía del país. Vas a tener que volvérmelo a detallar y esta vez sí voy a escucharte.

Por fin los presentes pudieron beber el café y hundir

las cucharitas de plata en el *mousse* de chocolate: Grupo Alfa tenía mucho con qué negociar con el poder político.

—Murano —dijo entonces Hugo.

Murano se sacó de la boca la cucharita de plata.

—Mientras escuchamos el plan de Hernán, tú ve redactando nuestra postura, para que Xavier la anuncie en el noticiario de hoy en la noche. Y ten cuidado con la figura del presidente: todavía es nuestro aliado, no un enemigo: no lo maltrates.

Murano se recolocó la pajarita azul celeste y se alzó de su silla.

Bajó los dos peldaños que separaban el comedor de la sala, tomó asiento en un sofá rojo, a un lado del gigantesco óleo de un volcán expulsando lava roja, y se dispuso a teclear en el diminuto teclado de su celular con ambos pulgares.

Aproveché para levantarme también de la mesa, donde el resto del equipo tomaba café y afinaba el plan de rescate, y fui a sentarme en el sofá rojo enfrentado al sofá de Murano, entre ambos la pieza mayor de la colección de volcanes en erupción del Grupo Alfa.

4

—Oye —Murano alzó la vista del teclado al sentirme—, ¿cómo es la cita sobre el pánico de aquel filósofo persa?

—Ni idea de la cita ni del filósofo —yo.

Tecleó en el celular para entrar a internet. Probablemente tecleó a continuación: filósofo persa pánico.

La enciclopedia de cuanto han pensado los primates pensadores le entregó la cita. La leyó en voz alta para mi beneficio:

—El pánico es la mitad de la enfermedad. La tranquilidad es la mitad de la sanación.

—¿Y qué haces con la otra mitad? —pregunté—. La mitad de la enfermedad que no es humana: el virus que entra en el cuerpo y te destruye los pulmones.

Esa mitad era la única que en realidad importaba: del fondo de la transparencia del aire había llegado un meteorito microscópico que pudría los pulmones de la especie, pero como esa mitad no le servía para su propósito a Murano, a decir: mantener abierto al Grupo, la ignoró, y siguió tecleando sobre la mitad inocua con los pulgares.

Murano tenía un apodo en las redes sociales: Mucamo, porque se decía que más que un exitoso intelectual, con un programa diario de televisión y una columna diaria en el periódico, era el fiel redactor de las ideas de su jefe.

Su mucamo intelectual.

Él sin embargo no se pensaba a sí mismo así. Más bien suponía una misteriosa afinidad entre su jefe y él, que redescubría cada que debía traducir el lenguaje áspero y directo de Hugo a una narrativa más amable y culta.

¿Imaginaba Mucamo los cuerpos fríos de las víctimas colaterales de la narrativa que ahora armaba?

—No —pensé, y envidié su ceguera.

A mí esos cuerpos muertos me habían quitado el placer por ese mundo mullido y de superficies impecables: había sido mi mundo hasta hacía una hora: sabidas sus víctimas, ahora cada detalle de ese mundo me resultaba odioso.

—¿Y cómo dirías —volvió a mirarme el Mucamo—, en un lenguaje que entienda una persona simple, alguien que ve nuestra televisión, que el trabajo nos… nos hace mejores, nos da identidad, nos hace qué?

—El trabajo nos libera —contesté y él exclamó:

—Hermoso —y anotó la frase en el discurso.

Esa frase en alemán, *Arbeit macht frei*: el trabajo

libera, escrita en letras de fierro, formaba el arco de la entrada al campo de exterminio de Auschwitz: durante la segunda Guerra Mundial y bajo el arco de esa frase entraron los cientos de miles de esclavos judíos a encontrar su muerte.

—Sí, hermoso —la tecleó Mucamo en su discurso para exaltar las cadenas productivas de la economía sobre las vidas de los trabajadores.

¿Cómo habíamos llegado a una filosofía de la vida humana tan simple: el capitalismo irrestricto: los números como único criterio del Bien?

Ese camino era conocido.

Descreímos de las religiones teístas, que colocaban la autoridad de las decisiones de la especie en Dios y su séquito de ángeles y demonios, porque descubrimos que eran criaturas míticas.

Míticas: productos del pensamiento humano.

Colocamos entonces la autoridad directamente en el pensamiento: en esa magnífica capacidad humana que había sido capaz de inventar dioses, ángeles y demonios.

El ser humano es la medida de todas las cosas, proclamó el Humanismo, y el pensamiento humano es capaz de comprenderlo y resolverlo todo.

Descubrimos que tampoco eso era verdad: era también un mito.

El pensamiento, ese hablar por dentro de los cuerpos humanos, no lo abarca todo, abarca solo lo que existe en nuestra burbuja humana, y tampoco puede prever demasiado.

Por eso, de cuando en cuando, las organizaciones creadas por el pensamiento entraban en crisis y se desmantelaban como castillos de naipes.

O algún fenómeno natural los volaba, como un soplo que sobre una flor de león esparce sus mil y una semillas.

Entonces fue que pudimos decantarnos por lo real.

Poner la autoridad en la realidad. Pudimos decidir tender nuestros cuerpos sólidos y reales en el pasto real, mirar el cielo verdadero e infinito y renunciar para siempre a los mitos: a las fantasías.

No lo hicimos. No descendimos del pensamiento a lo real sino decidimos elevarnos dentro de nuestras cabezas aún más alto, a lo más abstracto: a la belleza pulcra e inhumana de los números.

2 más 3 son 5, siempre.

Le quitas 2 al 5 y son 3. Siempre.

Y 3, que es más que 1, es mejor, porque más es siempre mejor.

Ergo, trasladamos la autoridad a los números, que nunca mienten, y al criterio de la ganancia.

¿Pero qué atrapan los números?

Casi nada: ni el camino a la felicidad de una persona ni al bienestar de una sociedad y menos nuestra relación con la Naturaleza.

Para hablar del bienestar y la felicidad usamos la vieja narrativa del Humanismo, pero de una nueva forma: como la mucama de los números: como ahora mismo Mucamo lo hacía: eligiendo a conveniencia las verdades humanistas, recortándolas y ensamblándolas entre sí, para servir al dios verdadero de su jefe: los números.

—¿Y cómo dirías —otra vez Mucamo me miró achicando los ojos—, cómo dirías que la quiebra de las empresas llevará a una revolución social?

—Hay una frase de Mordehau —contesté.

—¿El filósofo?

—Ese mismo, el filósofo serbio que ahora todos citan en Europa —mentí: no había tal filósofo.

—Claro —mintió a su vez Mucamo—. ¿Y qué dice él?

—¿Mordehau?

Inventé:

—«Lo mismo hace un erudito que una madame de prostitutas. Regentear una casa de citas».

Mucamo:

—No veo como se aplica a nuestra coyuntura.

—Entonces te ofrezco otra cita —le contesté—: «Tu cita es a las 7 p.m. en la oficina de Hugo, desnudo e hincado, para que te fornique por el ano».

—¿Qué ha pasado con tus modales? —preguntó Mucamo, de verdad espantado.

—No sé. Esas flores se me volvieron espinas —contesté.

En ese momento sonó el gemido distante de la sirena de una ambulancia.

Tiempo de irme, pensé y me alcé del sofá.

—Con tu permiso —me despedí del mucamo— o sin tu permiso.

Y me deslicé fuera del departamento.

5

En mi despacho, recogí el portafolios, para irme a casa.

El águila ya no estaba fuera detenida en el marco exterior del ventanal del despacho y me acerqué al vidrio para buscarla en el cielo rojo del ocaso.

No, no estaba.

Y su ausencia me causó una tristeza infinita. Como si un augurio me hubiera sido dado y yo no lo hubiera entendido: yo, habitante de un mundo sin dioses ni augurios: un mundo encerrado en lo humano.

Mañana tendría mi oportunidad con el presidente, me consolé. Tenía que mantener mi propósito firme, cerrar el Grupo, y no distraerme. Abrir un espacio para hablarle directo y ser precisa en las palabras. No tendría una segunda oportunidad.

6
El ruido de los cristales al caer

1

—Usted debe olvidarse de la ecuación: salir de la casa es contraer el virus y contraer el virus es morirse. Sencillamente no es cierto, yo se lo aseguro. ¿Le digo cuál es la verdad?

Jorge Velazco. Moreno, bigote delgado, ojos negros, tipo apuesto. El conductor del noticiario nocturno de TV Alfa, la televisora del consorcio.

—Sí, tú dinos, Jorge —le respondí al televisor empotrado en uno de los libreros de mi biblioteca.

—La verdad es que el virus es muy poco letal. Los mejores médicos del mundo han dicho ya que la letalidad es solo del 0.12 %. Es decir, a lo mucho morirá una persona por cada mil.

Esa mentira repetida en las 12 millones de pantallas del país que lo sintonizaban esa noche: 36 millones de televidentes: el sector de la población más pobre, menos educado y más crédulo: los que oyen en la tele lo que pensarán por una semana.

—Y la inmensa mayoría de los difuntos han sido y serán gente de edad avanzada, mayores de 80 años.

Siempre me han dado tristeza los perros, pensé, porque cuidan la mansión de su amo pero siguen viviendo en la perrera.

—A los otros que enferman —Jorge— les da una suerte de gripa. Tres o cuatro días de tos y dolor de cabeza y nada más. ¿Pero le digo lo que sí es mortal? —Jorge adelantó el rostro a la cámara.

—Sí, dímelo Jorge —imaginé a un señor gordo, acaso llamado Gómez, pidiéndoselo a la pantalla.

—Que si usted no sale a trabajar, no tendrá dinero para comprar comida, porque usted es un trabajador que vive de lo que gana diario. Y si es usted asalariado, también que no salga es malo, porque al no trabajar está llevando la economía a una crisis nunca vista en la historia de la Humanidad.

—¿Yo? —lo preguntó al televisor el gordo señor Gómez azorado.

—Sí, usted: usted está rompiendo las cadenas de producción de la economía, está llevando a la quiebra a las empresas, y eso, en un par de meses, dejará a millones de trabajadores como usted sin trabajo y eventualmente sin comida. Lo que entonces desatará la violencia: los asaltos se multiplicarán, los robos también, habrá rapiña, el ejército tendrá que salir a las calles a matar gente. Porque le digo un secreto que también usted conoce: el hambre no sabe esperar.

—Mi amor —el señor Gómez se inclinó para soplarlo en la oreja de su esposa dormida—, mi amor, despierta —la jaló por hombro—, tenemos que ir ahora mismo a salvar las cadenas productivas de la economía.

En el televisor del despacho Jorge dijo algo peor:

—Le digo entonces lo que debemos hacer. Primero, como nos ha pedido el presidente de nuestro país, mantenerse sano: no fumar, no tomar alcohol, bajar de peso, no tener alta presión, no tener diabetes.

El señor y la señora Gómez se detuvieron ante la puerta de salida de su casa, sus cuatro hijos gordos, los obesos niños Gómez tras ellos, y toda la familia se concentró en sudar ahí mismo los kilos de sobrepeso de

cada cual.

—Y segundo —Jorge se dulcificó—, y lo más importante: salir con tranquilidad de su casa a trabajar. No dejarse atrapar por la locura del pánico y salir a trabajar.

El mantra una y otra vez: trabajar, trabajar, trabajar.

La familia de los obesos Gómez salió por la puerta abierta en fila india y bajó aprisa las estrechas escaleras, las barrigas chocando contra las espaldas, para ir a trabajar a medianoche, y entonces reventaron los estampidos.

Secos.

Remotos.

No en la realidad imaginaria de la familia Gómez, sino en la realidad real.

—Hace varios siglos lo dijo el sabio filósofo persa Ibn Sina —la voz de Jorge fue quedando a mis espaldas mientras caminé a la cocina.

Salí al balcón.

Los estampidos habían sacado a los gorriones y a los mirlos de sus nidos y volaban de un sitio a otro del barandal.

Pulsé el interruptor eléctrico y abajo, en el bosque, se encendió una constelación de diminutos focos.

En el centro de las pequeñas luces, en un claro de pasto verde limón iluminado por la luna, estaba la Furia, saludándome con el puño en alto.

De su puño en alto una chispa saltó.

—Dioses —pensé—. Está armada.

2

La Furia en su uniforme negro de jefa de seguridad: el chaleco antibalas, las botas de policía. El pelo blanco cortado al ras del cráneo. Al verme salir de entre los

troncos de los pinos otra vez alzó la pistola y disparó otra vez al aire.

—Es una zona residencial —le reclamé acercándome.

Le señalé la mole negra que sobresalía entre las frondas picudas: el edificio más próximo.

—Está a un kilómetro —contestó la Furia—. Además, mira.

Me mostró la pistola y en la otra mano un cilindro de metal.

Un silenciador.

Giró el silenciador para enroscarlo al cañón de la pistola.

—Vale —le toqué con dos dedos el tatuaje de la lagartija verde que le subía por el cuello.

—Te enseño a tirar —dijo la Furia.

—No gracias —yo.

—Hacia allá —señaló al frente: hacia el resplandor de los ventanales de la sala de juegos.

Un cubo de 7 metros por 7, ahora con las luces apagadas: el espacio que más disfrutaba yo de mi casa.

—Es una broma —dijo la Furia—. Podemos disparar hacia allá —: indicó la espesura del bosque.

—No gracias —repetí amablemente yo.

Propuse que mejor fuéramos a sentarnos a conversar y señalé una banca de piedra entre dos árboles.

De cualquier forma ella puso la pistola fría y pesada en mi diestra y me dio instrucciones:

—Las piernas separadas, las suelas bien pegadas al piso.

Obedecí de mala gana.

—Alzas la pistola, los dos brazos estirados, y apuntas.

Apunté la pistola.

—Ahora, jala el gatillo.

El disparo me empujó dos pasos atrás y por un poco caigo al pasto.

—Es que cierras los ojos cuando disparas —la Furia —. Debes acompañar la bala hasta el final.

Mi espíritu de autosuperación es incapaz de dejar pasar la oportunidad de aprender algo nuevo.

—¿Cómo se hace eso? —pregunté.

Me aleccionó.

Lo primero era no cerrar los ojos.

Luego, fijar la mirada en el blanco.

Luego, acompañar con la emoción el balazo, como si fuera algo que sale de entre las manos, hasta que impacte.

La forma amorosa de disparar, según la Furia.

—Mira —sacó de su chaleco negro un cigarro de mariguana—. Para abrirte el corazón.

Fumamos el chubi, pasándolo entre ambas, para disparar con el corazón despejado.

Y lo intenté otra vez.

Sí: al jalar el gatillo sentí el balazo salir de mis manos entrelazadas y despaciosamente perderse en la espesura negra del bosque, donde impactó contra un tronco, con un chasquido.

Nos estuvimos disparando así, amorosamente, a la espesura negra del bosque, bajo un cielo a cada disparo más alto y con estrellas menos frías.

3

Nos sentamos en la banca de piedra, entre un guayacán de fronda amarilla y tronco inclinado y un pino negro. Se oían los silbidos cortos de un par de pájaros.

—Hay una serpiente venenosa a tus pies. ¿Qué haces?: —la forma casual de la Furia de abrir una conversación.

No respondí.

—Le das un balazo en la cabeza —la Furia—. No hay dolo. No hay odio. Es lo necesario, nada más. Ahora piensa en esto. Hay un tirador con una ametralladora matando gente en un centro comercial. ¿Qué haces?

—Ilumíname.

—Lo mismo: le disparas a la cabeza: pum, lo abates: se acabó la matanza y regresa la calma.

—Qué bien.

—Ahora, imagina un consorcio, donde trabajan, no sé, 180 mil trabajadores más o menos.

—Okey —dije—, lo imagino.

—Bueno, a la cabeza del consorcio hay un hijo de puta que toma una decisión que mata gente. ¿Qué toca hacer?

Los silbidos de las primaveras, esos pájaros amarillos, venían de la fronda del árbol inclinado.

—Dispararle a la cabeza —dijo la Furia—: abatirlo.

—Nada más que no es posible —yo.

—Te digo cómo lo hacemos —la Furia—. Yo te acompaño a la Torre Alfa, entramos a su oficina, y de pronto me descuadro de atrás de ti y disparo.

—Otra vez: no es posible —dije.

Le expliqué el sistema de seguridad que Palomino tenía armado alrededor de Hugo.

Para llegar a Hugo había siempre al menos tres arcos de detección de metales. Además, a su alrededor siempre había cámaras. Además, siempre había, a menos de diez metros, guardaespaldas.

—Entonces lo interceptamos en una carretera.

—Por tercera vez: no es posible —contesté.

Hugo nunca viajaba por tierra. Solo viajaba por aire. En helicóptero o en su avión.

—Tiene que haber una ley que lo detenga —se desesperó la Furia.

—De hecho no la hay. Resulta —dije despacio— que

legalmente no los mata él. Los mata un puto virus.

—A doña Mariana la enfermó él.

—Legalmente no —repetí, como una autómata, lo que el juez supremo había dicho a la mesa de Hugo ese día.

Nadie podría probar dónde exactamente se infectó doña Mariana. Y luego tuve el mal tino de agregar:

—El ratón cree que todos son de su condición.

Fue como si apretara el botón de la furia de la Furia: se volvió a verme, los ojos enrojecidos.

—¿Yo soy el ratón? ¿Me estás llamando así: un ratón?

—Solo digo que la imaginación de cada quien tiene los límites de su experiencia. Dame un día —le pedí.

Le hablé de la visita del día siguiente del presidente: me abriría un espacio con él y el presidente cerraría el Grupo Alfa.

—No le creo a ese tipo —la Furia, el cuello tenso por el enojo—. Te digo por qué. Es un señor puesto en la punta de una pirámide de opresiones heteropatriarcales.

No me pareció el momento de discutir la malignidad de la pirámide heteropatriarcal. Solo volví a pedirle que me diera un día, y si el presidente no ponía orden volveríamos a platicarlo.

Alargué la mano y le toqué otra vez con un dedo la lagartija verde del tenso cuello.

—Mientras tanto vamos a dormir juntas esta noche —seguí acariciándole la lagartija.

—Y en la mañana hacemos yoga —casi era una pregunta: no lo era: la Furia era irónica.

Apartó mi mano de su cuello y agarró la cacha de su pistola.

Se puso en pie y fue a meterse entre el pino y el guayacán de tronco inclinado.

Con solo sentir la llegada de su rabia treinta primaveras amarillas se despertaron en los nidos de la

celosía de las ramas y salieron disparadas a la noche negra.

4

En el cubo del salón de juegos, encendí solo la luz de una esquina y los cuatro ventanales se pintaron de un dorado tenue.

Desnudas, nos tendimos en la duela fría.

Nos empiernamos. Ella larga y musculosa, yo con las piernas rodeándole la cintura.

Nos movimos despacio. Soplando aire una en el rostro de la otra.

Unimos las bocas, soplando aire en los pulmones ajenos, mientras seguíamos cabalgándonos.

Los labios de la Furia aprisionaron uno de mis pezones.

Mi nariz entró en su sobaco y aspiré su olor a almizcle.

La punta de su lengua tocó mi clítoris, lo lamió de arriba abajo, de abajo a arriba, su boca succionó mi boca inferior: la boca entre mis piernas.

De pie, ya en su traje de policía de seguridad, la Furia susurró:

—Está bien. Quédate con tus amigos. Negocia con ellos la vida de los trabajadores del Grupo mientras toman café. Yo sé qué debo hacer.

Por lo pronto salió al aire libre de la noche, se paró en medio del claro de pasto, las piernas abiertas, los brazos alargados, y disparó directo al cubo de vidrio.

Me cubrí la cabeza con las manos, para protegerme de los añicos del ventanal al desplomarse.

Caminó y apuntó a otro de los cuatro ventanales, precisamente a su esquina superior izquierda.

Otra vez el ruido de los vidrios al caer.

Así remató un tercer ventanal: un balazo en la esquina superior izquierda.

Y luego, dejando el último ventanal ileso, se fue, cuesta abajo por entre los troncos de pinos.

Y yo, al centro del cubo, seguí escuchando el ruido de los vidrios al caer.

7
Delicados

1

De entre un hueco en las nubes blancas, pequeño como una libélula, el helicóptero descendió en línea recta.

En la azotea de la Torre Alfa lo esperaban Hugo y su heredero.

Entre el ruidazal y el viento que las aspas desplazaban, el presidente avanzó por la azotea, el pelo plateado volándosele, seguido por su séquito de funcionarios.

Ninguno con cubrebocas: el presidente había afirmado que la fuerza moral lo protegía a él y a los de su confianza del virus.

En el *penthouse* lo sentimos bajar por los peldaños de madera de la escalera de caracol. Habían iniciado ya la conversación: hablaban de una venta de bonos para fondear los préstamos a los pequeños empresarios nacionales.

—No —escuchamos que Hugo respondía—. Nosotros no los ayudaríamos, nosotros seríamos los que ejecutaríamos la venta de bonos.

El presidente fue apareciendo en el *penthouse*: las perneras de su traje gris una talla demasiado grande, su saco demasiado grande, su camisa blanca y la corbata azul con el nudo demasiado grande, propio de la moda

de otra época, el pelo plateado, revuelto.

Me gustaba que el presidente estuviera siempre fuera de la moda, me daba confianza en su jerarquía de valores.

—No —respondió a su vez el presidente al pisar por fin el piso alfombrado —, eso es un rescate, y yo prometí no endeudar al país con un rescate.

Saludó al equipo del Grupo alzando la diestra.

Tras él bajaron su secretaria de Economía, alta, morena, enjuta, el pelo blanco cortado en un casquete.

—Valeria —me saludó a mí en especial.

Había sido mi maestra de Historia de la Economía en Harvard, además de que habíamos conversado mucho en los cocteles del doctor Clas.

El doctor Clas: el David Rockefeller Center for Latin American Studies: el centro de reunión de los alumnos de Harvard que veníamos del mundo de la ñ.

Luego bajó al piso el secretario de Hacienda, cabizbajo, preocupado. Al último bajó Benjamín. Tomamos asiento en un redondel de sillas con brazos de madera, cada silla a dos metros de la contigua.

—No es un rescate —continuó Hugo la conversación—. Por eso lo llamamos Programa de Fraternidad. Y por eso la deuda sería para el Banco de México, no para el gobierno.

La secretaria de Economía:

—Astuto.

Hernán el banquero, autor del esquema:

—Gracias secretaria.

—Sin embargo —de nuevo ella—, si el banco no paga la deuda en su debido tiempo, pasaría a ser deuda pública, como en un rescate.

—Cosa que se vería hasta después de una década — el juez Pardo, nuestro asesor legal—, para cuando el señor presidente sea ya el presidente en retiro.

—Astuto —la secretaria de Economía.

—¿Es sarcástico o admirativo tu «astuto»? —Hernán.

Irene Hoyos lo miró a través de sus lentes de marco negro:

—Es factual —dijo.

Y yo me reacomodé en la silla: esperaba el momento oportuno de incidir: de abrirme un espacio para hablarle al presidente de forma directa.

El pueblo se apersonó entonces en la forma del capitán de meseros en su filipina blanca: Agustín, visiblemente emocionado le preguntó al presidente, inclinando el torso como un siervo ante un monarca:

—¿Qué toma usted, señor presidente?

—Agua —dijo él, cándido y sencillo, casi bucólico.

—Agua para todos —Hugo.

Lo que toma el rey toman su príncipe y sus duques.

—Seguro servidor —Agustín caminando hacia atrás.

La secretaria de Economía intervino:

—Revisé la propuesta del res ca te —lo pronunció así, dividido en sílabas: res ca te— y me impresionó algo en especial. Colocaría al Grupo Alfa como supervisor de las secretarías de Hacienda y de Economía.

—Qué astuto —ahora fue el presidente el que se lo dijo a Hugo—. Tú les darías órdenes a mis secretarios.

—¡Los políticos! —Hugo exclamó.

Y sus duques temieron que estuviera por soltar una diatriba de desprecio contra los que de común llamaba «esos parásitos estorbosos». No lo hizo, solo añadió:

—Ustedes tan desconfiados siempre.

—Desde que soy secretaria de Economía te persigo para que saldes los impuestos que debes al fisco —le dijo la secretaria a Hugo— y ahora serías mi jefe.

Hugo le sonrió:

—Si vas a trabajar con mi dinero, yo debo supervisarte.

—Astuto —sonrió ella.

De seguro había ya catalogado la propuesta del Grupo entre los mecanismos ultraneoliberales.

—Señor presidente —Hernán—, está probado que cuando los empresarios controlan a los burócratas, el resultado es una racionalidad económica.

—O el Estado secuestrado —Irene Hoyos—. Según quien lo mire.

Tres meseros se distribuyeron para colocar en las mesitas bajas, entre las sillas, los vasos de agua, Agustín supervisando desde un rincón.

—Volviendo a la proporcionalidad de las acciones —Hernán.

El presidente se rascó la mollera, parecía haber dejado de entender la conversación y de atenderla, y yo vi ahí mi oportunidad:

—¿Por qué no hablamos a solas? —pregunté—. Usted, Hugo y yo.

—Buena idea —el presidente se alzó de su silla y se enfiló hacia el fondo de la estancia.

2

—Adiós —al entrar a la amplia cocina blanca Hugo despidió a los representantes del pueblo en ese *penthouse*: los meseros abandonaron la cocina y el presidente trepó sobre una silla alta y se acodó en el mostrador negro.

—Quieres ganar acá y ganar allá —le dijo a Hugo—, a la derecha y a la izquierda y de abajo de las piedras. ¿No tienes llenadera?

—Mi negocio es ganar dinero —Hugo tenso—, ¿cuál es el misterio? ¿Quieres dinero regalado? Trabaja con monjitas de la caridad.

—Por eso mismo no voy a endeudarme: para que financieros como tú no me manden a mí.

—Perfecto —Hugo furioso—, entonces toma con el ejército las instalaciones del Grupo, da un golpe de Estado, que esto sea de una vez una dictadura.

—Presidente —mi voz se deslizó entre los machos en un registro más suave—, lo que usted quiere es que cerremos el Grupo. ¿O me equivoco?

A Hugo se le vació la mirada: como si se ausentara de la junta: ese era el asunto que había querido no tratar con el presidente: el tablero que había retirado para colocar otro tablero de juego.

En cambio el presidente me miró con fijeza.

Seguí, con tiento:

—Nosotros, por nuestra parte, tenemos un alto índice de contagio y de muertos…

Hugo me observaba con azoro, la boca abierta, sin respirar.

—… y también —agregué— nos convendría cerrar las plantas laborales.

Hugo se había paralizado en el estupor.

Seguí:

—Solo a manera de exploración, quisiera planteárselo: si cerramos… —me excedía y me apuré a anudar un compromiso entre Hugo y el presidente— ¿usted nos daría tal vez a cambio un subsidio para ayudarnos a cubrir las pérdidas de—

—Un carajo les daría —el presidente arrebatándome la palabra—. ¿Por qué debo darles algo a cambio de cumplir una orden del presidente?

Yo:

—Nuestra nómina es altísima y un subsidio—

—Al contrario —el presidente me arrebató otra vez la palabra—, no solo quiero que cierren hoy mismo y sin condiciones, quiero que anuncien por su televisora que yo se los exigí. Quiero un acto público de sumisión al poder del presidente. Debe quedar claro quién manda en este país.

—Adiós —Hugo me ordenó: había recuperado el habla.

Los dejé a solas, acodados en el mostrador negro, resoplando uno ante otro, entre los refrigeradores que ronroneaban.

Había errado el tiro por kilómetros. Mi propuesta debió haber podido caber en una sola oración: debió haber sido rápida y directa como un balazo, y en cambio había salido sinuosa y lenta, tentativa y torpe, y el espacio que había tenido ante el presidente se había esfumado.

3

En una esquina de la terraza con piso de adoquines rojos, la secretaria de Economía estaba acodada en el murete, viendo la ciudad.

El casquete de pelo blanco, el rostro flaco, el traje negro sin adornos, los lentes con marcos de pasta negra.

—Desde acá se ve muy chiquito allá abajo —dijo cuando me sintió acodarme a su lado—: como un hormiguero.

—Y desde acá eso es la ciudad —yo—: un hormiguero.

Un hormiguero cuya red de mil caminos estaban desiertos ese día de pandemia.

—¿Qué los une? —me preguntó Irene.

A Hugo y al presidente: uno un ultracapitalista, el otro un político de Izquierda. Un hijo del privilegio y un tipo que había escalado desde abajo.

Le conté lo que sabía.

Hugo lo apoyó cuando se lanzó por primera vez de candidato a la Presidencia. Cuando perdió, le dio un programa diario en la televisión. Después le dio dinero para esta última campaña que había ganado. El

presidente lo consideraba su banquero de siempre.

—Y tal vez —terminé— incluso son amigos sinceros.

Irene la suspicaz:

—¿Hay algo más?

—No lo sé, tú dime.

—Sí, hay algo más entre ellos —admitió Irene y otra vez volvió el rostro a la ciudad: le apenaba decirlo.

El lugar donde el presidente se sentía débil era la economía. Lo único de lo que estaba seguro en ese terreno es que no endeudaría al país.

—Cero deuda, cero deuda, lo repite como un mantra. En eso y en ahorrar lo máximo y gastar lo mínimo se cifra su credo económico.

—La economía —yo— según el hijo de un minorista.

El presidente era, y lo solía contar con orgullo, el hijo de un pequeño comerciante de muebles rústicos.

—Fuera de esos límites —continuó Irene— nos escucha a mí y al secretario de Hacienda, pero aun entonces con prevención.

No los conocía de largo tiempo, no tenía seguridad de que eran eficaces, y en ese hueco de confianza aparecía mi jefe.

—El malévolo Hijo de Puta —Irene usó el apodo nacional de Hugo—. Un empresario que ha construido un emporio. ¿Fumamos?

Me ofreció una cajetilla de cigarros Delicados. Cigarros baratos, oscuros y honestos. Me adelantó la flama de su encendedor de proletario plástico rojo.

Ella misma encendió un Delicados.

4

—El problema —recomenzó Irene, echando humo— es

el lenguaje que usamos.

No tenía que explicarse: habiendo sido su alumna en la universidad, la entendía: se refería al lenguaje económico.

—Un lenguaje que no se inventó para tratar una crisis de salud como la que vivimos.

Se inventó para nombrar los procesos de la Revolución Industrial. Una revolución que creó una nueva clase fabulosamente rica y otra clase, la de los campesinos transformados en obreros que vivían en condiciones de miseria abominable. Turnos de 12 horas en las fábricas humosas. Hangares donde dormían hacinados.

El lenguaje económico que pudiera cifrar esa nueva realidad tardó un siglo en inventarse y permitió que se aprobaran nuevas leyes que regularan la explotación de los obreros. Pero además, desde entonces, había sido el lenguaje en el que los humanos hablábamos de lo colectivo.

¿Estado regulador o libre mercado? Cuando hablábamos de política, en realidad solo hablábamos de esas antípodas, y de la proporción deseable entre ellas.

—Tratar ahora de resolver un problema de salud con lenguaje económico —siguió Irene— es como pescar truchas con palillos japoneses. Y más ampliamente visto, lo que tenemos es un problema ecológico. Nos hemos desadaptado de la Naturaleza. Y de nuevo, tratamos de cazar truchas con palillos japoneses.

Se corrigió:

—No, es peor que eso. Es tratar de curar a un enfermo del corazón dándole veneno, porque el lenguaje económico es el que nos ha traído a este desastre.

—Ese lenguaje —Irene en el aula, ante el pizarrón, yo entre los alumnos en las butacas—, con sus conceptos centrales, la ganancia, el trabajo y el progreso, impulsó a los animales pensantes a conquistar los polos, las selvas,

los océanos y los desiertos, para horadarlos, saquearlos y dinamitarlos.

Así rompimos el equilibro de la Naturaleza y acá estábamos. En un planeta con una aceleración en la frecuencia de catástrofes.

Huracanes. Sismos. Inundaciones. Incendios de bosques y junglas. Pandemias.

—¿Y qué deberíamos hacer? —le pregunté a mi antigua maestra.

—¿Para corregir nuestra desadaptación con la Naturaleza? —Irene—. Tirar por la ventana los libros de Economía.

Empezar de cero. Repensar todos y cada uno de los procesos de la especie y su para qué.

Sobre todo eso, el para qué debería cambiar. La meta ya no debería ser la conquista, el progreso, la ganancia.

—Y en lo particular con este virus —yo—, ¿qué hacemos?

Irene se recolocó las gafas de marco de pasta negra:

—Lo mismo. Tirar por la ventana los libros de la Economía industrial.

Es decir, cerrar la economía del país totalmente.

—Lo único que detiene el contagio —siguió— es que la gente se quede encerrada en su casa.

Por lo pronto, solo la clase media y la clase alta habían podido encerrarse en sus casas. Los pobres asalariados habían quedado a merced de sus patrones, entre los que una mayoría se sacrificaba pagándoles sus salarios completos o parciales para que se quedaran en casa, cosa que no podrían hacer indefinidamente.

Pero estaban los trabajadores informales: el núcleo del problema: la mitad de los trabajadores del país: los trabajadores sin patrón, que de no salir diario a la calle a buscarse el pan, morirían.

—Tendríamos que mantenerlos nosotros —Irene.

Nosotros: el gobierno.

—¿Cómo? —pregunté.

—Regalarles dinero. Un salario mínimo. Porque mientras esos trabajadores no estén aislados, el confinamiento de la otra parte de la población, la que ordenó ayer el presidente, sirve para pitos.

Se corrigió:

—Sirve para que los confinados no se contagien, no sirve para aislar al maldito virus y acabar con la epidemia.

—¿Vas a convencer a tu jefe de hacer un gasto así de grande? —le pregunté.

Irene chupó humo de su Delicados y al lanzarlo fuera solo respondió con una pregunta:

—¿Convencer de endeudarse a un hijo de un minorista?

Añadió luego de un momento:

—Tengo que.

Dos pajaritos minúsculos bajaron al murete de la terraza, a unos metros de nosotras.

Al sentir que me acercaba agitaron las alas y se sostuvieron, milagrosamente, en el aire.

Eran verdes, con el pecho azul brillante y un pico del tamaño y el grosor de una aguja.

Chupamirtos.

Piaban en secuencias cortas y agudas.

—Mira, ya salieron de su junta privada —Irene lo dijo mirando hacia la puerta de vidrio que se abría al piso: ahí el presidente y Hugo se despedían—. Veremos lo que han acordado.

Apagó en el borde del murete la colilla del Delicados y fue a reunirse con ellos.

8
800 camisas azules

1

El ruido de las aspas del helicóptero se perdía en el silencio y en la estancia del *penthouse* Hugo no hablaba del acuerdo al que había llegado con el presidente. Para mi impaciencia, hablaba de sus vacaciones.

En su yate, con su esposa y su hijo, navegaría hasta Florida y desembarcaría en el puerto de Key Biscayne.

Hugo alargó las piernas y Agustín fue a hincarse ante él para quitarle los zapatos. Un par de zapatos de cuero café. Le calzó otro par, igual café, pero de suela de goma más mullida, y se dedicó a anudarle las agujetas.

Otro mesero servía copas de coñac en las mesas intermedias a nuestras sillas de madera.

—Te mereces esas vacaciones, Benjamín —el juez se volvió para decirle al hijo de Hugo.

—No —dijo Benjamín sonrojándose—, mi papá se llevará al yate al hijo de su esposa actual.

—El benjamín se queda cuidando las barras —Hugo cortó con la tijerilla de plata la punta de su puro.

Las barras: los ingresos y egresos que se registraban en las pantallas del salón principal del piso.

Murano se sonrió al repetir:

—El benjamín.

Benjamín apretó los labios. Odiaba cuando su padre

hacía notorio el significado de su nombre.

Benjamín: la persona de menor edad de un grupo o equipo. El benjamín de la familia. El benjamín del campeonato. El novato.

—Son las barras de mi cárcel —el benjamín intentó elevarse de la vergüenza con una broma.

—Cuando yo me muera y tú manejes al Grupo, ya tendrás vacaciones —Hugo volviendo a tumbar a su hijo al lodo de la ignominia—. Ahora el benjamín está en un curso intensivo de cómo ser el dueño de un emporio, y se queda a cuidar sus barras, con Valeria de profesora. Es un yate humilde pero digno —cambió su atención al juez supremo.

Hernán se rio suave, y mientras un mesero le acercó al puro de Hugo la flama de un encendedor de plata, se dedicó a describir el yate *Alfa*.

Era uno de los mejores diez barcos del mundo, según las revistas del ramo. 70 metros de eslora, un diseño esbelto, veinte *suites*. Cada diciembre el grupo de ejecutivos nos reuníamos en el *Alfa* para convivir y planear el año siguiente.

—¿Por qué no vienes conmigo, juez supremo? —Hugo lo preguntó y Hernán y Murano bajaron la mirada: no los había invitado a ellos en esta ocasión—. Tal vez puedas traer a tu nueva novia.

Agustín se retiró caminando de espaldas, los zapatos de Hugo en la diestra.

—Te digo qué —Hugo al juez—. No puede uno estar más seguro que en altamar, alejado de la humanidad y su pandemia. Y de paso miramos el despegue del *Falcon 9*.

El juez no sabía qué era el *Falcon 9* y Murano le explicó:

—El cohete que se enviará desde Florida a la estación espacial internacional, cercana a la Luna.

—Con todo el ruido de la pandemia se me pasó

desapercibido —el juez.

—No solo a ti, a casi todos —Hugo—. Pero por fortuna hay quien sigue mirando al futuro.

—Con gusto acepto —el juez bebió el resto de coñac de su copa y la depositó en la mesita baja.

Hugo los acompañó a la puerta del elevador, a Hernán y al juez Pardo, y tan pronto nos quedamos solos en la estancia, Benjamín aprovechó para informarnos a mí y a Murano:

—Esta noche, en el noticiario, vamos a llamar a desobedecer al presidente.

No me lo esperaba:

—¿Eso acordaron Hugo y el presidente?

—Así parecerá que el presidente y Hugo se enemistaron y todos saldremos ganando. El presidente no contradice su orden de cerrar la economía, para proteger la vida de la gente, y el Grupo sigue abierto y trabajando.

Sentí mi cuerpo volverse pesado en el sillón.

Murano en cambio estaba exultante y ligero como una campanita feliz:

—Ha triunfado la libertad —exclamó meneándose en el asiento de la silla.

—Escríbelo para que lo lea Jorge en la televisión —Benjamín.

Mucamo se levantó y fue a meterse en uno de los despachos vacíos del piso.

—¿Qué piensas? —me consultó el benjamín, la voz baja.

—Que tu padre logró lo que quería —yo—. El Grupo seguirá trabajando en medio de la pandemia.

—Así es.

—Y para cuando acabe la pandemia tu padre será el hombre más rico del país y uno de los cincuenta más ricos del mundo. Pero será un hombre muy odiado.

—No sé si eso le importa.

—Debería. Un hombre odiado nunca está seguro.

—¿Es decir? —el heredero.

—Digo que tu padre se siente seguro acá en un piso 27. Luego se irá en helicóptero al aeropuerto y de ahí tomará su avión a su yate y luego regresará igual por el aire. Cree que puedes seguir volando de un lugar a otro a kilómetros de distancia de la tierra. Pero en algún momento, algo puede tocarlo.

—El virus dices.

Hablamos pintados de la luz rojiza del ocaso.

—El virus o un vengador de los muertos.

—¿Qué muertos?

El benjamín no sabía todavía nada de los 155.

—La gente que muera en el Grupo estos días —expliqué—. Algún familiar puede querer vengar a su muerto y puede tener en casa una pistola. O puede ocurrirle a Hugo algo que ni siquiera se nos ocurre ahora.

Benjamín lo reflexionó, antes de decirlo:

—Es tu opinión, nadie dentro del Grupo objeta lo que hace.

—¿Pueden objetarlo? Una empresa privada no es una democracia. Su dueño puede decir y hacer lo que le venga en gana en su propiedad.

—Es correcto —el benjamín.

—Los asalariados somos siervos de tiranías —la rabia se me subía a la cabeza.

—Solo en horas hábiles —se rio suave el benjamín.

—8 o 12 horas al día —dije—. No más.

Aunque a veces eran 15 horas. ¿Cuántas veces me había quedado con la cabeza dormida sobre mi escritorio para agrandarle en unos cuantos millones su ganancia al HDP?

—¿Vamos a tu despacho? —me sonrió el heredero —. Mi padre me encomendó algo rudo y necesito tu ayuda.

—¿Me lo pides o me lo ordenas? —no le respondí, solo lo pensé.

—Vamos —dije en cambio, dispuesta a obedecer.

2

En mi despacho, Benjamín tecleó en mi computadora para comunicarse con el conductor del noticiario de la noche.

Jorge Velazco apareció en la pantalla, la sonrisa blanca sobre el bigote bien cortado, los ojos negros brillantes. Era el amor nocturno de los televidentes con menos visión crítica y con mejor corazón del país.

—¿En qué le sirvo, patrón? —se lo preguntó a Benjamín.

Benjamín tenía 32 años, Jorge 59. El joven heredero era el jefe del hombre maduro. Benjamín se aclaró la garganta, nervioso, y luego giró su orden:

—Hay un cambio de plan —dijo.

—Viene —Jorge—. Escucho y tomo nota.

—Vas a llamar a que la gente desobedezca al presidente.

Jorge abrió los ojos grandes.

—Vas a decirles —siguió el benjamín— que no le hagan caso a su orden del confinamiento obligatorio y salgan de sus casas a trabajar y a disfrutar la vida.

—Eso es —empezó Jorge— un acto de sedición, ¿o no?

Luego musitó:

—La verdad no sé si quiero decir eso.

Acerqué una silla a la pantalla, para decir:

—Jorge. Tú solo lee el *teleprompter*. Murano te mandará el texto.

Jorge los ojos nublados:

—De verdad no sé si pueda decirlo, doctora.

—Es más o menos lo que has dicho el último mes —el benjamín.

—Pero esto es ir más lejos.

—No veo por qué —Benjamín.

—Causará mucho escándalo que desconozca la autoridad del presidente —Jorge.

Es decir: las incitaciones a la gente para salir y enfrentar de cara abierta el virus era un asunto de opinión. Esto sería un asunto político.

—Me van a crucificar en las redes —Jorge.

—Sin duda —pensé, no lo dije.

—Ya nadie creerá en mí como periodista. Joder, es suicidarme en horario triple A.

—Cierto —no lo dije: solo lo pensé.

—Ya tienes tu orden —me escuché decir en cambio.

—¿Es negociable? —lloriqueó Jorge.

—Puedes renunciar —respondí—. En eso consiste tu libertad.

—¿Y trabajar en dónde a mi edad? —preguntó Jorge: se le había escapado de la lengua la pregunta que debió haber sido un pensamiento.

En el silencio incómodo que siguió, casi podía escucharse a Jorge pensar sus opciones.

Podía trabajar en una televisora de provincias. O dejar de una vez el periodismo. Resignarse al anonimato y la modestia económica y vender zapatos de plástico: tenía un cuñado dueño de una fábrica de zapatos. O podía vivir de sus ahorros. Adentrarse en la independencia: ese territorio que en el Grupo nadie conocía.

Corté la llamada de un teclazo.

—¿Obedecerá la orden? —me preguntó el benjamín a mi lado, mordiéndose la uña del dedo índice.

Tecleé para que apareciera en la pantalla el cuadriculado de las imágenes de la televisora: todos sus espacios, a esa hora de la tarde semidesiertos, y cliqueé

el cuadrado donde Jorge, en su amplio camerino de paredes azul cromo, hundido en un sillón de cuero negro, el teléfono en una mano, seguía considerando su suicidio en horario triple A.

—Obedecerá —respondí—. No es un héroe.

Jorge se alzó bruscamente y fue hasta el clóset al fondo del camerino. Descorrió una puerta hacia un lado y la otra puerta hacia el otro, para descubrir su extensa colección de camisas azules.

Una leyenda en la televisora: 800 camisas azules, del azul marino, casi negro, al azul agua, casi blanco.

Al benjamín se le ocurrió:

—¿Qué pasa si sale a cámara y nos traiciona?

Benjamín se imaginó a Jorge delatando lo que el Grupo le había ordenado y él se negaba a hacer.

Jorge se sacó de un tirón por la cabeza el suéter de *cashmere* gris y ahí, con el torso musculoso desnudo, tardó en seleccionar la camisa con que aparecería esa noche en las pantallas.

—No te preocupes —yo al benjamín—. Tomaremos precauciones.

Eligió una y la extrajo colgada de un gancho de madera: una camisa de un azul tan oscuro que parecía negra.

Eso en señal de duelo por el prestigio de periodista que había decidido sacrificar esa noche. O tal vez por el sacrificio de su salario de conductor estelar.

Al juzgar por la quietud con que observaba la camisa casi negra, lo había ya decidido.

3

Agustín, el jefe de meseros y valet personal de Hugo, apodado el Seguro Servidor, la filipina blanca impecable a las 10 de la noche, colocó a un lado mío, en la mesita

baja, un café negro y una azucarera de plata.

Asentí, sin distraer la atención a mi tableta.

Sentí al Seguro Servidor retroceder de espaldas y girarse para cruzar la cocina y entrar al ala de los dormitorios del servicio.

En una ocasión, a medianoche, fui a buscarlo ahí adentro para pedirle un café, y lo encontré en su cuartito de 3 metros por 3, sentado al borde de la cama, boleando sobre el regazo un zapato café de su señor Hugo y canturreando el himno del Grupo, esa canción que en TV Alfa, entre un programa y el siguiente, entonaba un coro de alegres adolescentes.

Cuando ellos hacen zig,
nosotros hacemos zag.
Cuando ellos están en Omega,
¿nosotros dónde estamos?
En Alfa.

9
Poc

1

En el corredor de piedra volcánica, Jorge cruzó por entre el coctel de suecos, a esa hora iluminado con luz eléctrica y con pocos asistentes, solo los conductores y unos contados invitados a los programas de opinión de esa noche, previstos para después del noticiario.

Todos con vasitos de polietileno, de los que subía el vapor del café caliente, y todos valientemente sin cubrebocas: partidarios de la libertad de dejarse infectar por el virus.

Serio, adusto, en una camisa azul oscura, casi negra, sin corbata, y un traje azul celeste, los ojos rojos de haber llorado, las líneas de edad del rostro cubiertas por el denso maquillaje, Jorge se sumergió en la media luz del amplio foro donde las cámaras lo esperaban.

Se fijó en especial en el amenazante *teleprompter* entre dos cámaras y a su costado en la silueta de Murano, que lo saludaba con una mano alzada: dos dedos en señal de victoria.

No pudo tampoco dejar de registrar en un extremo de la mesa curva del noticiero la silueta de su suplente. Guadalupe, una joven prometedora que lo suplía en casos de enfermedad grave.

La maquillista de foro le pidió que alzara la cara y le

goteó
colirio en los ojos rojos, para aclarárselos.

—Prevenidos —sonó la voz en las bocinas y el movimiento de las siluetas de los técnicos se aceleró.

Un técnico colocó una claqueta ante el rostro de Jorge.

—Noticias —dijo y retiró la claqueta.

Los focos rojos se encendieron en las cuatro cámaras.

—… 4… —la voz en las bocinas—… 3…

En la cabina, un dedo descansaba sobre un botón, listo para cambiar la imagen a Guadalupe, si Jorge renunciaba al aire.

—… 2…

Música épica. La luz ascendiendo lentamente.

2

En la sala de cine de la Torre Alfa, los directivos retuvimos el aliento mientras veíamos en la gran pantalla a Jorge separar los labios para decir:

—No le haga caso al presidente.

Entonces Hugo exhaló el aire y a sus costados el benjamín y yo exhalamos: el sirviente servía todavía.

—¿Por qué no sigue hablando? —se inquietó sentado una fila atrás de nosotros Omar Jalil, el director de Relaciones Públicas del corporativo.

Jorge de inmediato habló más:

—Lo que dicen el presidente y sus funcionarios de salud son meras y completas falsedades. Y por eso han dejado de ser relevantes.

Eso anunciado a 36 millones de televidentes, en su mayoría con solo estudios de primaria.

—Se lo digo yo sin temor —Jorge—: no podemos estar controlados por gente que ha perdido todo control

de la pandemia. Es tiempo de que cada uno de nosotros se ponga en pie y recupere su libertad.

Divina palabra *libertad*: en tu nombre se sostienen mil y una servidumbres.

Hugo se llevó a los labios un puro habano.

—¿Hay que quedarse en casa? —preguntó en la pantalla Jorge—. No. Hay que salir y vivir la vida. ¿Debe usted usar mascarilla sobre la boca a todas horas? No. Solo si le gusta tener un bozal sobre los labios. ¿Debe usted seguir viviendo, y discúlpeme la expresión, apendejado por el pánico?

Apendejado: un neologismo derivado de la palabra predilecta de Hugo: pendejo.

Hugo sonrió satisfecho de su adición a la lengua y jaló aire por el puro para absorber la flama que un mesero sostenía en su punta.

—Somos tendencia en las redes —anunció Jalil emocionado.

—¿Tan rápido? —el benjamín sorprendido.

—Le pido a Palomino que las ponga en pantalla —Jalil.

Todavía Jorge no terminaba el mensaje por la televisión y ya dominábamos la conversación de las redes. En la gran pantalla apareció un primer tuit:

El pendejo eres tú #HDP.

El segundo era una imagen.

Un César en un balcón y abajo un ejército romano. Abajo el texto: ¡Oh gran #HDP, acepta nuestras vidas en ofrenda!

Los tuits siguieron deslizándose pantalla abajo, soeces, atroces. Hugo, pálido, sopló humo sabor a vainilla y dijo:

—Ni un solo puto tuit favorable.

¿Dónde quedó el animado debate de las redes sociales? El Twitter, nuestra versión contemporánea de un coro griego, suele desbaratarse en la cacofonía de mil voces: un tuit comenta al anterior, otro le agrega un

concepto, otro disiente de ambos, el que sigue acusa a los previos de filiaciones con el diablo.

Pero esa noche Twitter era un coro unánime: solo odio enardecido contra el Grupo y el HDP.

—Mira —se admiró Hugo—, ese tuitero me quiere matar.

Jalil sopló a su espalda:

—Es un homenaje, Hugo.

Hugo achicó los ojos.

—La envidia es un homenaje: quieren ser como tú.

Hugo no respondió, absorto en los tuits.

El ingeniero Jalil se alzó para quitarse el saco del traje, volvió a sentarse aflojándose el nudo de la corbata, empezó a masajearse la camisa, a la altura del corazón, y pidió a la oscuridad:

—Agua. ¿Alguien puede traerme agua?

3

El centro de monitoreo del Grupo, en Titanio Seguridad, tenía forma de anfiteatro. Un mural curvo y cuadriculado en miles de imágenes, ante las que Palomino recibió la orden por sus audífonos: enviar la lista de tendencias del Twitter.

—¿Quieren chocolate? —susurró—. Tomen chocolate.

Habíamos conquistado las primeras cinco tendencias nacionales, mismas que aparecieron en la pantalla de la sala de cine.

#HDP
#Boicot-a-Alfa
#KememosAlkostos
#MuereteMejorTúHijoDePuta
#PeriodismoTerrorista

—Leer las redes —explicó a nuestras espaldas

nuestro jefe de Relaciones Públicas, Omar Jalil— es como bajar al patio de los choferes y encontrarlos borrachos, insultando a sus patrones.

—Pues cambia lo que dicen los choferes —Hugo muy quieto en su sillón—. Ese es tu trabajo, ¿o para qué te pago?

—No es tan fácil como uno quisiera —Jalil, la voz baja—. Un tsunami de mensajes negativos solo puede contrarrestarse con otro tsunami de mensajes positivos. Y eso haremos.

Boqueó en su butaca: le faltaba aire, y siguió masajeándose el corazón mientras le pasaba por el teléfono la orden a Palomino de inundar Twitter con alabanzas a Hugo.

—¿Se siente bien, ingeniero? —un mesero se le acercó a Jalil en la penumbra.

—Ábreme esto —le respondió y con una mano temblorosa le alargó un pomito de pastillas.

Después quiso tomar el vaso de agua colocado a su lado, en una mesita, pero al tomarlo la mano le tembló tanto que el agua se desbordó.

Dijo al teléfono:

—¿Qué pasa, Palomino? ¿Por qué no aparece ni un solo puto tuit positivo, miserable cabrón?

Apareció un primer tuit positivo:

Usted deje ladrar a los perros y siga triunfando, por algo es el mayor Hijo de su Puta Perra Madre.

Jalil tosió. Un tos gutural, cavernosa.

La mano le temblaba más y no podía tomar el pequeño pomo abierto que le entregaba el mesero, así que le pidió:

—Ponme una pastillita bajo la lengua —abrió la boca para que el mesero le colocara bajo la lengua la diminuta pastilla salvadora de ataques cardiacos.

Los tuits seguían desfilando hacia abajo por la pantalla, uno contra diez hostiles al Grupo.

—Increíble —dijo Hugo, el puro entre los dientes—. Están llamando a quemar las tiendas Alkosto. Mira, ahora maldicen la memoria de mi madre.

—Ponte en pantalla y díselo —Jalil le ordenó por el celular a Palomino.

El Plomero apareció en pantalla, vestido de negro y tranquilo como un santo, y se explicó:

—Hugo, no te preocupes para nada, por favor. Es obvio que debemos formular una estrategia para mejorar tu imagen pública. Por ejemplo, deberías entrar personalmente a las redes a diario y tuitear sobre asuntos amables, sobre libros, sobre alimentos sabrosos, el amor por la familia: dialogar con el pueblo. ¿De acuerdo?

Hugo apretó la quijada y no respondió.

—Y en lo inmediato —Palomino se apuró a agregar —, estamos a punto de soltar un huracán de tuits para transformar el sentido de las siglas HDP. De hoy en adelante significarán otra cosa.

—¿Qué otra cosa? —Jalil masajeándose el pecho al nivel del corazón, al parecer más calmado.

Palomino:

—Héroe de la Patria.

A espaldas de Palomino se veía el extenso piso del búnker de Titanio Seguridad: bajo las lámparas de neón un ejército de tuiteros tecleaba febrilmente a computadoras extraplanas.

Universitarios que Palomino en persona engancha en los prados de la Facultad de Filosofía y Letras de la universidad nacional.

—Ey, filósofo —les silbaba—. Ey, poetisa. Oye, letrado. ¿Te interesa un trabajo clandestino? 12 mil pesos por 12 horas, tres veces a la semana. Acércate, vamos bajo la sombra de aquel árbol y hablamos.

La filosofía y la poesía jamás fueron mejor patrocinadas.

Y de pronto, como si nada pasara, Hugo se alzó de su butaca, cuan largo era, y sin decir una palabra salió por el quicio oscuro de la sala de cine.

—En la madre —el benjamín murmuró.

Cuando Hugo ya no hablaba, es que estaba por cortar cabezas de directivos.

Fue en ese momento que Jalil soltó un graznido antinatural, monstruoso, un ronquido de oso que nos hizo a todos centrar las miradas en él.

Luego Jalil se quedó tieso y mudo en el sillón, como si se hubiera tragado una uva y se le hubiera atorado en el esófago.

Solo se movía su mano derecha, caída a su costado: tecleaba todavía algo en el celular: una nueva orden a Palomino. Ni aun en medio de un ataque cardiaco dejaba de servirle a su patrón.

Entonces las piernas se le estiraron de golpe y el celular cayó al tapete.

Poc.

Los ojos se le fueron de los ojos y se le quedaron en blanco, y yo recibí un mensaje en mi teléfono.

Mi oficina.

Era de Hugo.

Me volví para decirle a Benjamín:

—Voy a ver a Hugo. Tú pide una ambulancia. El ingeniero Jalil está muriéndose.

10
La risa de la serpiente

1

El aire es violeta cuando entro en la oficina de Hugo.

—Me llamaste, ¿para qué soy buena? —pregunto.

Desde el ventanal ilumina la estancia apenas una mitad de luna y una lámpara crea un círculo de luz sobre el escritorio de vidrio.

Me siento en una silla giratoria.

En el sillón de cuero, los pies en calcetines sobre un taburete, Hugo fuma todavía el puro oloroso a vainilla.

—¿Y tú, por qué quieres matarme? —me responde, la voz tersa, tranquila.

—¿Preguntas por qué quieren matarte en las redes?

—No. Eso sí lo entiendo. Lo que no entiendo es por qué tú quieres matarme.

—¿De qué hablas? —yo extrañada.

Hugo me lo resume.

Ayer le propuse que cediera ante el maldito virus. Luego, hoy, le abrí al presidente la posibilidad de que Hugo cediera. Y hace un par de horas, ya directamente lo amenacé de muerte, por interpósita persona.

—Le dijiste a mi hijo «algo puede tocarlo».

Ah, esa frase dicha a Benjamín en confianza.

Hugo lanza un chorro de humo y espera mi respuesta.

Tal vez una disculpa.

Yo no despego los labios.

—Dime algo —dice por fin Hugo—. ¿Quién pagó tu doctorado en Harvard, Valeria?

—¿Por qué de pronto la pregunta?

—Solo contesta.

—Tuve una beca.

—¿Por qué no lo pagó tu padre?

—Porque estaba muerto.

—Y vivo tampoco hubiera podido pagarlo. Era un carpintero.

—Y le debo todo a él, a mi padre carpintero, y a mi madre, maestra de secundaria. Mi hermana y yo les debemos todo lo que somos.

—¿Y qué eres? —Hugo.

No respondo: siento la agresividad en su voz. Así que seré yo quien pague por el odio de las masas contra el HDP.

Una sirena suena a lo lejos: otro desgraciado que se asfixia, rumbo al hospital.

—¿Te digo lo que eres? —vuelve Hugo a preguntarme.

Otra vez no respondo.

—Mi empleada, eso eres. Algo que yo empleo. Algo que me es útil. Que me rinde utilidades. Un utensilio de mi voluntad. Y no le cuadra a una empleada la arrogancia. Vuelvo a tus padres.

Siento mis molares apretados entre sí. ¿Cuánto durará esta tortura a mi autoestima?

—Quería detectar —continúa Hugo— si tu deslealtad hacia mí reside en tu lealtad a tus padres, y no me equivoqué.

Inhalo profundo.

—El problema de la gente que viene de la escasez —Hugo con voz tersa— es que guarda su fidelidad a esa escasez como un lastre. Un límite, que no logran

trascender.

Según Hugo lo mismo le ocurre al presidente. Igual que yo, está defendiendo un mundo que se está cayendo a pedazos. Un mundo viejo con ideales que son barreras para el mundo que viene. La igualdad, la fraternidad, el libre albedrío, la democracia.

Es decir, los viejos ideales del Humanismo.

—En el mundo que viene —teoriza Hugo— todo serán números.

—¿Te parece? —trato de conversar, entre dientes, la quijada apretada.

—No me parece, lo sé. Algoritmos. Números neutrales y objetivos. Ese será el lenguaje del futuro próximo. ¿Te sientes mal? Llevas en la muñeca un brazalete que mide tus signos vitales y te dice que la culpa es de tu riñón en combinación con tu hígado, y te receta en miligramos la cura.

Lo escucho odiando cada palabra que dice.

—¿Quiero que mi cliente esté satisfecho? —pregunta Hugo—. Le subes la oxitocina 3 puntos desde su brazalete.

—Qué fascinante —miento—. Un mundo de robots de carne y hueso.

—Es decir, querida Valeria —Hugo me responde—, creo que ya no me sirves.

Se alza del sillón y se va a una esquina, y sube por la estrecha escalera de caracol.

Me equivoqué: la sirena ha seguido acercándose a la Torre Alfa.

—Valeria —me llama Hugo desde el piso superior.

2

La terraza de techo y paredes de vidrio blindado. Una alberca iluminada desde adentro. Agustín, el Seguro

Servidor, prepara una bebida a un mostrador.

Hugo, una mano apoyada sobre un vidrio blindado, me lo pregunta:

—¿Entonces?, ¿ya no me sirves o puedes corregir ese límite: tu amor a los pobres?

Reclino la frente en el vidrio y miro hacia abajo: 28 pisos abajo, la ambulancia se ha estacionado al pie de la Torre Alfa, su sirena ululando.

—Vienen por Jalil —le digo a Hugo—. Le dio otro ataque al corazón.

Abajo, dos puntos blancos cargan en un centímetro blanco el cuerpecito tamaño de hormiga de Jalil y lo meten a la ambulancia miniatura —que de inmediato parte por la avenida desierta.

—Será lo que será —dice Hugo.

—Ni duda —digo yo—, Jalil se morirá o no.

—¿Entonces —Hugo me mira a los ojos—, me sigues siendo útil o debo despedirte ahora mismo? Tú dime.

—Eres un asesino de masas —le contesto sin especial énfasis—. Sí te mereces que alguien te dé un balazo en la cabeza. Y no, ya no quiero trabajar para ti.

—Ingrata —me responde él, la voz tersa.

¿Estoy escuchando bien? Hugo compara el orillar a la muerte a miles de sus trabajadores con una falta de gratitud. ¿En serio es así de trivial?

—De saber los límites que traes en la cabeza —sigue —, te habría despedido hace diez años.

Afirmativo: la suya es una maldad trivial: una maldad que no siente horror ante la muerte ajena. Eso es lo peor de este horror: carece de horror.

—Ahora lárgate —sonríe.

Eso hago: me doy media vuelta y bajo las escaleras de caracol, donde me topo con Benjamín.

Nos miramos un instante a los ojos, y deslizo el cuerpo contra su cuerpo, para seguir bajando. Entonces

lo escucho decir:

—Papá, no la despidas. Estos días que te vas al mar, la necesito. Hablemos en un mes, cuando vuelvas y estés sereno.

No alcanzo a escuchar la respuesta del HDP. Solo alcanzo a escuchar otra vez a Benjamín, bajando un peldaño hacia mí:

—Espérame, Valeria. Te acompaño.

A lo lejos Hugo le ordena:

—No la acompañes, pendejo.

No me acompaña.

Cruzo, sola, la estancia principal, en cuya oscuridad brillan las doce pantallas, cada una con dos barras.

Una azul. Otra roja.

3

—¿Qué pasó con tu camioneta de lujo Mercedes-Benz?

Al volante de la camioneta desvencijada de mi hermana escucho a Palomino por los audífonos del teléfono.

Al frente de mí la avenida principal de la ciudad, sus copudos fresnos iluminados con focos al pie de las raíces.

—Se la presté a mi hermana —le contesto.

—¿La neumóloga? —Palomino.

Observo los postes del alumbrado público a mi derecha. Cada diez postes hay una cámara de vigilancia. Fue Titanio Seguridad quien las instaló ahí a pedido del gobierno de la ciudad y el Grupo tiene un convenio para mirar por ellas.

—¿Y para qué me sigues? —le pregunto a Palomino.

—Instrucciones del Héroe de la Patria.

Lo dice y se ríe con su risa de gato: aire que cruza sus dientes cerrados:

—Sss. Ssss. No te preocupes —sigue en mi oído—: te va a llamar, para que vuelvas.

—¿Te lo dijo?

—Para nada. Si te repito lo que me dijo de ti, te trueno el tímpano. Ssss. Ssss.

Otra vez la risita sibilina.

—Pero más temprano que tarde tiene que llamarte. Tienes un secreto suyo demasiado peligroso.

—¿Los 155?

—Hoy ya son 208 fenecidos —contesta el Plomero.

Vaya guerra silenciosa.

—Llamémosla de hoy en adelante la Cifra X —le propongo— porque irá escalando día a día.

—Y así su valor. ¿Te digo algo?

—Dime algo —le respondo.

Entonces Palomino me da su estimación de las redes sociales.

Los insultos ahí son viento que pasa. Hoy matan a Hugo, mañana a Zutano, pasado a Mengano, y oh milagro, siguen vivos, y mañana en cambio los inflan y los vuelven gigantes, como a esos muñecos de plástico que se llenan con aire.

—En cambio la Cifra X —añade Palomino—, esa sí tiene sustancia.

Se explica. Bien documentada, la Cifra X puede conducir al HDP a un juicio en cortes internacionales.

Bien documentada: con fotografías y nombres propios de los muertos.

Algo de eso debe saber el Plomero: su anterior patrón, secretario de Seguridad del país, fue capturado en un país vecino, acusado de la misteriosa desaparición de 33 campesinos, y lo que se ha filtrado del juicio al que se le somete, es que el pase de magia que explica esa desaparición tiene un nombre: Diego Palomino, y una dirección: un cuartel del ejército con grandes hornos para quemar amapola.

—Imagínate, socia —me pide el Genocida—. Un día decidimos empezar a filtrar ese veneno, gota a gota, a la opinión pública. Otro día, Hugo es encarcelado. Al tercer día, amanecemos cerca del heredero como sus dos consejeros imprescindibles. ¿No es hermoso?

—Tengo que cortar —le respondo.

Estoy llegando a mi destino: una plaza abierta al cielo negro, apenas iluminada por una media luna, con una cúpula de piedra gris al centro.

Recorro uno de sus perímetros oscuros: no hay una sola luz en los macizos y altos edificios coloniales.

—Cuídate Palomino —me despido otra vez—. Y no te muerdas la lengua, porque te envenenas.

—Sssss. Ssssss —se ríe, y luego manda saludar a la Furia—: Salúdame a la señorita policía. Y buenas noches, corazón.

—¿Corazón? —la súbita intimidad me sorprende.

—Sí, corazón de mi corazón. Si el amor no nos une, el espanto sí, por eso te quiero tanto, corazón.

4

—Hola Pirinola —digo al interfón.

La puerta de latón pintada de rojo zumba y la empujo, para entrar en el espacio oscuro y grande de la cancha de jai alai.

Por una escalera distante bajan varias sombras que pisan con pesadez.

—Nos vemos —la voz de la Furia desde la escalera.

Las sombras le responden alzando la mano y se dirigen a la puerta de latón por la que yo he entrado. Dos cargan entre sí algo largo, un tubo que no parece ser muy pesado.

—La cocina es a la derecha —le indica la Furia a una tercera sombra.

Y esa sombra se desvía a la cocina y enciende la luz.

Es un hombre alto y ancho, un militar o un policía, con un tapabocas negro y un gorro de estambre. Se sirve de una jarra un vaso de agua.

—¿Cómo vas, Pirinola? —la Furia se acerca a mí.

—¿Quiénes son ellos? —pregunto.

—Voy a cambiar de trabajo —contesta la Furia.

Ya no irá al corporativo. Y ellos, parte de una empresa de seguridad llamada Elohim, la van a entrenar en el uso de aparatos de monitoreo y de las rutas que ellos usan en la ciudad.

—Nos vemos —la voz distante del visitante, que apaga la luz en la cocina y se dirige en la penumbra a la salida.

La Furia toma de una mesita un control remoto. Prende el foco grande que cuelga del techo de la cancha de jai alai: tenuemente se iluminan las paredes verde oscuro, con sus franjas de pintura naranja descarapelada.

Nos sentamos una ante otra en dos sillas de madera.

—Tenías razón —digo por fin.

—¿En qué?

—No hay forma de pararlo desde adentro del Grupo.

Me explico.

Hugo no siente ninguna responsabilidad con los muertos. Vaya, ni siquiera parecen ocupar un espacio en su cerebro. Y al contrario de albergar algún remordimiento, parece que se le ha crecido una especie de espíritu épico.

Le cuento: ayer el maldito loco transitó del Yo al Nosotros con la facilidad de un político: tres minutos más tarde se imaginaba a sí mismo como un líder comandando una guerra de la especie contra el virus.

—Entonces hagámoslo de una vez —yo—. Vamos a quitarlo de en medio, al malévolo Hijo de Puta. Tengo un plan.

Durante un minuto completo la Furia no se mueve.

Y yo, dentro de mi cráneo, vuelvo a escuchar el ruido de los vidrios al caer.

11
Los desechables

1

El segundo piso de la autopista se encontraba desierto y el asfalto reflejaba la luz de los postes de iluminación.

La camioneta entró a una curva abierta y por ella, cien metros por arriba, pasamos a un lado del corporativo del Grupo, y la Furia me pidió que fuera más despacio.

—Más despacio —repitió.

A vuelta de rueda, apenas avanzando, observamos los tres gigantescos edificios con todos los ventanales iluminados: dado el éxito del Grupo en la pandemia, se había abierto un tercer turno nocturno.

Eso mientras en el país cada 14 segundos sucedía un contagio y cada 2 minutos una muerte por asfixia.

Sobre el Edificio 3, la azotea tenía en los bordes focos rojos intermitentes.

Era la azotea donde los helicópteros del Grupo aterrizaban o desde donde despegaban. También las luces les servían de guía a los pilotos cuando volaban fuera de la ciudad o cuando regresaban a la ciudad: una ruta que ya conocían de memoria.

—Mañana en la madrugada sale Hugo al mar —dije, por decir cualquier cosa.

—¿Ah sí? —la Furia desinteresada.

—Por eso las luces de la torre están encendidas.

Bajó la ventanilla para ver con mayor nitidez el corporativo.

—¿Y ese edificio atrás de los edificios del corporativo qué es? —preguntó ella.

Una torre esbelta y alta, un cilindro de vidrio, sin ninguna luz prendida.

—El Fondo de Cultura Económica —dije—. La editorial del Estado. ¿Por qué?

—¿Está abandonada?

—No. Está cerrada por la pandemia. ¿Por qué?

—Curiosidad —respondió la Furia.

Mi plan era simple.

—Grabar a la hija de doña Mariana —expliqué y aceleré para salir de la curva—, que nos cuente lo que sabe de su madre.

Cómo se enfermó en el corporativo del Grupo. Cómo la ingresó en el hospital del Grupo. Qué le decían el Hospital Alfa sobre su salud.

Después fotografiar a los muertos del congelador.

Y por fin sacar la información a la luz en la otra televisora de alcance nacional.

La Furia encontró el plan demasiado sofisticado. Hubiera preferido meterle un balazo en la cabeza a Hugo.

2

En los márgenes de la ciudad se extendía la colonia de doña Mariana. Los ocho carriles de la avenida central, agujerados de cuando en cuando, estaban desiertos y en sus bordes las aceras estaban vacías también.

Lo único que daba cuenta de que aquella no era una colonia fantasma eran los anuncios espectaculares: montados sobre los pocos edificios de más de un piso,

iluminados desde su filo inferior, formaban el álbum de los objetos de lujo aptos para la población de esa zona proletaria.

Una Coca-Cola del tamaño de un gigante. Un yogurt de fresa del tamaño de una casa. Una mujer desnuda con un brasier Victoria Bless. Un panecito forrado de chocolate del tamaño de un tráiler.

3

Era una construcción monstruosa. Se prolongaba al menos trescientos metros sobre la acera, aunque era difícil de calcularlo: sus ventanas iluminadas se perdían al fondo de la noche, volviéndose puntos de luz.

Y se alzaba seis pisos, con una fachada irregular: algunos departamentitos, cubitos de cemento, sobresalían, otros se encontraban hundidos. Algunos no tenían ventanas, sino huecos. A otros tantos la pared que daba a la calle les faltaba por completo: eran un agujero cuadrado en el cemento.

Nos abrió la puerta, en la planta baja, un anciano sentado en una silla de ruedas. El logo del Grupo, en la chamarra azul, a nivel del corazón.

—Pasen por favor —nos pidió.

La Furia había llamado para decir que veníamos a preguntar por doña Mariana.

El departamento era una sola estancia llena de muebles. Un sofá y dos sillas. Tres camas. Una mesa. El lavabo, la estufa, el refrigerador. Apenas había piso por donde caminar.

La hija de doña Mariana estaba aún adormilada, en una pijama de franela gris y con un abrigo negro, que la

protegía del frío que entraba por el hueco en la pared donde faltaba la ventana.

Era pequeña y de ojos saltones y quietamente suplicantes. Me pareció una niña, no lo era: su hijo de diez años, en una pijama verde y una chamarra roja, sentado con las piernas cruzadas en la cama más distante, miraba su celular, una diadema de audífonos puesta.

La Furia colocó su celular encendido contra un vasito, en la mesa, para grabar solo a la hija.

—¿Cómo está tu mamá? —la Furia fuera de cuadro.

Dentro del cuadro, la hija respondió que bien. Iba diario al Hospital Alfa de la zona, para preguntar por ella, y eso le decían. Hoy además su mamá le había enviado un mensaje en el celular. Nos lo mostró en la pantalla de su teléfono:

Estoy muy bien. Los amo con todo mi amor.

—Es raro —dijo la hija—, porque mi mamá no dice nunca cosas así.

—Ya te dije —dijo el padre, en la silla de ruedas—. Debe de haberlo escrito la enfermera y le agregó emoción.

—¿Qué les ofrezco de tomar? —la hija.

Tomamos café instantáneo con leche, muy caliente y muy azucarado, en tazas de plástico verde.

—Lo que me preocupa —dijo la hija— es qué vamos a comer. Vivíamos del sueldo de mi mamá. Y, bueno, de lo que yo encontraba de trabajo en la calle cada día.

—¿Qué trabajos hacías? —la Furia.

—Trabajos de lo que sea. De afanadora, como mi mamá. De carga costales. De sirvienta. De venta de algo, zapatos, llaveritos, lo que sea. Ese poquito de leche, nos lo regaló la vecina.

Sorbí el café con leche con culpa de acabarme la leche de la familia.

—Y la ventana que estaba ahí —señaló el cuadrado

vacío de la pared— la vendimos para comprar el pan de esta semana.

«Trabajos de lo que sea» había dicho la hija: pertenecía a esa clase de trabajadores de «lo que sea, de lo que se ofrezca». Los que están en la base misma de la pirámide económica: los que no son pobres, son paupérrimos: no tienen nada, si acaso hijos y padres, o una ventana que vender, y hambre. Diario hambre, que diario deben solucionar como sea.

—Pero no consigo trabajo —la hija—: casi no hay nada abierto en la calle.

Claro, por la pandemia.

—Hablé a la oficina de personal de Alfa —siguió quejándose—, para pedirles que manden acá el salario de mi mamá. Pero me dijeron algo muy triste. No van a pagarle. Que porque abandonó el trabajo.

La rabia me apretó la epiglotis: jalé con un resuello aire y la Furia y la hija y el padre se volvieron a verme.

—Perdón —me disculpé.

—¿Hace cuánto que buscas trabajo? —preguntó la Furia a la hija.

—Desde antes de la pandemia. Qué vergüenza. Más de 4 años.

De nuevo la indignación me impedía respirar: la hija sentía vergüenza por algo de lo que no era responsable.

No lo sabía ella, pero su condición económica había sido determinada muy lejos, en la cima de la pirámide: pertenecía a ese percentil de la población que el sistema considera irrelevante, un percentil que no tiene trabajo fijo y está condenado a ya nunca encontrarlo.

No lo encontraría durante la pandemia, cuando 9 de cada 10 fuentes de trabajo estaban cerradas. No lo encontraría cuando se reabrieran, porque una parte considerable habría caído en la quiebra. Y no lo encontraría en diez años, cuando la actividad económica

se hubiera repuesto en el nivel previo a la pandemia.

No es que en la cima de la pirámide alguien maligno hubiera decidido que ella nunca tendría trabajo, es que la pirámide entera había acordado que no importaba que lo tuviera.

Los desechables, así los llamaba el doctor Seligson en la universidad. Nadie los quiere, ni siquiera para explotarlos. Existan o no, da igual.

—Hay una tienda Alkosto acá a la vuelta —escuché decir a la hija—, esa sí está abierta y trabajando. Pienso que diciéndoles que mi mamá trabaja para el Grupo Alfa me darán algún trabajo.

—Sí —dijo el padre—, le digo que también se ponga esta chamarra del Grupo Alfa, para que la sientan del equipo.

—No —le pedí yo, el aire doliéndome al pasar por la garganta—. No te metas ahí. Es un foco de infección. Ni siquiera debería estar abierta. Y tampoco tú deberías estar caminando por la ciudad en medio de una pandemia.

—¿Pero de qué comemos, señorita?

Un momento después agregó:

—Voy a vender el W. C. del baño, después cada mueble de la sala, y después, ¿qué hacemos?

La Furia le respondió a la hija:

—Acá la doctora Lagos va a regalarles dinero. ¿Verdad, doctora?

—¿En serio? —lo pensé, no lo dije.

—Hoy mismo —siguió la Furia— va a sacar dinero de un cajero automático y va a regalártelo.

La hija me miró como una devota a una Virgen milagrosa.

Yo estaba a punto de entrar a otro Gran Adiós: un episodio de total asfixia, así que jalé con fuerza aire y me alcé de la silla.

4

No era un patio, era un enorme campo de pasto quemado y ralo, iluminado apenas por el resplandor de las ventanas o los huecos del multifamiliar.

Los huecos: también de este lado faltaban paredes y ventanas y algunas puertas, y alineados contra la fachada había una veintena de W. C. con un signo de dinero.

$

Señal de que se vendían.

Y en el pasto quemado, por acá y por allá, caminaban unas aves negras, grandes y flacas, como guajolotes flacos.

Más adelante, una hilera de focos que pendían de un alambre, iluminaban una reunión de vecinos. Abrigados en chamarras bebían café con leche en vasos de papel.

Me asomé a la mesa del centro de la reunión de los vecinos.

En un extremo de la mesa estaban unos lentes de marco de plástico, luego un saco viejo, luego unos pantalones, luego unos zapatos arrugados, por fin unos cepillos, un peine grande, varias tijeras, una rasuradora eléctrica.

—Son del difunto —me avisó una vecina—. Era peluquero.

Lo velaban en ausencia: los cuerpos infectados eran llevados de los hospitales directo a los crematorios, para no propagar el virus que los había colonizado.

Noté que varios vecinos usaban chamarras azules con el logo del Grupo sobre el corazón.

—¿Todos trabajan para Alfa? —pregunté.

—No, solo algunos —una vecina amigable—. Ya sabe, es como una cadenita: doña Marianita nos fue llevando al Grupo, cuando se abría alguna plaza.

Pregunté si seguían yendo a trabajar, aunque sabía la respuesta: los que trabajaban en el Grupo seguían yendo. Pero un vecino agregó que también los que trabajaban en el mercado central de la ciudad, y eran muchos, salían diario a trabajar.

—Es eso o morirse de hambre —dijo el vecino.

Otro vecino mencionó que podrían quedarse en casa cuando llegaran los cheques del gobierno, para comprar comida.

—Los cheques del Ingreso Mínimo Vital —los llamó.

—Si es que algún día llegan —dudó una anciana envuelta en un chal de estambre rosa.

—Tienen que llegar, hombres de poca fe —los regañó la vecina amigable—. Este gobierno no nos va a dejar desamparados. Tómese un pan dulce —me invitó.

En otra mesa, enmantelada igual de plástico, había platos con panes dulces, y una de esas aves flacas que rondaban por el pasto ralo. Grande, negra y con un pico filoso: no era un guajolote: era una especie de águila descastada que se movía entre los platos.

Un zopilote, adiviné.

Un ave carroñera, comedora de muertos.

El zopilote me dio su perfil y me clavó su ojito negro, y de un brinco saltó al aire y voló hacia la azotea del multifamiliar.

En la azotea, una parvada de zopilotes se movía a pequeños brincos. Aspiré profundo el aire escuchando sus horribles gruñidos.

Pensé: quien no atiende los augurios de un águila, termina entre zopilotes.

Qué idea extraña, y sin embargo, en mi caso, cierta.

12
la licuadora opresora

1

La combi azul se detuvo a la entrada del corporativo y la conductora le mostró al guardia una hoja con un número. El guardia revisó con una linterna la hoja y le abrió las puertas al vehículo.

La combi cruzó el enorme estacionamiento vacío y se aparcó ante la gran mole de cemento de la bodega. Cinco Furias descendieron: cinco jóvenes vestidas de negro, y cada una se enrolló sobre la cabeza una cinta de licra negra.

Ya vendadas con la licra negra, apartaron en ella un hueco para sus ojos, mientras la cortina de acero con el logo de Grupo Alfa se alzó lentamente.

Adentro de la bodega, la Furia Mayor pulsó otra vez una combinación en otra cajita de seguridad, y la cortina volvió a bajar. Pulsó una tercera combinación: eso paralizaba las cámaras de vigilancia.

Cruzamos el gigantesco espacio, de tres pisos de alto, lleno de anaqueles altísimos cargados de mercancías. Cajas de licuadoras, cajas de hornos, cajas y cajas y cajas.

Empujamos con los hombros la pesada puerta que se abría al congelador y a un piso escarchado y repleto de bolsas negras, alineadas una al lado de la otra.

Los ataúdes de cartón color canela posiblemente se humedecían en el aire helado, así que habían sacado de ellos las bolsas de plástico negro con los muertos dentro, y los habían tendido así.

Me puse a contarlos mientras la Furia se acuclilló y empezó por abrir una bolsa. Bajó el plástico para descubrir el rostro congelado y rojo de un viejo de pelo blanco y un cuerpo en una pijama verde de hospital, que terminaba en un dedo gordo del que pendía una etiqueta pequeña.

Lo fotografió con su teléfono y lo volvió a cubrir con la bolsa.

—Así —les susurró a las otras Furias.

Se pusieron a la tarea: abrir cada bolsa negra, fotografiar la cara de la mujer o del hombre congelado que guardaba, después su cuerpo entero, luego el dedo gordo del pie y la pequeña etiqueta que de ahí pendía.

Olía a cloro, no a cadáver, y el cloro empezó a saturarme los pulmones y a marearme: me dejé bajar al piso y en cuclillas seguí contando los muertos, mientras las Furias los descubrían, los fotografiaban, se movían al siguiente.

182 muertos en total: la Cifra X de ese día.

Me tendí exhausta a lo largo del cemento blanco como el hielo.

No sé cuánto tiempo pasó para cuando la Furia me sacó del sueño moviéndome por los hombros:

—Ven —suspiró echando vapor por la boca—. Acá está.

Ahí estaba: doña Mariana.

La Furia le había quitado a ella todo el plástico negro y sí, ahí estaba, bendita y dormida, roja y congelada.

Las manos cruzadas sobre la pijama verde que le dieron en el hospital. La tráquea con una herida profunda. En el dedo gordo del pie descalzo, una etiqueta con su nombre, su puesto y su número de nómina.

Pensé en el mensaje que su hija había recibido esa tarde. Alguien lo había escrito mientras doña Mariana era ya un cadáver.

La Furia terminó de fotografiar el dedo gordo del pie derecho de doña Mariana, con la etiqueta colgando de su dedo gordo.

Luego se esquinó, para tomar una panorámica del cementerio de bolsas negras.

Y al final se hincó junto a doña Mariana. Las otras Furias se arrodillaron igual junto a alguna bolsa negra.

Así nos estuvimos, yo de pie, las Furias hincadas, entre las bolsas negras.

2

—Madre mía —murmura Adriana Salgado.

Una mujer cincuentona de ojos verdes, pelo negro cortado como un muchacho, un mechón sobre la frente.

Está mirando en su computadora los muertos. La USB que le he traído insertada en su máquina.

De un teclazo cambia la imagen en la pantalla.

—Madre mía —susurra otra vez.

Tan frágil Adriana, tan delgada, tan pálida.

Estamos en el piso más alto del Hotel Le Grand, en el bar, que han abierto y desinfectado solo para nosotras.

El mesero, de frac y chistera grises, se inclina para dejar a mi lado en la mesa redonda el martini que he ordenado: uno idéntico al que le han servido antes a Adriana. Una aceituna flotando en el líquido transparente.

Adriana cambia otra vez de un teclazo la imagen y pronuncia otra vez en un sollozo:

—Madre mía.

Hemos acordado que nada de nuestra transacción debe pasar por las redes, para no dejar rastro. Ni nuestra comunicación escrita ni la verbal, y menos las imágenes.

Adriana da dos teclazos: a partir de ahora empieza a saltarse las fotos de cuerpo entero, le son insoportables: una más y se desbarataría en llanto, y va directo a las fotos de los dedos gordos del pie y sus etiquetas.

Ese es el fondo del miedo: un cuerpo muerto: un cadáver: los otros miedos son aproximaciones metafóricas: filosofía.

3

—Es un genocidio industrial —lo susurra la delicada Adriana y cierra su computadora.

Curioso adjetivo: industrial: por el número de asesinados y por la circunstancia lo es.

—Según el juez Pardo —le advierto yo— ni siquiera es un delito. Nadie podrá comprobar dónde se contagiaron del virus.

—Ah sí, el juez Pardo —Adriana—. El sofista experto en exculpar culpables, si le llegan al precio.

—Te digo qué —agrega—. En este caso, al juez Pardo más le vale apretar bien los labios y ponerse a kilómetros de distancia de este asunto. Hay leyes superiores a las leyes escritas. Valores esenciales ante los que responder. Y esto viola esos valores superiores.

Me cierra un ojo.

Y me extraña el gesto, discordante con lo que hablamos.

—¿Qué valores superiores? —pregunto.

Me habla con una nueva fortaleza en la voz de la

Verdad. La Justicia. La Democracia. Y el arco de la decencia humana: un arco que avanza despacio, pero siempre avanza.

—Esas son solo palabras —sorbo el martini—. Esos valores humanistas. Aire modulado en la boca: palabras. Mitos. No sé si en este caso servirán de algo.

—Cierto —concede Adriana—. Los valores no son cosas que se puedan coger con una mano. Son algo por alcanzar. Ideales. Pero si no creemos con fervor en ellos no hay sociedad, hay barbarie.

Admiro su creencia en cosas sin sustancia: en figmentos del habla.

—Yo no creo en la Verdad —le confieso—. Ni en la Justicia. Son raras como las perlas dentro de las ostras, suceden casi de milagro. Ni tampoco creo que la Democracia sea un gran método de gobierno. Es más bien una orquesta enloquecida: cada instrumento tronando contra otro. Y sobre todo no creo en ese arcoíris de la decencia humana que siempre avanza.

—¿Y en qué sí crees? —Adriana me cierra el mismo ojo.

Es un tic, decido.

—En el dinero —digo —, por una sola razón. *It delivers*.

Lo digo en inglés, probablemente porque la primera vez que la idea se me presentó con claridad fue en un aula de la Universidad de Harvard y en inglés.

—Lo entregas —sigo— y te entregan lo que quieres. Un automóvil. Una casa. O la Justicia. O a los representantes del *demos*, el pueblo, en la Democracia.

El mesero de frac y la chistera se inclina para cambiar la copa de Adriana por otra llena.

—En nuestro tiempo —yo— es en lo único en lo que todos sí creemos, en el poder adquisitivo del dinero.

El absurdo mesero de chistera y frac me cambia la copa por otra llena.

Le doy un sorbo.

—¿Tú crees —pregunto— que es necesario creer en algo? ¿Tener una narrativa de la vida?

—No —responde Adriana—, no creo que sea necesario. Creo que la mayor parte de la gente vive sin tener una narrativa de la vida.

Le da un tono pomposo, y por tanto irónico, a «una narrativa».

—Los pobres —dice— solo ocupan su pensamiento en cómo sobrevivir.

—Y son, sin darse cuenta —digo yo— la encarnación más acabada de la narrativa capitalista. Viven para trabajar y trabajan para vivir.

Otra vez la periodista me cierra un ojo.

Una sirena atraviesa nuestro silencio.

—Yo quisiera hacerlo —digo—, vivir sin una narrativa inventada, existir fuera del lenguaje. En la realidad. Alineada a la narrativa de la realidad.

—¿La realidad? ¿La realidad es esta mesa? —Adriana palmea la mesa—. ¿Este martini? —da un sorbo a su copa.

—Más bien —respondo— mi cuerpo, tu cuerpo. El aire. El tiempo. La realidad natural.

—¿Y tiene narrativa esa realidad real? —Adriana dudándolo.

—Amanece —replico—. Anochece. Las estaciones se suceden. Las semillas se rompen y un tallo se eleva. Los pájaros migran. Por supuesto la realidad tiene una narrativa.

—Ah sí —me sonríe ella— los pájaros.

—Vivir fuera del pensamiento —sintetizo lo que deseo.

—¿No sería uno entonces como una planta, algo sin voluntad? ¿O un animalito movido por los impulsos más simples: comer, dormir, aparearse?

—No sé —digo yo—. Tal vez nuestras funciones

superiores, hablar y pensar y construir, pueden ser tan naturales como dormir o aparearse. Tal vez lo que nos estorba, para ser felices, es precisamente la voluntad. Yo quisiera —susurro y vuelvo a mi tema— ser natural como una planta y que mis pensamientos nazcan, florezcan y se marchiten como sus capullos.

Adriana me sonríe, ya no burlona, más bien compasiva.

—Te embriagaste —dice amigable.

—Llevo sin dormir más de 24 horas —me justifico y doy otro sorbo al martini.

Adriana extrae de la computadora la USB y la guarda en su saco.

—Por suerte para ti —dice—, yo sí creo en el antiguo y desprestigiado mito de la Justicia.

Guarda la computadora en su portafolios de piel blanda y gris.

—Dame un tiempo —me pide— para darle forma a la noticia. No quiero sacarla cruda: se perdería en el ruido mediático.

—¿Qué quiere decir darle forma?

Me explica. Debe conseguir más información. Localizar más víctimas y contactar a sus familiares. Y sobre todo, debe editar el material, para darle una forma que lo vuelva lo que es:

—Una acusación de genocidio, cometido con premeditación, alevosía y ventaja. Me tardaré un mes, no más.

Fija sus ojos verdes en los míos:

—Te recuerdo: ninguna comunicación entre tú y yo.

Le aseguro que lo entiendo.

Si se supiera que documenta una acusación de ese calibre, estaría en peligro, y yo también.

Siempre la admiré y ahora que la veo salir del bar, la correa del portafolios cruzada en la espalda del delgado cuerpo de bailarina, me alegro de confirmar que

es una persona mucho mejor que yo.

Una idealista.

Ese cuerpo frágil de mujer es capaz de arriesgar la vida por muertos que nunca conoció vivos, y todo por un mito, con menos sustancia real que la aceituna que flota en mi martini.

A la salida del Hotel Le Grand, su guardaespaldas le abre la portezuela del asiento de atrás de una camioneta de llantas altas y anchas.

—Casi una tanqueta —me cuenta la Furia.

Reclinadas contra el pedestal de piedra de un héroe patrio de bronce, ella y las Furias jóvenes la observan, del otro lado de la glorieta, partir en su tanqueta blindada.

4

Amanecía y yo me caía de cansancio, pero quedaba el pendiente de llevarle dinero a la hija de doña Mariana, del otro lado de la ciudad.

Dentro de la cabina del cajero automático de la tienda Alkosto, iluminada aún con luz eléctrica, elegí una tarjeta dorada para introducirla a la ranura de la máquina.

Dudé.

¿Introduzco mi tarjeta personal o la tarjeta corporativa? ¿Yo o el Grupo pensionaríamos a la familia Santos?

Metí la tarjeta personal: yo avanzando el arco de la decencia humana un milímetro.

Me embolsaba el rollo de billetes en el pantalón negro, cuando llegó un camión y se aparcó entre la combi de las Furias y la camioneta desvencijada de mi hermana.

Un camión naranja, de escuela, y muy viejo: una

chatarra de la que bajó otra docena de Furias, vestidas de negro, con pasamontañas de licra negra, bats en las manos, patinetas a la espalda.

—Ey —una de las Furias recién llegadas le entregó a la Furia Mayor dos bats y una tira de licra negra.

—Oye Valeria —me llamó la Furia—, acá tienes tu bat y tu pasamontañas, por si quieres participar.

—¿Participar en qué?

Una Furia se había subido en los hombros de otra y de un batazo reventó la cámara de vigilancia, esquinada en lo alto de los ventanales iluminados por la luz eléctrica.

—No sé si quiero participar —murmuré mientras la Furia Mayor me vendaba el rostro con la tira de licra negra.

Apartó la licra a la altura de mis ojos.

—¿Ya lo pensaste? —me preguntó.

Me abrí más la apertura: por lo menos podría ver lo que harían.

Otra Furia prendió un cigarro de mariguana, que empezó a rolar entre todas. Otra Furia prendió otro cigarro y lo roló. Tomé el cigarro que llegó a mí y aspiré profundamente. A mí la mariguana me expandía los pulmones y me ponía alegre.

—No sé para qué fui a estudiar a Harvard —me escuché decir entre las sienes—. Tal vez para no participar jamás en esto en lo que estoy por participar.

PUM: el batazo a los cristales frontales de la tienda y el CRASH de los trozos de vidrio al caer.

La alarma se encendió altísima y dentro de la tienda otra Furia trepó en un aparador y —PUM— la bateó.

Santo silencio en el que tronó, discreto, otro batazo contra otra cámara. Pum.

Pum: otro batazo estalló otra cámara.

Pum: otra cámara despedazada.

El beisbol del caos apenas empezaba.

Una Furia pequeñita y flaca como una niña alzó el bat y fue golpeando y reventando las pantallas de una hilera de televisores.

Otra Furia gorda como un 8 fue bateando las claraboyas de vidrio de una hilera de lavadoras.

Y un anaquel de vidrio de dos pisos de alto se desplomó de una pared sobre el departamento de licuadoras.

Camino por esa batalla de batazos con el pasamontañas puesto y mi bat al hombro, como un bateador que espera su turno. Una Furia grande y ancha me videa con su teléfono: saludo a la audiencia internacional con una mano.

Pero soy incapaz de destrozar algo. Soy la civilización encarnada, aun con una máscara puesta y en medio de mil batazos y mil cosas que se despedazan contra las paredes y luego contra el piso.

Es un reto de autosuperación, me digo, tengo que romper algo: me planto con las piernas separadas ante una licuadora, echo hacia atrás el bat respirando hondo y…

… nada.

Nada: la docta doctora que soy no se atreve a romper nada, ni siquiera una licuadora.

PUM: a mi lado vuelan por el aire los trozos de platos de una vajilla.

Vuelvo a echar atrás el bat, la vista en la licuadora, ese trofeo de vidrio. Si lo rompo, pienso, me libero.

¿De qué?

De mi miedo a romper cosas.

Inhalo profundo, el bat sobre mi hombro derecho.

13
La Furia en do mayor

1

Conocí a la Furia en medio de gritos, estruendos y caídas de cristales.

—¡Furias! —gritaba una pandilla de jóvenes mujeres vestidas de negro: vaqueros, camisetas y pasamontañas negros—. ¡Furias!

Y una de ellas golpeaba con un martillo el aparador de vidrio de una tienda de telas. Pum, pum, pum. Parecía haber una ciencia en el golpeteo. Pum, pum, pum. En la forma de golpear, la frecuencia y el sitio del cristal que recibía los golpes: la esquina superior izquierda.

—¡Furias!

En el gran aparador se dibujó a partir de la esquina izquierda una telaraña de cuarteaduras, y con otro pequeño martillazo el vidrio cayó hecho añicos ante el regocijo de las Furias.

—¡Furias! —gritaron los puños en alto.

Era el 8 de marzo de aquel año fatal, 2020. El Día Internacional de la Mujer, en una calle angosta, perpendicular al Zócalo de la ciudad.

Seguimos caminando, la pandilla de las Furias y Álvaro y yo. Él videando con su celular y detrás de la oportunidad de una entrevista con la líder de ellas, la del

martillo en la diestra, yo absolutamente fascinada por ese feminismo de acción directa.

En los balcones de las casonas coloniales que flanqueaban la calle otras mujeres gritaban a coro:

—¡Sin violencia! ¡Sin violencia!

—Somos malas —coreó la pandilla de Furias mientras seguíamos caminando—, podemos ser peores.

La Furia Mayor se dirigió al siguiente aparador sin protección, las otras tiendas habían bajado sus cortinas de acero. Levantó su martillo. Pum, pum, pum, golpeó en su esquina superior izquierda.

—¡Sin violencia! ¡Sin violencia! —el coro en los balcones.

Otra Furia les gritó:

—¡Mariconas!

PUM: la vitrina con su logo de letras pintadas en plateado —Massimo Dutti— se resquebrajó en una red de cuarteaduras, pero el vidrio no se desplomó hacia los maniquís vestidos de smoking y vestidos largos en su perpetuo coctel.

—¡Furias! ¡Furias! —alentaron a la del martillo las otras.

—¡Sin violencia! —el coro en los balcones.

—¿Qué culpa tiene Massimo Dutti? —Álvaro a mi lado, su barba negra, el celular videando todo para su programa de televisión.

PUM: el vidrio se colapsó hacia el coctel de maniquís y en un instante las Furias habían entrado a la tienda y en otro instante con un soplete le estaban prendiendo fuego a la ropa colgada de tubos de acero.

Álvaro en medio de los trajes de lino envueltos en flamas salvó un sombrero de fieltro verde y de alas anchas.

La Furia Mayor regresó a caminar por la calle en medio del coro:

—Si un día no regreso, incéndialo todo, sorora.

Sorora: hermana feminista.

—¿Y sí me das la entrevista, sorora? —le insistió Álvaro detrás del celular con que la videaba, el sombrero verde en la cabeza.

—No hablo con hombres —dijo ella bajo el pasamontañas de licra negra.

Era una feminista separatista.

—Yo soy niña —Álvaro joteando con todo y su barba negra y el sombrero.

—Pero con ella sí hablo —la Furia Mayor me señaló.

Álvaro alargó la extensión de acero de su celular entre la Furia Mayor y yo, para que dentro de su pequeña pantalla cupiéramos ambas mientras caminábamos.

—Pregunta —me animó Álvaro.

Con la mano libre me empujó en la espalda.

Pregunté:

—¿Por qué la violencia?

—¿Por qué no? —la Furia Mayor.

—Ni hablar —yo.

La Furia Mayor:

—¿Te han matado a una hermana, luego de violarla? —Alzó la voz para proclamar—: Si mañana no vuelvo…

—… incéndialo todo, sorora —contestaron a todo pulmón las Furias.

—Mira —me dijo la Furia Mayor. Se levantó un poco la camiseta negra para que viera un revólver metido en la cintura de su pantalón, contra su piel morena.

Debía haberme amedrentado esa pistola: me excitó sexualmente.

—Pregunta —insistió Álvaro atrás de mí.

Pregunté:

—¿Esto es contra el presidente del país?

—A ese señor lo vamos a tumbar del poder —

replicó la Furia Mayor.

—Ah vaya —dije—. ¿Y por qué?

—Última pregunta —dijo ella bajo su pasamontañas.

—¿Quién les paga?

—Nadie —contestó la Furia—. Lo hacemos gratis, por amor a la Justicia. Y lo seguiremos haciendo hasta que rompamos todo.

—¿Todo?

—Hasta que tumbemos toda la pirámide hetero-patriarcal-capitalista.

—Excelente —me entusiasmé yo.

Me pareció de verdad una gran idea. Un poco difícil de lograr, pero en definitiva una gran idea. Pregunté algo más:

—Se ha dicho que ustedes cobran por armar problemas para el movimiento feminista.

La Furia no contestó.

—También se ha dicho que cobran para poner en aprietos al gobierno.

La Furia Mayor siguió caminando sin responder.

Enfrente de nosotras, al fondo de la calle, apareció un batallón de policías mujeres, los escudos de plexiglás al frente, los cascos con las viseras bajas, en las manos las cachiporras para golpear.

—Carajo —dijo Álvaro—. Vamos a quedar en medio de una guerra.

Lo que siguió jamás lo hubiera imaginado. Las Furias de pronto muy silenciosas y serenas caminaron con sus botas negras entre las policías y sus escudos de plexiglás.

—Respeto —murmuró a mi lado la Furia Mayor.

—Respeto —le respondió una policía bajo la visera.

Luego me enteraría de que venían del mismo origen: la Academia de la Policía Federal: la policía de elite. Las Furias habían sido entrenadas ahí para el

combate pero habían desertado y eran autónomas.

Terminando el cruce con el batallón de sororas policías, la Furia Mayor anunció en voz baja:

—Se acabó la entrevista.

—Mil gracias —dije.

—¿Siempre eres tan bien portada? —ella bajo el pasamontañas de licra.

—Siempre.

En la siguiente esquina la estrecha calle se abría a un crucero de amplias avenidas, repletas de manifestantes mujeres, entre las que las Furias se dispersaron, cada una quitándose las prendas negras —el pasamontañas y la sudadera—; y algunas tranquilamente a pie, otras bajando al asfalto una patineta y yéndose sobre la patineta a toda velocidad, se extraviaron entre la muchedumbre feminista.

En un suspiro las Furias habían desaparecido.

A excepción de la Furia Mayor, que a mi lado, aún con pasamontañas, preguntó en un soplido si yo quería tomar algo, una cerveza tal vez.

—Órale —Álvaro entre nosotras contestó por mí.

—Le pregunté a ella, no a ti —la Furia Mayor.

Me escuché aceptar:

—Gracias mil.

Ella se volvió y caminó de espaldas para despedirse de Álvaro:

—Adiós hijo del Patriarcado, no nos sigas.

—No la violes —alzo la voz él—. Es virgen.

Así las dos echamos a andar por la banqueta de la avenida de seis carriles, esa tarde cerrada al tráfico vehicular y repleta de feministas con paliacates al cuello verdes, azules, morados o rosas.

2

A orillas de una extensa plaza de cemento, el Palacio del Jai Alai era una construcción *art déco* de cuatro pisos de alto, pintada en color crema.

Dentro del palacio, la cancha de jai alai estaba medio iluminada con un foco grande que colgaba de un alambre, y por las salas colindantes a la cancha, espacios vacíos que alguna vez fueron lujosos restaurantes y salones de fumar, iluminados a esa hora por la luz natural que entraba por ventanas, unas Furias de pelo al rape y pintado de distintos colores se paseaban en patinetas.

En medio de la cancha la Furia Mayor y yo bebíamos las Bohemias a pico de gallo, alternando con sorbos del tequila Alacrán, también bebido de la botella a pico de gallo.

Las botas de la Furia Mayor cruzadas por los tobillos sobre un banquito, mis tobillos con tenis blancos igual cruzados sobre el mismo banquito.

Tenía el pelo al rape pintado de color blanco platino. Ella, no yo: yo usaba mi pelo negro cortado en casquete, como desde niña lo usé. Tenía la piel color canela, un poco más clara que mi piel. La nariz recta y los labios carnosos y algo verde tatuado en el cuello.

Hablamos ahora ya no me acuerdo de qué. Solo recuerdo la voz ronca de ella, mi voz delgada. Y mi fascinación por su forma de moverse: cada uno de sus movimientos —tomar la cajetilla de cigarros, encender un cigarro, echar hacia atrás la cabeza— me admiraba por su precisión.

Su precisión: nada sobraba o faltaba en cada movimiento.

Sí recuerdo que insistí en saber quién pagaba la renta del Palacio del Jai Alai y sus costos de mantenimiento.

—¿Por qué te importa? —dijo ella, áspera.

—Deformación profesional —yo—. Las fuentes de

ingresos de un negocio me explican sus filiaciones filosóficas.

—Esto no es un negocio, es una casa de cultura —concedió a confiarme—. Acá se dan clases.

No le creí nada.

Lo seguro es que no hablamos de algo de trascendencia: ni de su vida clandestina ni de mi vida de doctora en negocios ni de aquella remota pandemia en Wuhan, China, ocurrida porque un chino se había comido a un murciélago en una sopa caliente, una pandemia que empezaba a matar gente en Europa.

En cierto momento me llegó un mensaje al celular de Álvaro:

¿Ya te violó?

Contesté:

No.

Contestó:

No tarda.

Decidí desafiar a la Furia. Mostrarle que yo no le tenía temor ni a su entrenamiento de policía ni a los músculos de sus brazos. Me descorrí el cierre de la chamarra y me quedé en la camiseta negra: previsiblemente mis pezones estaban erectos y apuntando desafiantes a la Furia.

—Quédate a dormir —la Furia les contestó a mis pezones, viéndolos con fijeza.

Dio un trago a una botellita de agua, y me la alargó.

Bebí retadora el agua hasta la última gota.

Ahora, al escribirlo, imagino que ahí, flotando en la última gota de agua, estaba el virus.

—Quédate —en voz muy suave la Furia— es peligroso para una mujer viajar de noche.

El sueño le vencía a un lado la cabeza, así que le respondí:

—¿Por qué no?

Me condujo escaleras arriba al segundo piso, donde

un pasillo rodeaba la cancha por un lado y por el otro daba a puertas de madera despostillada.

Por un quicio noté a cinco Furias amontonadas en un sofá: miraban la televisión rolándose una bolsa familiar de papas fritas. Por otro quicio noté a dos Furias jugando *ping-pong*.

Por otro tuve una instantánea de un ejercicio de artes marciales: dos Furias se soltaban entre sí golpes con chacos en una danza violenta.

Chacos: dos palos cortos unidos por una cadena: al sacudirse un palo el otro golpea con una violencia brutal.

La Furia abrió una puerta y me dejó pasar a un dormitorio. Es un decir que era un dormitorio: solo había una cama grande, con el colchón desnudo, un espejo ennegrecido, unas persianas sucias.

Me senté al borde de la cama esperándola, resignada a que esa mujer violenta me violara.

Sin ninguna caricia previa, separaría mis rodillas, abriría el botón de mi vaquero, me empujaría el torso para abatirlo en el colchón, de un jalón bajaría mis pantalones e introduciría dos dedos helados en mi agujero más sensitivo con el desamor de un ginecólogo.

Pues no. Desde el quicio, del que no se había movido, sopló:

—Duerme bien, Pirinola —y cerró tras de sí.

¿Pirinola? ¿A qué venía el apodo?

3

En la madrugada me desperté y al reconocer dónde estaba, sentí una prisa sofocante por irme. Salí del cuarto. Me detuvo, a mis espaldas, la voz de la Furia saliendo por otro quicio.

—Vamos a bañarnos —propuso con suavidad.

Aún sin verla, calculé mis opciones.

O iba con ella a donde me condujera o podía salir corriendo escaleras abajo, donde ella, más alta y más ágil que yo, me atraparía por la cintura al quinto peldaño y me alzaría para llevarme cargando sobre el hombro.

Me volví para verla. Estaba desnuda la Furia.

Nunca he visto a ninguna mujer más desnuda. Enteramente segura de su desnudez, sin trazo de pudor, atléticamente desnuda, olímpicamente desnuda, triunfalmente desnuda: los músculos tensos en el cuerpo largo de atleta, la V de vello negro en el pubis.

—¿Bañarnos? —le pregunté yo irónica.

Respondió:

—Sí, bañarnos.

Fui tras ella, para por fin enfrentar lo que ella llamaba de forma eufemística «bañarnos».

Se encaminó por el pasillo diciendo no sé qué, yo solo miraba sus glúteos redondos, puro músculo, moviéndose a la par de los pasos descalzos por la duela ennegrecida.

El cuarto de regaderas era espectacular.

Entre las paredes forradas de azulejos azul marino, azul celeste y plateados, una sucesión de regaderas separadas entre sí por medios muros. Acá y allá faltaban azulejos y había grietas de mayor calibre, pero aquello refulgía de limpio y un perfume de jabón endulzaba el aire.

—Desvístete —la Furia, la voz suave.

Ella giró la llave de una regadera, y se quedó esperando que el agua que caía se calentara.

Me desvestí, obediente, mientras ella hizo algo que me desconcertó: abrió el agua de la regadera de a un lado, igual para que el agua se calentara.

¿Un gesto de amabilidad? No, más bien de rechazo: me preparaba el agua caliente lejos de su regadera.

No entré al chorro que ella había abierto para mí. Entré directamente al chorro de agua de la Furia. Si me

tenía que violar, que ya me violara.

Pues no. Me miró a los ojos entre las gotas de agua, sin moverse.

Le abracé la cintura y crucé mi muslo entre sus muslos. Entonces vi entre las gotas el tatuaje verde que trepaba por su cuello: una lagartija. La acaricié con dos dedos mojados. Nos besamos bajo el agua caliente.

Tenía un coño color rosa enmarcado de un vello suave. Un bello suave: perdón por la repentina poesía, pero su coño era hermoso.

Y su concha sabía a sal. A sal con un trasfondo dulce. Como una almeja.

Una almeja chocolata para ser precisa: las almejas de concha triangular, gruesa y lisa, en cuyo interior, perlado y blanco, el cuerpo es firme y se desprende envolviéndolo con los labios y dando luego un rápido sorbo.

Era inevitable: dos días más tarde me reporté enferma a la oficina y volamos al mar Caribe.

14
El corazón sin acento

1

No mentía, al menos no del todo: estaba ligeramente enferma. En la camioneta Mercedes-Benz blanca propiedad del Grupo, mientras cruzamos la selva, dos muros de vegetación flanqueando primero la cinta de asfalto, luego un camino de arena blanca, tosía a veces.

Una tos corta y seca.

Estaba enferma de coronavirus: creí en cambio que era una simple gripa.

En el embarcadero sobre la ría, el brazo de agua que llegaba del mar, nos esperaba una lancha con motor fuera de borda y cuyo timón de mano tomé yo.

La ría era ancha, de agua verde, flanqueada por las islas del manglar.

En las frondas de los árboles aparecía de pronto, quieta, una garza blanca.

O un loro verde limón.

En el lodo de la rivera a veces se movía un lagarto enlodado.

Y en lo alto del cielo cruzaban súbitas tribus de fragatas rumbo al océano.

La lancha se acercó despacio a una tribu de flamingos rosas.

Parados en una sola pata, el agua hasta media pata,

se doblaban para picar el agua verde y la Furia Mayor, en la proa de la barca, les tomó fotos con su teléfono.

Orillé lentamente la lancha hacia la vertiente de agua que se iba bajo un túnel de frondas entrelazadas.

Ahí a la entrada del túnel, en un letrero de madera, estaba tallado:

El corazon.

Así en letras cursivas y sin acento. El acento no lo había tallado el tallador al que hacía años le encargué el letrero.

La Furia Mayor se volvió a verme con cara de burla y gritó por encima del ruido del motor:

—¡El corazón! —como si dijera: qué cursi.

No le respondí, su criterio estético sobraba: estábamos llegando de verdad al corazón del mundo.

Y si la Furia prefería el nombre con que los lugareños llamaban al Corazon, se lo regalaba: el Ejido Eulalio García.

En el túnel formado por las ramas entrelazadas de las frondas, la vertiente agua se iba volviendo rosa.

Luego roja.

Luego color sangre.

El agua color sangre desembocaba en una laguna roja y redonda, rodeada de la exuberante vegetación roja de la tierra firme.

Eran los carotenoides de las bacterias y las algas del manglar que convertían todo en un mundo de distintos tonos del rojo.

2

En medio de la vegetación roja, rodeado de altas palmeras verdes cargadas con cocos, estaba el búngalo.

Un cubo forrado enteramente de bugambilias naranjas, rosas y moradas.

Dentro, la única estancia era perfectamente blanca, con una cama subida sobre tres peldaños y cubierta con un baldaquino de gasa, y un ventilador en el techo movía el aire caliente.

La Furia se quitó el reloj, los vaqueros y la camiseta negros y salió desnuda al patio con la pequeña alberca al centro.

Corrijo, no desnuda: con las botas de policía y los lentes negros de gángster puestos.

Ahí se quedó quieta, hechizada por la franja de mar verde azul al final de la playa blanca.

Yo me detuve dentro del búngalo, absorta en una de las imágenes más amorosas que jamás he visto: sobre la mesita a un lado de la cama, mi reloj de pulsera tendido al lado del reloj de pulsera de la Furia.

Vi luego, dentro del armario, su ropa colgada en un gancho, junto a mi ropa colgada en un gancho, movidas apenas por el aire desplazado por el ventilador.

Y al ver su celular sobre mi celular, en el mostrador de mármol del lavabo del baño, sentí un lento orgasmo humedecerme el sexo.

Relajada y desnuda salí al patio, crucé la playa de arena granulosa y fui directo al mar verde azul y helado.

El agua era tan pura que se miraban los pececitos translúcidos moverse en grupos de miles. Te rodeaban y te mordían la piel. Y otra corriente de agua se los llevaba lejos. Porque el viento creaba corrientes paralelas a la playa, perpendiculares a la dirección de las olas.

—Déjalos morderte —instruí a la Furia cuando llegó a flotar a mi lado—. Te dejan solo diminutas marcas, como de besos mordidos.

Un pelícano aparecía de vez en vez, volaba paralelo al agua y de pronto se clavaba en la superficie y reemergía llevándose en el pico un pez inquieto.

No tengo idea de por qué la Furia me dio en ese momento su nombre de pila:

—Consuelo.

Tal vez fue un gesto de intimidad.

—Mierda —pensé yo decepcionada por su nombre.

La seguí llamando la Furia.

3

El sábado por la tarde salimos del búngalo, para visitar a Sofía.

Sofía era una amiga que mi madre nos había heredado a mi hermana y a mí: había sido alumna de la profesora Lagos en la secundaria, había mostrado un gran don para las Ciencias Naturales y mi madre le había conseguido una beca para estudiar Biología en la Universidad de California, en Berkeley.

Sofía le debía a mi madre en buena medida lo que ahora era, una renombrada investigadora de la fauna marina, experta en sus ciclos reproductivos y los ciclos de sustentabilidad de sus hábitats, y una parte de esa deuda la había saldado invitándonos a sus hijas a ocupar un búngalo en esa isla de manglar, destinada por el gobierno local a sus experimentos.

La Furia y yo cruzamos la planicie de tierra roja cuando el sol blanco bajaba hacia el horizonte. El búngalo de la doctora se encontraba en una loma, tachonada de palmeras.

Sofía: flaca, el pelo blanco recogido en un chongo, en camisa y vaqueros blancos y descalza: nos esperaba a la entrada de su búngalo pintado de verde pasto, quieta como una estaca.

Pero al acercarme para abrazarla, retrocedió dos pasos.

—A la distancia —me pidió.

Fue la primera persona que vi alejarse de otra, por miedo al virus.

Cenamos las tres en una mesa grande de palo, al aire libre, con los limoneros, los guayabos y los tamarindos alrededor, aromando el aire caliente.

Almejas chocolatas, colectadas de entre las raíces del manglar, sazonadas con limón de los limoneros, saladas a placer con la sal color rosa de una salina vecina, salpicadas del eneldo del jardín de Sofía y acompañadas de agua de coco mezclada con gotas de ginebra, en copas aflautadas.

En cierto momento, Sofía me miró a los ojos y dijo que mi visita era providencial.

Me extrañó la palabra en boca de una científica.

Providencial: planeada por una entidad superior.

—Pensaba mandarle un correo electrónico a tu hermana —dijo Sofía—, pero es mejor que le lleves una carta personal.

La acompañamos dentro del búngalo. Prendió la luz eléctrica, aunque afuera el aire era todavía dorado.

Tomó una hoja blanca y una pluma fuente, se puso unos lentes de marco de acero y a la mesa de madera escribió. Era de esa generación para la cual una carta personal era algo escrito a mano en una hoja blanca.

Una frugalidad espartana la de la habitación de la bióloga. Una cama. Una mesa de trabajo con una computadora. Un armario. No más.

Guardó la hoja en un sobre blanco y me la entregó. Extraño: no había cerrado el sobre.

Luego la curiosidad me haría leer la carta.

En ella Sofía le hablaba a mi hermana del padre jesuita Paulo Ortollani. Ortollani había decidido convertir la iglesia que regenteaba en el centro de la ciudad en un hospital, para contagiados con síntomas graves, y Sofía le había sugerido a Claudia para dirigirlo.

Paulo y tú son dos de las mejores personas que conozco, escribía.

Y a final:

Solo debo advertírtelo, y lo hago con todo mi cariño, querida Claudia. Vida que toca el padre Paulo, vida que cambia de curso.

4

De un machetazo la Furia cortó la tapa de un coco, colocado en una piedra. Vaciamos el agua del coco en las copas aflautadas y les goteamos ginebra de una botella.

Trabajábamos en la segunda ronda de almejas chocolatas: en abrirlas con los dedos, sorberles el animal y el caldo de limón y eneldo, cuando la Furia le preguntó a Sofía por su centro de estudios oceanográficos.

—Ahí está —Sofía indicó a la distancia y entrecerró los ojos.

Cierto, entrecerrando los ojos se aminoraba el resplandor de la línea dorada del mar distante y poco a poco surgían, entre el brillo, las casitas cúbicas del centro de estudios, en la raya misma con el mar.

—Estudiamos en especial a los pulpos —dijo Sofía.

Los pulpos habían desaparecido del mar Caribe y de hecho restituirlos era la principal comisión del centro: debían inventar la forma de convertirlos otra vez, como habían sido hacía dos décadas, en una de las especies más abundantes del fondo oceánico.

—¿Para qué? —pregunté.

Si los pulpos volvían, volverían otras especies al moribundo fondo del mar Caribe, explicó Sofía. La idea era descubrir su proceso reproductivo y remediar o añadir los eslabones que se habían roto o perdido o eliminar los eslabones tóxicos.

—¿Ese proceso no se conoce? —pregunté.

Sofía replicó:

—¿Sabes cuánto conocemos de la biología del planeta en que vivimos?

Con dos dedos dio la respuesta: muy poco.

La Furia, para mi asombro, escuchaba las palabras de Sofía como una niña escucha una leyenda mágica. Una sonrisa de deleite en los labios.

—Eso es ser bueno —dijo de pronto la Furia—. Añadir lo que falta a los ciclos de la vida. O quitar lo que le estorba.

—Y cuando se logre repoblar con pulpos el Caribe —pregunté yo—, ¿quién gana con eso? ¿El gobierno local?, ¿los pescadores?, ¿las compañías pesqueras?

Sofía se rio de buena gana:

—La empresaria quiere localizar quién se lleva el superávit.

—Sí, sí —la Furia—, quiere saber quién es ese hijo de puta ladrón en esa pirámide.

—La Naturaleza no es una pirámide —Sofía didáctica y haciéndome sentir minusválida cerebral.

Los humanos inventamos pirámides, la Naturaleza raramente. La Naturaleza suele organizarse más bien en procesos que tienden al círculo.

Con la multiplicación de los pulpos, ganarían primero que nada los pulpos, explicó. Luego, el mar Caribe entero y sus costas.

Es decir, se beneficiarían los pulpos, las bacterias, las algas, las truchas y demás flora y fauna pequeña; los tiburones, los atunes, los defines y demás peces grandes; los pescadores, los restauranteros, los transportistas y demás humanos de los países costeros.

—Solo hay que cuidar —Sofía— que los grandes buques de las compañías pesqueras japonesas sigan vetados en el mar Caribe.

Buques gigantescos, en sí mismos almacenes y fábricas de enlatado, verídicas ciudades flotantes de acero, bajaban una gruesa sonda al fondo oceánico, con la que de golpe lo succionaban todo: pulpos, tiburones, atunes, bacterias, algas: todo.

—Esos son los hijos de puta del océano —Sofía, invitándome a una reformulación de qué es un HDP.

HDP: el que en un proceso succiona una ganancia exagerada, deformando el proceso y convirtiéndolo en una pirámide.

—¿Lo entiendes? —Sofía me preguntó solícita.

Ella y la Furia me miraron con una gentil condescendencia,
y yo me sonrojé.

Tin: una gota de agua cayó en la mollera de la cabeza de pelo blanco de Sofía.

Tan: otra gota cayó en mi nariz.

Empezaba a lloviznar.

—No se vayan de la mesa —dijo Sofía—. Este chipi chipi es el postre.

La Furia otra vez le festejó lo dicho con una risa.

Las gotas de agua arreciaron contra nuestras cabezas y entonces Sofía se tocó una oreja y dijo:

—Escuchen.

Tin.

Tan.

Ton.

Tin. Tan. Ton.

La Furia me pidió la carta de Sofía a mi hermana. Se abrió una bota, rodeó con la carta su tobillo, se volvió a anudar las agujetas de la bota.

—Gracias —le sonrió Sofía.

La Furia besó su propia mano y luego sopló sobre ella para lanzarle el beso entre las gotas de agua a Sofía. Y Sofía le lanzó a su vez otro beso.

Bueno, las dos se encantaban.

—Además —dijo Sofía—, se lavan los platos.

Tenía otra vez razón: llovía ya en serio sobre nosotras y las gotas desbordaban el agua de los platos llenos de agua y el agua escurría por la mesa al piso de tierra roja.

Sofía alzó su copa llena de agua de lluvia y con restos de agua de coco.

—Salud —dijo.

Levantamos nuestras copas y bebimos en la lluvia, lluvia.

—Mejor nos guardamos —alcé la voz al tiempo que un relámpago cruzaba en lo alto del cielo, para estallar luego en un trueno estruendoso.

—No pasa nada, es lluvia —dijo en medio de la tormenta Sofía—. Si te estás quieta, si no graniza y si no te cae un rayo encima, no hay nada que temer.

Otra vez la bóveda del cielo se iluminó rasgada por otro largo relámpago de oro.

5

PUM: cuatro meses después suelto el bat contra una licuadora: desaparece convertida en esquirlas de vidrio.

PUM: Otra licuadora pulverizada.

PUM: Otra nube de cristalitos.

Saludo al celular de la Furia gorda como un 8 que registra el atraco a la tienda Alkosto.

—Acá en medio de la tormenta, tranquila —le digo a mi auditorio internacional.

PUM: una vitrina de relojes despertadores explota por el aire en una lentísima nube de añicos y carátulas de reloj y manecillas.

El bateador estrella de la noche soy yo: PUM: una computadora en trayectoria curva y expansiva soltando el abecedario por el aire.

La belleza de la acción directa. La belleza del sudor empapando la ropa. La expansión del aire en los pulmones cuando el miedo deja de apretar el torso.

PUM: un aparador lleno de huevos blancos salta por el aire y una pared se va moteando de huevos

estrellados: poc poc poc poc poc: soy Jackson Pollock de los huevos.

—¡Cuidado! —el grito de la Furia Mayor para alertarnos.

Un anaquel de dos pisos repleto de televisores lentamente se viene abajo, las Furias nos tumbamos de cara al piso, las manos en la nuca…

6

Salimos por los huecos de los ventanales rotos de la tienda Alkosto y nos dispersamos por el aire del mañana, desenvendándonos las cabezas.

Unas Furias se fueron rodando en patinetas. Otras caminando. Otras en la camioneta grande o la combi. La Furia Mayor a horcajadas en una motocicleta flamante que lanzó a todo motor por la avenida desierta.

Yo echaba en reversa la camioneta desvencijada de mi hermana cuando vi por el espejo retrovisor a un señor pararse ante los vidrios rotos de la tienda Alkosto.

El hombre, vestido en vaqueros y tenis, con una gorra beisbolera y cubrebocas, volvió la mirada hacia atrás y yo miré hacia otro lado.

Por el espejo retrovisor lo vi entrar a la tienda pisando sobre los añicos.

Curioso: en ese momento recibí una llamada nada menos que del heredero del Grupo Alfa.

Necesitaba que el día 15 del próximo mes yo asistiera a una junta de enorme importancia.

Era probable, me avisó, que ahí Hugo me perdonara y me recontratara.

—Y yo —dijo el benjamín— sería muy feliz. ¿Entonces asistes?

—Seguro —le mentí.

En ese momento el hombre volvió a salir entre los

vidrios rotos de la tienda Alkosto, de nuevo mirando a un lado y a otro, y cargando con ambos brazos la gran caja de un televisor.

Nunca me había causado tanta satisfacción la felicidad de un cliente de Alkosto ni nunca Alkosto había sido tan fiel a su lema.

Alkosto
Más barato imposible

7

—Me encantó —yo en la media luz del dormitorio.

La Furia Mayor bajó las persianas de la última ventana de la habitación y las entornó: en la oscuridad azulada subió desnuda a la cama.

—Hagámoslo otra vez —abracé su cuerpo.

—No —la Furia—. Las chavas no deben infectarse —me tomó una mano y la besó en la palma.

Y levantó de las sábanas la tableta y siguió leyendo un instructivo en cuyo filo superior aparecía su título.

Trilateración.

Lo que fuera eso yo no lo supe entonces.

Como no supe qué era ese tubo de metal, de 30 centímetros de diámetro, que un par de agentes de seguridad privada cargaron de un hombro a otro la noche anterior, mientras cruzaban la cancha de jai alai y se despedían de la Furia, levantando cada cual la diestra.

Ese tubo, más la trilateración, cambiarían mi mundo de forma tan abrupta como meses antes lo había cambiado el meteorito que vino del fondo de la transparencia del aire.

15
Insuficientes recursos de la mente

1

Tanto que no sabemos.

En realidad, la mayoría de lo que ocurre en el universo a nuestro alrededor lo desconocemos.

Y sin embargo, mientras tengamos ocupada la mente en alguna de las contadas certezas de las que somos dueños, nos sentimos a salvo.

John maynard keynes, el economista inglés, le puso un nombre a esa bendita ceguera.

IDOM: *insufficient devices of the mind*. Es decir, recursos insuficientes de la mente.

Y comentó que nuestras crisis colectivas derivan casi siempre de ella.

Ilustró el punto con una historia simple.

Dos tráilers se encuentran en una carretera recta como una regla, parachoques contra parachoques, un arrozal pantanoso a su alrededor.

La carretera es demasiado angosta para que ambos pasen a la vez y el chofer de cada tráiler piensa que él debe pasar primero, mientras que el otro chofer debe meter su tráiler al pantano, es decir, hundirlo en el fango.

Como no ven otra opción, intentan negociar. Bajan ambos al asfalto y dialogan a un lado de los parachoques

encontrados.

Uno debe traicionar su misión de llevar el tráiler hasta su destino. ¿Cuál de los dos?

Como uno no convence al otro, cada uno vuelve a la cabina de su tráiler y así se quedan paralizados, cada cual sentado ante el volante de su tráiler, esperando que el otro chofer ceda.

Si supieran más de su entorno, por ejemplo: que el pantano es somero, que 10 centímetros abajo de su lodo el piso es duro y firme y que soportaría un tráiler, solucionarían el paro.

Lanzarían una moneda al aire y el azar elegiría cual bajaría el tráiler del asfalto al pantano y dejaría pasar al otro, sacrificando apenas 10 minutos de tiempo.

Pero los choferes no saben más que lo que saben, que el otro chofer les estorba, y esa certidumbre es lo que les impide averiguar lo que no saben, porque les ocupa el espacio de la mente.

Tal vez ahora enfurecen, aventura keynes, y la crisis escala: los choferes se agarran entre sí las camisas y se lían en una lucha. Uno le rompe la nariz con un puñetazo. El otro desenvaina un cuchillo y se lo clava al otro en el estómago.

Keynes vivió las dos guerras mundiales del siglo 20. En su breve alegoría redujo a dos choferes enfrentados, cada cual con su tráiler tras de él, lo que atestiguó dos veces en otra dimensión: varias cabezas de estado enfrentados, con vastos ejércitos tras ellos.

2

El presidente en su despacho. En camisa y pantalones. De pie ante la ventana de techo a piso por la que observa la plancha de cemento desierta del zócalo central del país, brillando bajo el mediodía.

La bandera tricolor izada en lo alto del mástil en el mismo centro del resplandor del zócalo.

—El ingreso mínimo vital —repite la secretaria de economía, a sus espaldas.

Los lentes de pasta negra, el casquete de cabello blanco, el traje de saco y pantalones negros.

—Lo recibirían —dice irene hoyos— solo los trabajadores informales.

Esa mitad de los trabajadores del país que si no salen a trabajar cada día no tienen qué comer.

—Solo así podemos aislar el virus —repite.

Mientras esos millones de trabajadores sigan saliendo a trabajar diario, el virus seguirá esparciéndose y la cuenta de muertes diarias escalando.

Mil muertos diarios en promedio en la semana en que esta junta ocurre.

Le ha presentado al presidente su plan ya varias veces y él no se decide a aprobarlo.

Esta vez no están los dos a solas. Está presente hoy también el secretario de hacienda, un señor serio, en un traje azul oscuro.

—No es que esté en contra de auxiliar a la gente —se disculpa el secretario mirándose los zapatos—. Solo advierto lo que costará. Como indican los documentos que les he hecho llegar, para empezar, tendríamos desde luego que endeudarnos.

—Endeudarnos —le hace eco el presidente, el verbo prohibido en su diccionario político, y regresa molesto al asiento de su escritorio.

—Sí, tendríamos que pedir un préstamo —el secretario—. Y hay que considerar las tasas de interés a las que estaríamos sujetos.

Se explica mientras el presidente mueve su zapato bajo el escritorio, impaciente, y la secretaria de economía va apretando su diestra en un puño.

Dado el mal historial de pagos de deuda del país, la

tasa de interés no sería cero, sino de 4.25%. De endeudarse el país en 20 o 30%, solo el interés costaría anualmente lo que cuesta la educación pública media superior, amén de que el presidente tendría que sujetarse a las instrucciones que el banco acreedor le dictara.

Sujetarse a instrucciones ajenas: otro pecado en la biblia política del presidente: su zapato acelera su movimiento.

Pero sería una ilusión suponer que ambos ministros están confrontados y que el presidente debe decidir darle a uno u otro la razón.

Ojalá fuera tan fácil.

No, en realidad es el presidente quien está confrontado contra algo que ha llegado de afuera de la burbuja humana: de la naturaleza.

Un virus tan minúsculo que se esconde en la transparencia del aire.

—Necesito más información —exclama el presidente—. ¿Cuánto tiempo durará la pandemia?

—Es decir —traduce el secretario—, ¿qué sabemos de las vacunas?

Porque en la guerra contra el virus, la única arma que podría ser definitiva sería una vacuna.

—No sabemos —el secretario— cuándo estará lista la primera vacuna antivirus.

—¿Hay algún pronóstico? —Reclama el presidente.

El silencio de sus ministros le contesta.

No saben.

Nadie sabe en el mundo.

Idom. Insuficientes recursos de la mente.

Así que el secretario le resume al presidente su postura:

—El país no puede darse el lujo de contratar deuda externa para afrontar la pandemia debido a las tasas de interés. Sería sacrificar el futuro económico por salvar el presente.

Y la secretaria le sintetiza el dilema:

—O subsidiamos a la mitad más pobre de la población por un tiempo indefinido o que salgan a trabajar y a enfrentar al virus y que mueran como moscas.

—Es decir —dice el presidente—, es elegir entre un cáncer de próstata o un cáncer de pulmones. ¿Cuál les gusta más?

El aire parecía zumbar, me contará meses adelante irene de hoyos, mi maestra de historia de la economía en harvard.

3

Una semana más tarde de aquella junta con sus secretarios, el presidente salió del despacho y caminó por el pasillo de duela y paredes blancas, con óleos de héroes a cada tramo.

El traje gris una talla demasiado grande, la corbata con el nudo grande fuera de moda, los candelabros de doce brazos dorados pendientes del techo.

El camarógrafo encendió la cámara y se la puso al hombro, y caminó de espaldas al ritmo de los pasos solemnes del mandatario.

—No se preocupen —sonrió por fin el presidente al ojo de la cámara— tenemos con qué afrontar al coronavirus.

Siguió caminando por una de sus pausas vastas como el desierto.

Al cabo de la cual el presidente se pasó la mano por el cabello plateado y sin dejar de caminar agregó:

—Considero que ya hemos tenido tiempo para familiarizarnos con las medidas preventivas. Lavarse las manos y mantener una sana distancia entre las personas.

Otra pausa larga como la selva del amazonas.

—Y ahora obedecer esas medidas o no, queda al criterio de cada uno. También queda a su criterio si usar cubrebocas o no. O si quedarse en casa o no. Esta no es una dictadura, es una democracia, donde reina la libertad.

En el salón de juntas del yate *alfa*, hugo se quedó sonriendo

Ante los doce pequeños televisores empotrados en la pared de madera donde el presidente otra vez callaba y caminaba.

Qué sorpresa: el presidente usaba su segunda palabra predilecta: libertad.

Además, y esto era lo importante, adaptaba al país la estrategia que él aplicó al grupo alfa.

Dejar a los trabajadores informales a merced del virus para salvar la economía.

La razón de hugo era ganar dinero, así de simple, trivial y miserable, la razón del presidente era no comprometer el porvenir del país.

Feliz y ligero hugo salió al aire caliente del caribe a encontrar en la cubierta del yate *alfa* a su esposa cristina, tomando el sol tendida en un camastro, y a su hijo más joven, el niño ignacio, que nadaba en la piscina.

—Además —añadió el presidente, sin variar el ritmo despacioso de sus pasos por el pasillo—, para vencer al bicho maligno también son útiles estas recomendaciones, que he llamado «el decálogo para afrontar al coronavirus».

Se detuvo.

Sacó de la bolsa de su saco gris una hoja.

La desdobló y leyó:

—Uno, estar de buen ánimo.

Otra pausa.

—Dos, ser optimistas.

Otra pausa.

—Tres, esto es de la mayor importancia, darle la

espalda al egoísmo.

En la cocina industrial del palacio del jai alai, mientras la furia servía de la cafetera dos tazas de café recién percolado, yo me asombré.

Bajo sus recomendaciones, en apariencia insustanciales, el mensaje del presidente estaba en lo que no decía, precisamente en las pausas de silencio, y era un mensaje brutal.

El gobierno no ofrecía una estrategia colectiva para detener la pandemia. Recomendaba el uso de cubrebocas, la sana distancia entre personas y guardarse en las casas para los que pudieran hacerlo: es decir que no subsidiaría a los trabajadores informales, la mitad de los trabajadores del país, que tendrían que salir de sus casas.

Desde el punto de vista económico, una decisión impecable, que sin embargo oprimía a mi corazón, entrenado en los valores humanistas: me asustaba previendo las consecuencias, a decir: los numerosos muertos por el contagio del virus.

—Cuatro, alejarse del consumismo —siguió su decálogo el presidente al borde de sus propios recursos mentales.

—Cinco: hay que comer sano, muchos frijoles y maíz, que es una planta bendita.

La furia colocó ante mí una taza de café y sorbió de la suya. Alzó su tableta y siguió leyendo el manual de trilateración.

—Y punto diez —dijo el presidente en la pantalla de mi celular, aunque yo lo escuché como desde otro planeta—. Deben buscar una utopía. Eso también protege del virus. Buscar una utopía.

16
La bazuca

1

Las Furias. Cruzaban bajo la cúpula de piedra gris que dominaba desde su centro la enorme plaza. O avanzaban por las banquetas que la enmarcaban.

Unas sobre patinetas. Otra, gorda como un 8, montada en una motoneta. Las demás caminando.

Venían cada tarde de los cuatro rumbos de la ciudad. Y aún de más lejos, del otro lado de las montañas verdes que circundan la ciudad, de los caseríos más pobres.

Pero vestidas todas de negro, en camisetas y en pantalones negros, con botas de policía, mientras se acercaban al Palacio del Jai Alai, uno no tenía señas para descifrar su origen.

Cada una era un trauma encarnado. Un espanto convertido en cuerpo. Un martillazo de la vida en la cara.

A un lado de la entrada abierta del Palacio del Jai Alai, se vendaban la cabeza como si se vendaran una herida, y con el rostro cubierto eran, de pronto, un solo cuerpo, las Furias.

2

—Si quemo —dicen a coro.

Y dan un paso al frente las Furias.

—Si rompo —otro paso al frente de ese ejército disperso por la cancha de jai alai.

—Si pinto de rosa un monumento —un paso atrás de los trescientos pares de botas negras.

—Si ocupo propiedades del Estado —dos pasos adelante.

—Pregúntame por qué lo hago —giran sobre sus ejes y se quedan quietas de espaldas.

—Es que mataron a mi hija.

—Violaron a mi hermana.

—Mi padre golpeaba a mi madre.

—Abusaron de la niña en la cuna.

—Quemaron con ácido la cara de la saxofonista.

—¿Y el sistema qué hizo? —se giran y quedan paradas de frente—. ¿Hizo Justicia el sistema?

El sistema: los policías, los jueces, los empresarios, los maestros, el presidente.

—Pregúntame —grita el coro de las Furias— qué hizo el sistema.

3

En la azotea del Palacio, una azotea con el piso pintado con pintura roja, y plagado de palomas blancas, que picotean el alpiste con que he regado el piso, yo inhalo hondo.

Exhalo largo.

Y oigo a las Furias tres pisos abajo, en la cancha, gritar:

—Nada. Nada. El sistema no hizo Justicia. Por eso nosotras hacemos Justicia.

El rumor de los cientos de botas avanzando a cada frase:

—Por mí. Por mi madre. Por mi hija. Por todas. Y por las muertas que ya no tienen voz. Rompemos, quemamos, ocupamos.

Inhalo hondo.

—¡Furias! —tres pisos abajo.

4

Luego se bañan. Desnudas llenan el salón de mosaicos azules de las regaderas y van turnándose los chorros de agua caliente.

Cuerpos morenos o rosas. Altos o bajos. Gordos y delgados. Musculosas todas.

5

Al día siguiente, trepan por cuerdas de la cancha al pasillo del segundo piso y en un instante toman posiciones de guerra.

Son un ejército guerrillero en sus ejercicios de entrenamiento.

En otro instante entran por las distintas puertas del pasillo y toman posesión de las ventanas.

Incluida la ventana del cuarto donde la Furia Mayor estudia mapas de la ciudad con su amigo el Elohim, el guardia de seguridad pelirrojo.

O la ventana del cuarto de billar donde yo leo en mi tableta y de pronto caigo en la cuenta de que probablemente así, hace algún tiempo, un año o dos, tomaron por asalto el Palacio del Jai Alai y lo hicieron suyo.

Luego lo imposible: al grito de una furia, en un cerrar de ojos se desprenden de las ventanas, regresan corriendo al pasillo del segundo piso, saltan y quedan de

pie en el pasamanos.

Luego van cayendo a la cancha de cemento de pie: una lluvia de mujeres de negro.

Dan una maroma en el piso, se tumban y avanzan empujándose sobre los codos. Un ejército de lagartijas negras.

6

Una furia activa una granada. La pasa a la furia siguiente. Han formado un círculo contra las paredes de la cancha de jai alai.

Es el juego de la papa caliente: la granada activada va a estallar entre su pase de una mano a otra.

La Furia Mayor, comandante de las Furias, observa desde el segundo piso la resistencia de su ejército al pánico. Observa y calla.

Y de pronto grita:

—¡Fuego!

Una Furia lanza al centro la granada y todas se tiran al suelo.

La granada estalla en un hongo de humo y las Furias se arrastran impulsándose sobre los codos.

7

Y yo en la azotea respiro profundo, trabajando en algo semejante a ellas. En desmantelar la pirámide hetero-patriarcal-capitalista, pero no en el mundo, en mi cuerpo.

Ocurre así. Una mañana ahí en la azotea, mientras hacía mi yoga de los pulmones, lo entendí.

Traigo puesto al Capitalismo en el cuerpo, pensé.

Una empresa capitalista es una pirámide de

subordinación: el gerente general, el CEO, manda hacia abajo, a los distintos directores que a su vez mandan a los gerentes, que a su vez mandan a los empleados, que a su vez mandan a la amplia base de obreros.

Yo he convertido a mi cuerpo igual en una pirámide de subordinación: el habla que produce la boca en mi cabeza manda sobre el Grupo de mis extremidades y vísceras.

La cabeza ordena: el resto del cuerpo ejecuta.

Todo a su vez subordinado a una idea reiterativa en mi mente: la idea de la ganancia.

Hay que ganar algo en cada transacción: hay que ganar algo en cada gesto y cada pensamiento. Hay que acumular. Medrar. Progresar.

Porque de eso se trata la vida, ¿no es cierto?, de prosperar.

El Cuerpo S.A. de C.V.

He vendido mi tiempo de vida al trabajo, pensé otra tarde respirando con una tristeza honda entre las palomas que caminaban a ritmo de segundero por la azotea.

He sido la obrera de mi pensamiento, desde que mi pensamiento tomó la gerencia general de mi cuerpo.

He esclavizado a mi cuerpo al trabajo.

Al trabajo: a modificar la materia.

En realidad, solo modificando la Naturaleza sé que existo.

Trabajo, luego existo.

Tráiganme un elefante para partirlo en pedazos y existir. Tráiganme el mar Caribe para succionarle por un tubo toda la fauna y flora submarina. Tráiganme al planeta para cortarlo en trozos de pastel.

Inhalé tan hondo que mis músculos del pecho crujieron al destensarse.

Exhalé tan largo que al final del soplido sentí que desaparecía.

Y de pronto, la furia se regó como un incendio por la burbuja humana.

En la ciudad de Atlanta, ríos de personas invadieron las calles por la noche para saquear comercios y rompieron los cristales de la televisora CNN.

En París, miles de manifestantes prendieron hogueras a los pies del Arco del Triunfo, gritando:

—El pueblo al poder.

En Delhi, un camión de redilas arrasó a un batallón de policía, la multitud gritando en las aceras:

—Que caiga el sistema.

En un pueblito de Australia, 33 adolescentes con acné desenfundaron sus penes y rociaron de orines la tumba del Soldado Desconocido.

—Nos valen madre los héroes del pasado —declaró un muchachito rubio a la TV.

Y en Madrid, los saqueadores de tiendas lo hacen al grito de:

—Ni derecha ni izquierda, váyanse todos a la mierda.

Viendo en el televisor con la Furia Mayor las noticias, en el sofá de terciopelo rojo de un cuarto del segundo piso, tengo un momento de serenidad:

—La turba le ladra a la presa equivocada: esta crisis es causada por un virus, no por humanos.

—¿No por humanos? —la Furia, su cabeza recargada en mi hombro.

—Los dueños del mundo —susurra al cabo de un silencio— eligieron a la economía sobre las vidas humanas. Por eso la furia es contra ellos.

Esa tarde las Furias estrenan un ejercicio nuevo: tratar de tumbar una pared.

A toda velocidad, una tras otra, se estrellan contra una pared verde olivo de la cancha de jai alai: duro,

duro: chocan, gritan: no la tumban: gritan: esa es la furia: estrellarse contra una pared.

9

Y entonces, desde arriba de la pirámide descendió la orden de aplacar la furia de la base.

En Washington la policía persiguió a toletazos a un millar de manifestantes, los policías con cascos, los manifestantes con tapabocas.

En Perú los indios manifestantes fueron perseguidos por soldados porque no usaban tapabocas: los acribillaron ante la catedral.

En Santiago de Chile una avenida repleta de mujeres que protestaban tendidas en el asfalto fue cubierta con gases.

Y en Florida, el cohete *Falcón 9* se disparó al cielo: el ensayo de una ruta de escape de la Tierra para los más ricos entre los ricos: el asiento en los siguientes vuelos, que serán comerciales, se venderá a 2 millones de dólares.

10

—Nos han quitado tanto —las Furias en la cancha de jai alai—, que nos han quitado el miedo.

Lo dicen y sacuden un chaco al frente.

Chac.

—Nos han quitado tanto que solo nos queda la furia.

Chac: 300 chacos estallan en el aire.

Y yo en la azotea exhalo lento con la boca en forma de pico para alargar la exhalación, abriendo los brazos, para ampliar mi espacio torácico.

Es entonces que empieza a suceder.

Chac: mi plexo solar se expande abruptamente: mi corazón de pronto late libre y fuerte.

Y el águila aparece al fondo del cielo.

Una v diminuta que se marca en el círculo de lumbre del sol.

Es el 15 de julio del 2020, el año más mortífero para la especie, en lo que va de mi vida. 900 mil han muerto por el virus en la especie: cifra oficial de la OMS. Aunque según rumoran los medios, hay que multiplicar por 3 la cifra: los gobiernos mienten.

2 millones 700 mil han muerto, tal vez.

El resto ocurre en el lapso de medio minuto.

Un distante helicóptero, diminuto como una libélula negra, cruza ante el sol y tapa a la remota águila.

Y de pronto la libélula se convierte en una voluta de fuego —que zigzaguea al desplomarse como un insecto en llamas.

Luego, el cielo queda vacío, a no ser por el pequeño círculo de fuego del sol, de donde la v del águila se fuga.

Suena mi teléfono.

Tiene un nuevo mensaje, de 8 letras, de la Furia Mayor:

RIP al HDP.

A continuación llega otro mensaje:

Salte de ahí. Ahora mismo.

11

Bajo despacio de la azotea por una escalerilla adosada a la fachada del Palacio del Jai Alai. La respiración agitada.

—Hay que irnos —me grita desde muy lejos abajo la furia gorda como un 8—. Ahora mismo, ahora mismo.

—Yo sé, yo sé —digo para mí. Aunque no termino de entender lo que ha ocurrido.

Trescientas Furias están en la banqueta yéndose. Unas se van a pie mientras se desvendan de la cabeza la tira de licra. Otras huyen rodando, en las patinetas que han bajado al pavimento. La furia en forma de 8 parte en su motoneta.

Por suerte traigo conmigo las llaves de la camioneta de mi hermana. La enciendo.

Las manos temblorosas al volante, me alejo por la avenida de seis carriles que rodea la enorme plaza de cemento.

12

—¿Te encantó? —me lo pregunta la Furia Mayor: las suelas de las botas bien plantadas en el suelo de la azotea del edificio cilíndrico clausurado por la pandemia.

A un costado del corporativo del Grupo Alfa, donde la Torre 3 tiene todavía los bordes de la azotea marcados por los focos rojos intermitentes.

Tras la Furia está emplazada la bazuca: un cilindro de metal montado en un tripié, y un Elohim, con tapabocas y gorro de estambre, del que asoma un mechón de pelo anaranjado, toma el sol tendido en el piso de cemento.

—¿Me contestas? —pregunta la Furia.

—Sí —yo atolondrada en la camioneta de mi hermana—. Me encantó.

—Ahora necesito un favor —la Furia—. ¿Estás ya en la calle?

—Sí —no puedo articular algo más elocuente.

Bebe de una botellita de agua pura: la Furia saludable.

—Ve al lugar donde cayó el helicóptero. Te mando la dirección que me indica el GPS.

—Sí.

—Nada más confirma que no hay sobrevivientes y llámame.

—Sí.

—Sobre todo confírmame que el HDP está entre los muertos.

En la camioneta jalo aire para decir:

—Sí.

He prendido la radio, pero no hay noticias del bazucazo a la aeronave. Aunque más allá, entre los edificios, hay una línea de humo negro: las direcciones del GPS van llevándome hacia el humo.

Un mensaje entra en mi teléfono, es de Palomino:

No te retrases. Te estamos esperando.

Caigo apenas en la cuenta de que es el 15 de julio, día de la junta con Hugo en la Torre Alfa, a la que no pensaba asistir.

Así que un mes completo la Furia Mayor estuvo puliendo su estrategia para tumbar su helicóptero este día y la trilateración era eso: una forma de calcular el tiro de un proyectil contra una aeronave.

Ahí está a lo lejos el helicóptero destrozado: se ha estrellado contra el pavimento de una avenida de diez carriles, flanqueada de edificios: el piloto todavía pudo maniobrar el helicóptero en llamas para evitar las altas construcciones.

Alrededor de los escombros humosos, me abro paso entre las patrullas con las torretas girando y la ambulancia que apenas ahora abre las portezuelas de su

parte posterior.

Me asomo entre policías a la chatarra y noto el logo de Alfa en la cola del helicóptero.

Hay cinco cuerpos tumbados en el piso. Calcinados. Negros como el carbón. De su forma humana solo conservan el perímetro.

Sus zapatos dicen más de su identidad. Dos pares de zapatos negros de hombre, con agujetas. Unas alpargatas de mujer, con plataformas. Un par de mocasines negros de hombre.

Un oficial dice por su radio:

—Afirmativo. Cuatro masculinos y una femenina.

Hugo, Benjamín, su esposa Cristina, el piloto y el copiloto. ¿Y el hijo menor de Hugo dónde está?

Entonces es que recuerdo que Hugo ha usado siempre zapatos color café, con agujetas. Zapatos de la marca Cole Haan café rojizo. Tiene un clóset de techo a piso con pares de zapatos idénticos alineados uno al lado de otro. Y entre los zapatos de los muertos no hay zapatos cafés.

Un nuevo mensaje de la Furia entra a mi teléfono:

¿Me confirmas?

Le marco ya de vuelta en la camioneta.

—No, no te confirmo. Voy a la Torre Alfa. Desde ahí te confirmo.

17
El corazón sensible del capitalismo

1

Entre las pantallas con las barras rojas y azules, sentado al escritorio de vidrio de Hugo, la silla giratoria vuelta hacia los ventanales, Palomino atendía una llamada.

—Fíltralo a dos medios —dijo al teléfono—. No, solo a dos medios.

El pelo hirsuto engominado hacia atrás, el tapabocas negro, el traje negro, la camisa y la corbata negras.

No me sintió entrar y lo observé sentado al escritorio del jefe, demasiado cómodamente.

—Primero que nada fíltraselo a *Método* —dijo.

Método: la revista con mayor credibilidad del país.

—Eso —Palomino a su teléfono con aires de dueño del Grupo Alfa—. Un misil de bazuca de los narcos. Una venganza contra el juez Pardo.

Se escucharon las aspas de un helicóptero que se acercaba. El Grupo tenía cuatro en total. Fue entonces que Palomino se giró en la silla y me vio, y se sonrojó como un niño que ha sido descubierto en un juego maligno.

—Vámonos yendo —dijo.

Siguió hablando al teléfono mientras subíamos por las estrechas escaleras de caracol y el ruido de las aspas

iba llenando el aire.

En la azotea, el viento estrellándose contra mi cuerpo, mientras el helicóptero depositaba los patines en el suelo, reconocí en una ventanilla el perfil de Benjamín guardado en una escafandra de plástico transparente.

—¿A dónde vamos? —grité.

—Con el presidente —Palomino me empujó con una mano hacia la compuerta que deslizaba Benjamín.

Subimos al aparato.

Benjamín corrió la compuerta, ya sentado se inclinó para que su visera tocara mi frente y me tomó las manos.

—Gracias por venir —silabeó en medio del ruido.

—No podía no estar contigo —silabeé—. Era un gran hombre.

—Los dos lo eran.

Se refería al juez y a su padre. O eso pensé yo hasta que apretándome las manos añadió:

—Mi papá nos está esperando.

El helicóptero alzó un patín del piso.

—¿Tu papá no murió? —me alarmé.

—Gracias a Dios no —Benjamín—. El helicóptero de mi papá fue por fuera de la ciudad, por fortuna, directo al *call center*, donde es la junta.

El otro patín se separó del piso.

Rápido le tecleé a la Furia en el celular:

No era el HDP.

El HDP viene en otro helicóptero.

El helicóptero empezó a ascender con rapidez en vertical.

La Furia me replicó:

Entendido. Acá cazo al otro helicóptero.

Tecleé desesperada:

No no no

Ya sin comas ni puntos.

Incliné la cabeza para teclearle más a la Furia, un trabajo difícil dadas las trepidaciones del helicóptero:

Yo voy en el otro helicoptero no dispares.

Ya sin tildes.

Pero este último mensaje no salió del teléfono. El minúsculo reloj indicaba que estaba paralizado. Con la uña golpeteé la pantalla para que saliera el mensaje.

No salía.

Escribí otro mensaje:

No dispares no dispares

No salían los mensajes.

Palomino se inclinó hacia a mí y agujerando el ruido de las aspas me gritó:

—Estamos fuera del área de servicio.

—Mierda —dije.

Recliné la espalda en el asiento, para disfrutar mi último vuelo. Pero mi espalda estaba tiesa como una tabla. La ciudad vacía abajo se iba haciendo pequeña y más pequeña.

Una maqueta.

El copiloto asomó entre los sillones de mando para alargarnos dos viseras de plástico translúcido. Palomino y yo nos las pusimos.

Si ya respirar tras el plástico me sofocaba, Benjamín podía volverlo peor: se alzó su visera y con un encendedor de oro encendió un puro oloroso a vainilla. Parecía un niño con un puro gigante entre los labios.

—El pendejo del juez Pardo —gritó muy alto y lanzando el humo, para hacerse oír a través del ruido de las aspas—. Tan buen juez supremo que era y tan pendejo.

—Y la novia muy guapa —gritó a todo pulmón Palomino.

—¿Por qué pendejo el juez? —yo gritando.

—Sabía que lo tenía marcado gente poderosa —Palomino gritando más alto—, y no tomó las precauciones debidas el pendejo.

—¿Quién lo tenía marcado? —yo gritando.

Palomino gritándome a mí:

—Los narcos.

Ahora su mentira era ya la verdad. Los periódicos no tardarían en confirmarlo en sus versiones digitales.

—Y luego el pendejo de Hernán —gritó Benjamín envenenando de humo la cabina.

—¿Ese por qué es pendejo? —gritó Palomino.

—No sé —gritó Benjamín—. Pero ya viste qué final de pendejo tuvo. Tumbado junto a un juez pendejo.

—Descansen en paz ese par de pendejos —gritó Palomino y se persignó a mi lado.

Cómo había yo gastado 14 años de mi vida con esa caterva de pendejos me pareció de golpe un misterio metafísico.

—Seguramente por pendeja —no grité, lo escuché dentro de mi cráneo.

Por lo menos no pasábamos por encima del consorcio. Íbamos directo a las montañas verdes que circundaban a la ciudad por su lado oeste.

¿Qué tanto alcance tenía la bazuca de la Furia? ¿Si detectaba el helicóptero volando en la distancia, un bazucazo lo alcanzaría?

Me lo contestó el impacto.

Un impacto brutal: el aparato se giró aspas abajo y golpeamos con las cabezas el techo. El aparato se iba hacia abajo envuelto en humo blanco.

Y de pronto explotó en cien pedazos.

Corrección: explotamos.

Mi cabeza salió por una compuerta abierta, sin cuerpo y con los ojos abiertos mirando hacia el agua azul turquesa del mar que se aproximaba a una velocidad acelerada.

—¿Del mar? —lo pensé—. ¿Por qué del mar?

Mi cabeza cruzó la superficie del agua.

En el agua, lenta, flotando, vino hacia mi cabeza el águila, las alas moviéndose hacia atrás, como las aletas

de un pez. El pico naranja emitiendo burbujas plateadas.

2

Cuando reabrí los ojos, iniciábamos el descenso en vertical hacia una mole ovalada: un edificio con la forma y del tamaño de un estadio de futbol, recubierto de ventanales de espejo azulados.

El centro de llamadas más grande del continente. Alfa Call Center.

Tres cintas de asfalto partían del óvalo. Por una, un río de trabajadores se iba a pie hacia a la parada de los autobuses públicos. Por otra, un río de trabajadores caminaba hacia el óvalo. Por la tercera, una caravana de camionetas plateadas avanzaba a vuelta de rueda hacia el óvalo.

—Francisco Segura —Palomino lo anunció a mi lado, lo miraba por unos prismáticos dirigidos hacia las camionetas.

Me entregó los prismáticos y me asomé por ellos.

Cierto, de la primera camioneta descendía la figura voluminosa y lenta de Francisco Segura, una visera sobre el rostro, y de inmediato sus dos hijos lo flanquearon, para que se recargara en sus brazos.

Segura era una leyenda viva. Había sido el hombre más rico del mundo durante un lustro, hasta que las empresas de inteligencia artificial lo empujaron hasta el número 25. Y había sido durante tres décadas el hombre más rico del país, hasta que Hugo, durante la pandemia, lo había desbancado al segundo sitio.

Lo llamábamos, a sus espaldas, la Tortuga, por lento, prudente y longevo.

3

En el estrecho elevador por el que bajamos Palomino y yo había un viejo cartel, marchito y amarillento.

Somos héroes

El trabajo nos hace libres

Y por las puertas de vidrio eran visibles los pisos sucesivos de esclavos a salario fijo. Grandes espacios abarrotados de empleados con diademas haciendo llamadas a desconocidos.

—¿Puedo saber a qué vengo acá? —le pregunté por tercera vez a Palomino.

—¿No leíste los documentos que te enviaron? —Palomino—. Van a discutir algo con el presidente.

—No, no los leí. ¿Por qué iba a leer nada del Grupo? Hace un mes Hugo me despidió.

—Él no piensa eso. Piensa que te dio un coscorrón y unas vacaciones.

No respondí.

—Benjamín le pidió que te perdonara —Palomino explicó mientras llegábamos al sótano 3—. Y como te lo dije hace un mes: más le vale a Hugo tenerte dentro de la tienda y no fuera, socia.

Apretó el botón del PH y empezamos a ascender.

—Ahora solo falta que tú le pidas perdón al patrón y todo queda saldado —me lo pidió en el piso 1—. Es solo un acto simbólico.

—No peques de orgullo —me lo volvió a pedir en el piso 3—. El orgullo nadie te lo paga.

—Además el patrón está especialmente sensible —piso 5—. Su esposa se contagió de Covid-19. Por fortuna él está limpio.

En el vestíbulo del décimo y último piso del centro de llamadas, otra vez dos enfermeros nos picaron los dedos índices.

Trasladaban las gotas de sangre con las agujas a una tableta, cuando salió de un elevador una decena de guardaespaldas grandes altos como roperos y mientras se distribuían por el espacio emergió lenta y parsimoniosa la Tortuga: Francisco Segura, apoyándose en los brazos de sus dos hijos.

Le sonreí mientras los hijos lo depositaban en un sillón contiguo al mío.

—Me da gusto que esté usted acá —le dije.

Sus ojos sobre el tapabocas y tras el acrílico de la visera se achicaron, desconfiados. Luego, el más parsimonioso entre los billonarios se tocó la oreja y corrigió ahí el volumen de su aparato de sordo.

—¿Otra vez? —me pidió.

Repetí la frase:

—Me da gusto que esté usted acá —y añadí—: Es la garantía de que reinará la prudencia, don Francisco.

Asintió muy despacio:

—Si a los 86 años uno no es prudente y sensato —murmuró bajo el acrílico de su visera—, ya nunca lo fue.

—Qué palabras más sabias —mentí.

5

Habían cuadriculado con hojas de vidrio el último piso del centro de llamadas. Parecía un panal, es decir, si las abejas fueran animales primitivos y construyeran celdas cuadradas, como los humanos.

En cada apartado cuadrado había tres sillas giratorias ante un escritorio de vidrio, provisto de un micrófono, y sillas giratorias al fondo, para el séquito de cada billonario.

Era la reunión de los cinco hombres más ricos del país. Un quinteto de magnates que concentraba una riqueza equivalente a la del 50% de la población.

Reconocí a lo lejos en un apartado a Ricardo Ruiz Esparza y su trío de asesores. Más allá Gibrán Schneller y su equipo de diez asesores. A la derecha de Schneller estaban los asesores de Ernesto Vidaurri, dueño del Grupo Telesistema, pero Ernesto no estaba entre ellos.

Cuando entramos al cubículo de cristal del Grupo Alfa, distinguí a Hugo en un cubículo adjunto, atendía la pantalla de una computadora.

Tostado por el sol del Caribe, el pelo totalmente plateado, en una camisa azul celeste, el botón del cuello desabotonado.

El HDP con una salud inmejorable y Ernesto Vidaurri sentado a su lado.

Entonces, desde lejos, noté dos cosas.

Debajo de la mesa, los putos zapatos cafés de agujetas de Hugo.

Y arriba de la mesa, insertada en la computadora que Hugo atendía, mi USB negra: el adminículo que hacía un mes le había entregado a Adriana, la periodista estrella de Telesistema.

Entré directamente al cubículo en el momento en que Hugo decía:

—Todo es falso. Las fotos. La grabación. Todo —pero los sobacos de la camisa los tenía manchados de sudor—. ¿Y qué carajos es este puto mapa? —masculló, la garganta apretada.

—La cadena de contagios que parten de tu Grupo —Vidaurri.

Me moví a espaldas de Hugo, para ver la pantalla por encima de su hombro.

Sobre un mapa del país, había una inmensa telaraña de líneas rojas. Los nudos eran los miles de locales de trabajo del Grupo. Y de esos nudos partían hilos rojos a

los hogares de los contagiados, desde donde a su vez partían líneas más finas a los hogares de algunos vecinos y familiares de cada trabajador.

Hice una nota mental: enviarle una rosa roja a Adriana y a su equipo: habían hecho una investigación titánica para documentar la acusación de genocidio industrial contra el HDP.

Hugo me sintió a su espalda, y con un ademán me indicó que fuera a cerrar la puerta de vidrio:

—Cierra la puerta —dijo, y me presentó con voz seca—: Mi Conciencia. Por eso no es blanca ni alta y sí muy joven —la frase que pretendía ser graciosa—. Doctora en Negocios egresada de Harvard —la frase que pretendía sobar mi autoestima.

Vidaurri ni siquiera me vio. Permanecía absorto en el rostro de Hugo. Lo dijo en voz suave:

—Un verdadero holocausto lo que sucede en tu Grupo.

—No cabrón —replicó Hugo—, más bien esto es el montaje más sofisticado que he visto en mi puta vida.

—Cuando tengas tiempo —Vidaurri imperturbable —, escucha los testimonios de tus trabajadores. Son horas y horas de audio. Te lo adelanto: son anónimos y no te quieren mucho.

—Bueno, cortemos la mierda —Hugo impaciente—. Dos preguntas. ¿Quién le dio información a tu periodista y qué quieres a cambio para no pasar el reportaje al aire?

Vidaurri alargó el suspenso antes de replicar:

—La identidad de las fuentes de mi periodista son sagradas, ni siquiera yo las conozco. De lo otro, no quiero nada, excepto tu amistad.

—Excelente —Hugo árido.

—Como me enseñó mi padre —siguió Vidaurri—: lo que sucede en tu casa, se queda en tu casa, y lo que sucede en casa del vecino, no entra a la tuya.

—Excelente —repitió Hugo.

Pero Vidaurri añadió:

—Ahora que, tal vez, no sé, puedes reconsiderar la *joint venture* que te ofrecí, aquella para recuperar el estadio de futbol.

Hugo se puso serio. Sacó mi USB de la computadora y se la embolsó.

Ya en pie, forzó una gran sonrisa y Vidaurri y él se abrazaron, tensos. Un instante después se palmearon las espaldas.

Y así se selló el destino del periodismo honesto y valiente, y de las causas supremas del Humanismo —la Verdad, la Justicia, la Democracia—: en un abrazo entre los dueños de las dos televisoras principales del país.

6

—Ese maldito vejestorio inservible: su puto estadio de futbol —Hugo entró con violencia al baño de los ejecutivos del *call center*—. Pero me tiene agarrado de los tanates ese imbécil castrado. Entra —me llamó a mí—. No hay nadie.

Entré al ámbito de mármol blanco y urinarios de porcelana negra.

—Además quiere una inversión conjunta. Imagínate lidiar con ese pendejo que nunca ha sabido hacer dinero, solo perder el dinero que heredó. Me cago en Dios.

Se bajó con rabia la cremallera y con una infelicidad miserable se puso a orinar en un mingitorio de porcelana.

Y sobre el retintín de su orina contra la porcelana me preguntó:

—¿Algo que quieras decirme, doctora?

Esperaba que ahora que estábamos solos le pidiera perdón, como sus emisarios me habían recomendado. Quería un pequeño triunfo luego de que recién lo habían

cogido por los tanates.

Levanté la vista de su miembro y le dije en cambio:

—No sé qué hago acá, hace un mes me despediste.

—Muy bien —dijo él, golpeando las palabras—, luego hablamos de eso. Por lo pronto vamos a la sala principal.

Guardó su miembro en su pantalón.

—No —repliqué—, no estoy preparada para esta junta y me voy a mi casa.

—Joder contigo. No importa si no estás preparada, eres la persona que mejor conoce mis números.

—Me despediste —repetí con vehemencia—. Me. Despediste —se lo desglosé—. ¿Te lo repito en sánscrito? Me. Des. Pe. Diste.

En ese momento entró al baño el valet personal de Hugo. Agustín llevaba al frente una blusa color celeste colgada de un gancho de madera, idéntica a la que usaba ahora Hugo, pero sin manchas de sudor.

Hugo se quitó la camisa, resoplando. Nunca había visto su torso desnudo, que era flaco, sin vellos y sin un gramo de grasa, como el de un muchacho. Bueno, tampoco había visto jamás antes su pene, y tal vez por esa nueva y repentina intimidad me atreví a decírselo:

—La verdad es que te odio.

Su valet tomó de la camisa arrugada un delgado objeto y lo enganchó a la bolsa del pecho de la camisa fresca que Hugo ya se abotonaba: era un bolígrafo blanco: un símil de plástico blanco del esbelto cohete *Falcon 9*.

Hugo largó a su valet con un ademán.

—Seguro servidor —se retiró Agustín caminando de espaldas.

—Ay qué necia eres —murmuró Hugo entonces y se abotonó el penúltimo botón de la camisa fresca—. Yo decido si te despedí o no. Además no puedo despedirte. Tienes que terminar lo que empezaste. Tu proyecto.

—¿Qué proyecto?

Bajó la voz para decirlo:

—La Operación X. Hoy empieza a funcionar el crematorio.

Eso sí me pasmó.

—¿Qué crematorio? —pregunté desubicada.

—Vamos a —Hugo bajó aún más la voz— incinerar los cuerpos de la Cifra X en nuestro crematorio.

—El Grupo no tiene un crematorio.

—Pues ya tiene uno. El mejor equipado del continente. Quiero que vayas al crematorio a confirmar que todo fluye. Después de todo tú empezaste la operación guardando los cuerpos en el congelador, tienes que confirmar el final del proceso: que se conviertan en ceniza.

Fue a lavarse las manos a uno de los diez lavabos.

—Hijo de su gran puta —pensé.

Según él me tenía atrapada porque, de nuevo según él, yo era la líder del proyecto de la Cifra X. Lo peor era esto: sí me tenía atrapada: si quería probarlo, podría probarlo, había testigos de que yo había ordenado ocultar a los muertos, aunque fuera provisionalmente.

Hugo arrancó una hoja del rollo de papel para secarse las manos.

—Además —dijo con aire distraído—, vas a dirigir el Banco Alfa.

Eso me pasmó otra vez.

Todavía no estaba tibio el cuerpo de Hernán y ya me nombraba en su lugar.

Hizo del papel una bola y la dejó caer en el basurero. Su humor había vuelto a ser ligero cuando agregó:

—No tendrás que verme más que una vez al mes, en la junta de directores, ya que me odias, como dices. Y tendrás la libertad de cambiar la estrategia de Hernán. A ver qué tan eficaz eres tú, Valerita.

Me miró despacio a los ojos, antes de ordenarme:

—Recoge mi computadora de donde la dejé, y te vienes a sentar a mi lado.

Tostado por el sol del Caribe como estaba, impecable en su impecable camisa celeste y su pelo color plata, salió del baño de caballeros.

Yo seguía petrificada en medio de los espejos donde cinco Valerias estaban petrificadas.

A los 38 años, pensé, dirigir un banco mayor, con 5 mil sedes en 12 países. Además, con plena autonomía, o casi. Recibiendo un salario mensual de 7 dígitos. En 3 meses podría terminar de pagar mi casa, el cubo de vidrio. Y en dos años y cuatro meses podría comprarme otra casa aún más grande frente al mar.

No estaba nada mal para la hija de un carpintero, pensé, sin darme cuenta de que le había cedido otra vez a los números el control de mi vida.

18
Clic clic

1

—Señores. Amigos —así empezó, con pausas entre cada palabra, Irene Hoyos, la secretaria de Economía.

En el cubículo central de aquel panal de vidrio, recolocó el micrófono, para acercarlo a sus labios.

—Ninguno de nosotros —continuó— tiene la solución perfecta para emerger de la catástrofe en que vivimos. Me toca a mí, sin embargo, por orden del presidente, diseñar la solución que intentaremos.

Nadie de los señores en los cubos de vidrio se movió.

—Una solución que atienda con una mano la reactivación económica y con la otra atienda la salud de los trabajadores.

—Como pescar truchas —pensé yo sentada a un lado de Hugo— con palillos japoneses.

—Ustedes —siguió Irene— no pueden sentir la desesperación de la gente. Están rodeados de empleados que los respetan y son pagados para serles útiles. Yo en cambio sí escucho lo que la gente está sufriendo y lo que teme sufrir todavía. Han muerto cientos de miles de personas a la fecha en el país, millones de pequeños y medianos empresarios perdieron ya sus negocios y millones más temen que los verán quebrar. Y son todavía

más numerosos los trabajadores que se han quedado sin empleo o van quedarse sin empleo en breve.

Hugo desenganchó de la bolsa de su saco el bolígrafo con la forma del *Falcon 9* y lo cliqueó impaciente.

Clic clic.

—Señores, amigos —siguió la secretaria—, no seríamos una sociedad si dejamos que ustedes, los más ricos entre los ricos, no tomen en esta crisis la parte de la responsabilidad que les corresponde.

Quedaron flotando las palabras *más ricos entre los ricos*. Dichas por una secretaria de Economía, sonaron como una notificación de embargo.

El viejo Segura inclinado sobre su micrófono:

—¿Qué quiere decir usted con la palabra *responsabilidad*, secretaria?

—Sí, traducción, secretaria —Ruiz Esparza en otro cubículo.

—Quiero decir que a pesar de que el virus no ha sido aislado —la secretaria—, ustedes podrán reabrir sus negocios, para que el dinero empiece a fluir, pero a cambio del sacrificio que eso implicará en muertes, ustedes tendrán que cumplir con dos medidas. La primera, tendrán que pagar sus atrasos fiscales, y eso de inmediato.

Los magnates cruzaron miradas de un cubo de cristal a otro y yo adoré a mi profesora: les estaba metiendo la mano en los bolsillos, muy cerca de los cojones.

—Con ese dinero, señores, amigos —Irene—, podremos proveer a los más necesitados con un Ingreso Mínimo Vital. Una ayuda que les garantice a los desempleados y a los trabajadores informales la comida diaria de su familia y un techo bajo el cual dormir.

Por fin, Irene tenía la fórmula para subsidiar a los más necesitados: que el dinero lo pusieran los

extremadamente ricos.

—La segunda medida que les impondré —siguió Irene— es esta. Quedarán prohibidos los despidos de las empresas durante un semestre.

—Ah no —Schneller en su micrófono—. Eso no. Meterse en nuestras nóminas nunca. Yo tengo que tomar medidas drásticas en mis empresas: tengo que despedir al menos a una tercera parte de mi planta de personal, y si el gobierno me lo impide, voy a cerrarlas.

—¡Señores, amigos! —Irene embroncada—. Tendrán que soportar una disminución de sus ganancias, es lo que les estoy anunciando, y eso a cambio de los muertos que pondrá la población para que ustedes sigan produciendo dinero.

El presidente apareció entonces en el pasillo de vidrio que conducía al cubículo central. Venía en mangas de camisa, el saco sobre un brazo, y sin tapabocas. Otro héroe que daba al virus sus agujeros faciales por donde entrar.

Desde dentro del cubo central de vidrio saludó con la mano en alto.

—Sigan —su voz apenas se escuchó, interceptada por los cristales—. Siga secretaria, no se distraiga por mí.

Irene lo dijo al micrófono:

—Gracias señor presidente. Estoy convocando a nuestros amigos a un pacto entre sus consorcios y la administración pública.

—A un pacto no, secretaria —Schneller en su micrófono—. Nos ha convocado a un atraco a campo abierto.

—Ingeniero Schneller —Irene mordiendo las palabras—, somos un gobierno de izquierda y eso se tiene que notar: nuestra fidelidad es primero con el pueblo.

Hugo golpeó con una uña su micrófono. Se inclinó para decir:

—Yo tengo una contrapropuesta, señor presidente. Mi opción es la más simple y la más barata posible para el Estado y para nosotros.

El presidente adelantó su silla para contestar al micrófono de la secretaria:

—Te escuchamos, Hugo.

—Abrimos la economía el próximo lunes.

No dijo más.

La Tortuga:

—Abrimos la economía el lunes ¿y qué más, Hugo?

—Y nada más, compadre. Abrimos el lunes y ya está, no hacemos nada. Abrimos y dejamos que la Naturaleza tome su curso, presidente. Que mueran los que tienen que morir, del virus o de hambre o de una bala que se disparen en la sien o de lo que vayan a morirse. Y dejamos igual que la economía siga su curso natural: que quiebren las empresas que deben quebrar. Si no son capaces de generar valor en la nueva normalidad, que se jodan, se lo merecen por ineptas. Nadie va a extrañarlas.

Schneller puso un cigarro eléctrico en sus labios. Jaló vapor, lo expiró.

—Señores. Amigos —Hugo imitó burlón la fórmula verbal de la Irene—. Parece ser que solo yo entiendo lo que nos dice este virus. Vengo a podar de su especie las ramas que tienen plaga, es lo que nos dice. El virus es el gran podador de nuestras debilidades y deberíamos levantarle un monumento en el zócalo del país.

El viejo y voluminosos Segura lo dijo a su micrófono:

—Querido Hugo. Qué bueno que tú no nos gobiernas, porque harías de nuestro país un desierto.

—¿Te parece? —Hugo.

—O una enorme plantación de esclavos, que ese debe ser tu sueño secreto. Un empresario debe cuidar algo más que sus bolsillos. Como la secretaria bien dijo,

somos responsables en la medida de nuestro poder económico. Y también me parece que tú deberías bajarle a tu soberbia tres rayas. Acá todos sabemos quién eres.

—¿Quién soy, admirado compadre Segura? —Hugo.

—Un bandido.

Segura tomó aire y durante unos segundos pareció que los vidrios de todos los cubículos iban a desplomarse.

—Y algo peor, un asesino —Segura dejó caer esa piedra—. Mientras nosotros cerrábamos nuestras empresas para salvar vidas, tú has mantenido abiertas las tuyas, para aprovechar nuestra ausencia en el mercado, sacrificando quién sabe cuántas vidas: creo que no tienes la calidad moral de aconsejarnos nada.

Me puse en pie y grité:

—¡A la cárcel!

—¡Acá están las pruebas del genocidio! —Ernesto Vidaurri alzó con ambas manos su computadora en su cubículo de vidrio.

Un tropel de guardaespaldas entró al cubículo del Grupo y uno le agarró con una mano grande la nuca a Hugo y murmuró:

—Estás preso HDP.

Mentira: nada de eso ocurrió: yo solo entrelacé las manos sobre mis muslos y fijé la mirada en Vidaurri: en su cubículo de vidrio, silencioso ante su micrófono, debía saber que tenía en su computadora el extenso mapa de un genocidio.

Hugo se había enfriado: esa era la temperatura de su ira más profunda. Dijo sonriendo:

—Vamos a ver qué tan pendejo soy, Francisco.

Me sopló a un lado:

—Barras de inicio de año y de hoy.

Tecleé en su computadora, que conocía tanto como la mía. En la gran pantalla que ocupaba una pared

aparecieron las barras de ingresos y egresos del consorcio.

—Estas son mis cuentas de enero de este año —Hugo—. Por favor obsérvenlas con cuidado, señores.

Luego de un minuto en que los empresarios las estudiaron, Hugo me hizo una señal y las cambié por las barras actualizadas al día de hoy.

La barra azul de ingresos era altísima.

—Y estas son mis cuentas al día de hoy —Hugo—. Notarán que en estos meses de pandemia he tenido un crecimiento del 74%. Eso mientras tu barra de ingresos, querido Francisco, cayó 35%, en lo que ha sido el peor trimestre de tu vida.

Otra vez Hugo desenganchó su bolígrafo de la bolsa de su pecho y con el bolígrafo señaló las barras:

—Eso ven los inversionistas cuando piensan en mí: mis barras: no les importa ni mi prestigio ni los rumores que me rodean. Y a estas barras están reaccionando de forma muy entusiasta —cliqueó la tapa del bolígrafo: clic clic—. ¿Te asomaste hoy a mi cotización en la bolsa, Francisco?

Fue Vidaurri quien respondió:

—Sus acciones están revaluadas 65% más altas que hace un año.

Puse en la pantalla la cotización de la bolsa: en efecto, 65% más altas.

—Y para colmo de felicidad —Hugo cliqueó el bolígrafo: clic clic—, ¿quién es el dueño del 72% de las acciones del Grupo Alfa? —clic clic clic.

—Tú eres —Vidaurri a punto de cantarle una loa.

—No sé tú, presidente —clic clic—, pero yo en materia de economía —clic clic— escucharía al empresario más exitoso y no a un octogenario que ha perdido sus reflejos de lucha y dedica toda su energía a morirse de miedo de morirse —clic clic clic— o a una profesora de universidad —clic clic— que en su puta

vida ha regenteado un negocio, así sea un minisupermercado.

La Tortuga intervino entonces, acodado ante el micrófono, la cabeza adelantada, en efecto, como la de una tortuga:

—¿Cuántas muertes —preguntó despacio— te parecen aceptables por la recuperación de cada punto del Producto Interno Bruto, Hugo?

El presidente se espabiló, interesado.

—Lo digo en serio —la Tortuga—, si abrimos la economía el lunes, como propones, sin que el gobierno tome ninguna precaución para con los trabajadores, te pido que calculemos, acá todos juntos, los muertos por cada punto del PIB que remontaremos. ¿Cuántos muertos estamos dispuestos a poner?

Irresistible para mi mente calculadora: hizo números, considerando la tasa de letalidad del día en el Grupo, que ahora podría generalizarse a una población sin ningún tipo de resguardos, y se lo soplé al oído a mi jefe.

Hugo lo repitió al micrófono:

—30 mil muertos por cada punto del PIB es una estimación bien informada.

—Mi proyección es distinta —Segura—: 40 mil muertos por un punto del PIB.

No entiendo muy bien por qué, fue en ese momento en que algo en mi cuerpo, un nudo sobre mi omóplato izquierdo, se desanudó, y seguí escuchando aquella subasta de muertos con enorme calma.

—Posiblemente 35 mil muertos por un punto del PIB —Schneller.

—¿Y a esa estimación optimista cómo llegas? —la Tortuga—. ¿Promediando lo que yo digo con lo que dice el Hijo de Puta nacional?

Y en ese momento se me aflojó una tensión en la garganta y al fondo de cada oreja mis tímpanos hicieron

chac: como cuando uno emerge del agua y los oídos reacomodan su presión interna: entonces sencillamente dejé de escuchar las palabras y los números, y escuché solo las voces.

Ahí estaban los dueños económicos del país lanzando la voz al aire como una orquesta de instrumentos de aliento.

El presidente como una flauta trasversa:

—Sssssssss.

Segura como un trombón cansado y grave:

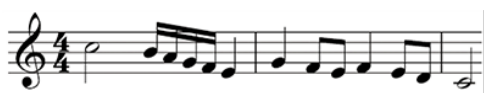
—Ssss, ssss.

Hugo con potencia de trompeta:

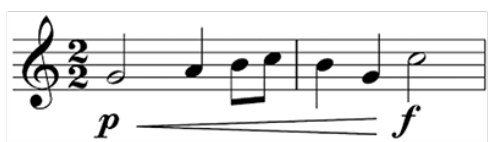
—sssssssssssssssssssssss.

Expelían aire por los labios móviles: más bien modulaban en los labios el aire que expelían, y si yo fuera música, usaría acá la notación musical para cifrar aquellos soplos:

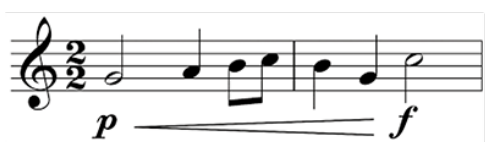
Hugo:



Segura:



El presidente:



Me alcé de la silla giratoria.

Al salir al vestíbulo de los elevadores, solo alcancé a

distinguir una frase del trombón fatigado que era Francisco Segura:

—El problema somos nosotros, este puñado de viejos que quieren acumular más y más y más y más, sin que nadie sepa para qué.

Me faltaba una sola cosa que hacer en el territorio del Grupo Alfa y me encaminé a cumplirla.

19
El buen adiós

1

—Buen día, doctora —me dio la bienvenida el nuevo gerente de lo que había sido hasta hacía unos días el Crematorio Galindo.

El recién remozado y reequipado crematorio, ahora renombrado como El Buen Adiós Alfa, ocupaba el casco de ladrillo rojo de lo que hace un siglo había sido una refinería de azúcar, del otro lado de las montañas verdes que circundaban la ciudad. De cinco chimeneas cilíndricas surgían cinco columnas de humo negro, que lenta y suavemente se dispersaban contra el cielo perfecto de esa mañana.

—Por acá —el gerente, un hombre grande y amabilísimo, como un oso amigable, con una escafandra de buzo y en un traje negro, me condujo dentro del estacionamiento para que viera la descarga de cadáveres.

Los camiones rotulados en los flancos con la leyenda

Alkosto
Más barato imposible

se aparcaban y hombres en monos blancos y escafandras abrían sus compuertas posteriores, para

sacar largas y estrechas cajas color canela, con el logo del Grupo al centro de latapa

y llevarlas al interior del crematorio.

Lo he contado antes. Cuando el Grupo requería de un servicio en una cantidad considerable, prefería abrir una nueva empresa que se lo procurara: de esa forma, además de facturarse internamente, adquiría otro servicio vendible.

Así había nacido Titanio Seguridad Alfa. Así había nacido Alfa Play, servicios de internet. Y así vino a nacer en la pandemia el crematorio El Buen Adiós Alfa.

De por sí un crematorio era un negocio saludable ahora que la economía se reabriría: el índice de letalidad ascendería, era inevitable, y los crematorios existentes no tendrían capacidad de atender la demanda.

—Si me hace el favor, doctora —me indicó el oso trajeado y con escafandra, y pasamos al interior del edificio.

El ambiente era el de una fábrica moderna y limpia, olía a cloro y debajo del cloro se distinguía el olor a gas.

—Trabajamos 3 turnos para cubrir las 24 horas —presumió el oso—. Eso mientras la competencia solo funciona 2 turnos diarios. Por acá —volvió a indicarme al abrir la puerta de acero que daba a la cámara de los muertos.

Aquello era un cementerio en anaqueles: sobre anaqueles blancos que llegaban al techo, 30 metros arriba, las cajas precintadas de cartón color canela esperaban su turno.

—Y por fin, bienvenida al cerebro —el gerente, visiblemente orgulloso, me abrió la puerta al cuarto de controles.

En cinco pantallas se registraban cinco cámaras de

cremación y ante un tablero un operador pulsaba botones y atendía pequeñas pantallas con números digitales.

—Un solo operador —presumió el gerente—. Es el equipo más automatizado del mundo.

Me fijé en una pantalla: ahí una jovencita en pantalones y camiseta rosas avanzaba sobre una banda transportadora de plástico, las manos cruzadas sobre el abdomen, los pies descalzos, el rostro sereno y liso.

—¿Por qué no está en una caja? —pregunté.

El oso trajeado le preguntó al operador:

—¿Por qué?

El operador lo miró asustado:

—No sé, señor.

—Un accidente —se disculpó conmigo el gerente, visiblemente perturbado—. Los muertos por covid deben ir en una caja sellada, para evitar el contagio.

—Está bien —lo tranquilicé—. ¿Qué más da otra docena de trabajadores contagiados?

El gerente me observó con fijeza. Y de pronto decidió cambiar de tema:

—Eso sí, solo cremamos un cuerpo a la vez, eso por humanismo.

Me llamó la atención la expresión: por humanismo. La expresión correcta debería haber sido: por humanitarismo. En todo caso, ya en tiempos poshumanistas, la cremación en solitario sería un lujo apto solo para los muy ricos y los otros seríamos cremados de cien en cien, sin humanismo.

—Ahora observe —el gerente señaló a la joven muerta—: la entrada al horno tiene que ser muy rápida, para que no pierda temperatura.

La banda con la hermosa adolescente se movió rápido al tiempo que unas compuertas se abrieron: el cuerpo entró al horno: el fuego lo envolvió con un rugido y las compuertas se cerraron.

—Tan tan —dijo el gerente—. Así acaba el proceso.

Y ahí desaparecía el rastro de la Cifra X.

2

En un patio amplio esperaban los deudos de los difuntos sus cenizas. Solo se le permitía la entrada a un deudo por cada difunto.

—Alberto Domínguez Pascual, Banco Alfa —una voz sonó metálica por el altavoz del patio repleto de los familiares.

Entramos al almacén a la par que la viuda de Alberto Domínguez, una señora vestida en vaqueros y camiseta negra, con un *ticket* en la mano.

Un almacén fabril: un largo mostrador de acero, con dependientas en monos blancos y escafandras, y tras ellas anaqueles hasta el techo llenos de cajas color rojo, del tamaño de las cajas de zapatos.

Le pedí a una de las dependientas los restos de Mariana Santos Ángeles. La dependienta se admiró:

—¿De verdad ese es el nombre de su fallecida?

—De verdad —dije.

—¿Trae usted su *ticket*? —me preguntó.

Negué con la cabeza. El director le indicó con un ademán que siguiera el trámite.

—¿Trae un comprobante de su vinculación familiar?

—No —dije.

—¿Está segura de que su difunta se encuentra acá con nosotros?

—Si no han pasado por ella sus familiares —dije—, acá debe estar.

Otro ademán del director para que se me facilitara el trámite.

—Son 2 832 pesos —la dependienta.

Le entregué mi tarjeta del Grupo y eso hizo que la

dependienta agregara:

—Si usted es del Grupo lleva un 10% de descuento y puede acceder a una oferta especial. 10% de descuento extra si paga otra cremación.

—Qué amable —le respondí—. Pero no tengo otro muerto que cremar, gracias.

—Puede dejar pagada otra cremación —me ofreció —, para cuando se muera otro familiar.

—De verdad no gracias —repetí.

La dependienta le cobró al Grupo la cremación de doña Mariana y fue por las cenizas. Me vidié con el celular diciendo:

—Acá estoy recogiendo a doña Mariana vuelta polvo.

Y envié el mensaje a la Furia.

O eso quise. Junto al mensaje apareció una palomita, señal de que el mensaje había sido enviado, pero a la palomita no se añadió otra palomita, señal de que había sido recibido en otro aparato.

Le había enviado ya un ciento de mensajes a la Furia, que nadie recibía ni leía.

La Furia estaba en un lugar sin servicio de internet o, más probable, había apagado y tirado en algún terreno baldío su teléfono, para no poder ser detectada por el Grupo.

Un minuto después la dependienta me entregó la caja roja, con el logo del Grupo en la tapa:

En una etiqueta bajo el logo constaba:

Mariana Santos
Corporativo

Y luego me entregaron otra caja, una caja pequeña,

del tamaño de una cajita que guarda un jabón para manos, también roja, también con el logo de Alfa y con una inscripción en una etiqueta delgada y corta:

Joyas

La destapé para descubrir sobre algodón blanco una medalla de oro de la Virgen de Guadalupe. La misma de la que la Furia me había contado:

—Entonces doña Mariana, en la oficina del gerente del corporativo, se agarró con dos dedos la medalla de oro de la Virgen y se resignó a seguir yendo a trabajar.

3

En la puerta del departamento de doña Mariana toqué el timbre. Toqué luego la puerta con los nudillos.

Ninguna respuesta.

Al golpear la puerta con la palma abierta, la puerta, desatornillada de sus goznes, cayó hacia dentro, en el piso de cemento.

La pequeña sala, inundada de la luz dorada del mediodía, estaba vacía, a no ser por una mesa y dos taburetes, y en el pequeño cuarto de baño, ahora sin puerta, no había nada, ni el lavabo ni el retrete.

Habían vendido cada mueble, pensé.

Por el hueco cuadrado que ocupó algún día una ventana asomó una silueta: por el contraste con la luz se veía como una sombra negra.

—¿Los viene a buscar? —preguntó la sombra—. No los busque. Fenecieron.

Me extrañó la anticuada expresión: *fenecieron*.

—¿Cómo? —yo, abrazando contra mi abdomen la caja roja con las cenizas de doña Mariana—, ¿se murieron todos?

—Todos —la sombra—. Doña Mariana, el esposo, la hija, el nieto. Se fueron infectando y asfixiando y muriendo. Ya ve qué obedientes eran todos ellos.

En un parpadeo se me inundaron los ojos.

Para eso lloramos: para nublar una realidad insoportable.

Dije:

—Traigo las cenizas de doña Mariana.

—Déjelas en la mesa —la sombra— para que se las lleve el aire.

Me pareció una buena idea. Volqué en el mantel de plástico de cuadros rojos y blancos la ceniza.

Ahí se quedó doña Mariana, para que se la llevara poco a poco el aire.

4

Los zopilotes habían bajado de la azotea y habían colonizado el extenso patio de pasto quemado del multifamiliar. Una muchedumbre de pajarracos negros y feos que graznaban, y de un brinco saltaban dentro de alguno de los cientos de retretes blancos abandonados a la intemperie.

—Los vecinos los quisieron vender —me informó la sombra.

Otra vez a contraluz del cielo, no le distinguía más que la silueta.

—Pero no llegaron compradores —dijo.

Alcé la vista.

En las cuantas ventanas de los pequeños departamentos del conjunto habitacional, muy quietas y empañadas con polvo, se reflejaba el sol de ese mediodía.

—¿Y qué pasó con los vecinos? —pregunté—. ¿Se fueron todos?

—Sí —respondió ese rostro sin rostro—, se fueron al Más Allá. Se los comió la Muerte. Los fue contagiando doña Marianita, ya ve qué amigable era la señora.

5

Los pájaros empezaron a escapar de la ciudad antes que yo.

Huían en largas parvadas que avanzaban aleteando en el cielo durante el día y la noche. Una tribu de aves sucedía a la siguiente y a ella la sucedía otra tribu, volando por encima de las montañas verdes, en aquel cielo nublado de octubre, un cielo de nubes grises y bajas.

Las fábricas, los comercios, los restaurantes, los mercados se habían ido reabriendo, bajo el signo de un semáforo de lógica hospitalaria: si no quedaban ya camas en los hospitales para gente que se asfixiaba, estaba en rojo; si quedaban camas el semáforo cambiaba de color.

Ahora estaba en naranja: quedaban supuestamente unas cuantas camas disponibles.

Y como si la meta fuera llenar las camas de los hospitales, la ciudad se había reabierto completamente.

El tráfico de vehículos inundaba otra vez las calles y las avenidas, y los pájaros se fugaban del aire que de nueva vuelta era espeso, un tizne invisible volviéndolo trabajoso.

En el taxi que me llevaba al aeropuerto, iba mirando a las parvadas por la ventanilla: escapaban en la misma dirección por la que yo escapaba también de ese aire humoso, y en la radio, prendida a todo volumen, sonaba el informe de la autoridad sanitaria:

—La paulatina vuelta a las labores avanza de forma excelente —la voz metálica—. El índice de letalidad se

mantiene estable en el 0.8.

Qué importaba ya lo que dijera la autoridad sanitaria. Para entonces todos sabíamos que mentía en cada anuncio: el índice de la letalidad era al menos tres veces mayor al que se declaraba y el número de contagiados y muertos era también varias veces mayor que la cuenta oficial.

La verdad era que la economía se había reactivado cuando cada 2 minutos moría una persona. En un par de semanas moriría una persona cada 60 segundos. En otro par de semanas, cada 30 segundos.

El criterio del Grupo Alfa regía: la salud de las sacrosantas cadenas de la economía prevalecía sobre la vida de las personas.

—Y hoy —anunció la voz metálica en la radio— se abrieron otros cien mil puestos de trabajo y el desempleo disminuye con un índice del 4.5% mensual.

Yo dudaba de esa cifra también. Millones de empresas medianas y pequeñas habían sido ya clausuradas y en consecuencia millones de empleados y obreros habían perdido el empleo formal. Gran parte no volvería a tener un trabajo fijo al menos en un lustro. Los muy ricos se volverían más ricos, los pobres serían más y más pobres y los desechables serían un percentil más grande.

También de esa tragedia en curso era de lo que yo me fugaba.

De esa lenta y segura aglomeración del sufrimiento.

De la ingrata lucha por los mendrugos de bienestar que vendría. Demasiado poco que repartir entre demasiados.

Aspiré hondo el aire pesado, para inflar mi pulmón disminuido, y exhalé despacio: me dolía en los pulmones mi ciudad.

Mi pobre ciudad.

Mi amada ciudad abandonada a la voracidad de un

virus asesino.

A mi vera los automóviles avanzaban parachoques contra parachoques: me parecieron tristes ataúdes con llantas, en vía a la ceremonia fúnebre de un trabajo que mata el tiempo a cambio de dinero.

Yo la catastrófica.

Tosí.

Y el taxista me miró con terror por su espejo retrovisor.

Tosí otra vez. Y otra. Eso es toser: el cuerpo tratando de expulsar de sí el aire tóxico.

Cuando dejé de toser quise tranquilizar al chofer, que seguía viéndome en su espejo retrovisor:

—No estoy contagiada. Ya tuve el covid, soy inmune y no puedo ser portadora del virus.

—Qué bueno —dijo el chofer— y apretó con ambas manos el volante.

Los dos mentíamos. Según los médicos habían descubierto, la enfermedad no creaba una inmunidad eterna: yo sí podía haberme vuelto a contagiar y sí podía estar portando el virus. Y el taxista mentía a su vez su amabilidad.

Esa era otra víctima de nuestro fracaso colectivo: el lenguaje: habíamos ido deshilvanando al lenguaje de la tela de la realidad y ahora el lenguaje era solo un hilo suelto, un ruido sin sentido, aire caliente ondulando en el aire, y nosotros, los primates habladores, éramos juntos la horda de los descreídos y los mentirosos.

El taxi se hundió en la oscuridad de un túnel saturado de olor a gasolina y claxonazos.

6

Imagino el epitafio sobre la lápida de mármol blanco de mi tumba.

ENFRENTÓ SOLA Y VALIENTE AL SISTEMA.
COMO SALIÓ DERROTADA,
SE FUE DE VACACIONES,
PERPETUAS,
AL MAR.

20
Lo que esconde la transparencia

1

La intrincada celosía de sonidos en el manglar al amanecer. Las garzas blancas en las ramas más altas intercambiando saludos. Un renglón abajo, los pericos verdes y las cacatúas. Un renglón abajo los mirlos. A ras de la ría verde los grillos y las cigarras.

Moví despacio el timón de la lancha para desviarme por la vertiente donde el agua iba volviéndose rosa y luego del color de la sangre, rojo espeso, bajo un techo curvo de ramas entrelazadas.

Caminé entre la tupida vegetación de plantas rojas, rosas, naranjas y moradas, la maleta deportiva a la espalda, los tenis hundiéndose en el acolchado piso de hojas caídas al lodo, respirando el bendito aire cargado de humedad y clorofila.

Nunca había notado tantos colores dentro de la gama de lo que llamamos, con una simpleza abismal, color verde. Ni nunca había notado el bordado del moho subiendo por los troncos.

Tenía ojos nuevos: ojos no colocados en la mirada tensa del animal depredador que busca adelante una ganancia: tenía ahora ojos relajados en la mirada del animal tranquilo, que no teme.

En el búngalo, lo primero que distinguí, al pie de la

cama, fueron las botas vacías de la Furia.

Me llenaron de júbilo.

En la playa de arena blanca estaba ella. De pie y sin ropa, las piernas separadas, quieta ante el mar verde azul, un libro sostenido ante los ojos.

La vida sexual de los pulpos.

Le besé en el cuello la lagartija verde y bajó el libro.

Juntamos las frentes y nos quedamos así, respirando una el aire de la otra.

Luego, en el patio, sentadas en dos sillas de palo, le entregué la cajita de cartón rojo.

La destapó y extrajo de entre los algodones blancos, levantándola por la fina cadena de oro, la medalla de oro, del tamaño de una moneda de 1 peso, de la Virgen de doña Mariana.

Le cerré tras el cuello el diminuto broche de la cadena, volví a ponerle un beso en la lagartija verde y volví a sentarme de cara al mar.

Habíamos perdido la guerra contra el grandísimo Hijo de Puta, esa medalla era la prueba, y no había nada que decir. Y sin embargo ella dijo:

—¿Y los muertos?, ¿quién paga esa cuenta?

—Olvida esa cuenta —respondí—. Quién sabe cuántas cuentas de muertos existen que nadie nunca ha pagado.

Un pelícano se clavó en el mar y reemergió impulsándose con las alas y con un pez rojo e inquieto en el pico.

2

El Centro de Investigaciones Oceanográficas era un grupo de casitas blancas y cúbicas diseminadas ante el mar, a lo largo de una franja de un kilómetro: como si de la palma de una mano gigante hubieran caído al azar

veinte cubitos de azúcar.

Desde la distancia alcanzamos a distinguir, en la hierba alta entre un cubo de azúcar y otro cubo, una veintena de personas, algunos adultos en pantalones cortos, otros niños, cada cual con tapabocas y guardando la distancia con los otros.

Al Corazon habían vuelto los científicos y cada uno había traído a su búngalo a su pareja y a sus hijos, algunos a sus padres también, para apartarlos de las cadenas de contagio de los centros urbanos.

—Ojalá no lleguen demasiados —dijo la Furia—. No vaya a ser que inventen acá otra ciudad.

—Mierda —murmuré de solo suponerlo.

Sofía se encontraba a un lado de un cubo, entre nopales verdes y otras personas recién llegadas a la isla.

De nuevo en pantalones y camisa blancos, con el pelo blanco en un chongo, y como siempre descalza: desde lejos nos saludó poniendo un beso en su palma y soplándolo hacia nosotras.

—Nos invitó en la noche a cenar en su búngalo —dijo la Furia y me tomó de la mano.

3

Dentro de un cubo, en una luz azul y nocturna, las peceras iluminadas, de piso a techo, formaban pasillos.

Dentro de cada pecera había un minúsculo paisaje submarino, formado con piedritas de colores, un racimo de algas negras ondulantes en el agua, un arbolito de coral rojo.

Y en cada uno había, esquinada, una caracola cortada por la mitad.

En una pecera, de la pared superior de concha nácar de la caracola pendía un racimo como de uvas pasas blancas. Eran huevos de pulpo.

Más adelante, de la caracola cortada a la mitad, pendía un racimo de huevos ya grandes como uvas, y translúcidos.

—Ven —la Furia me llamó al final de un pasillo.

Me asomé a la pecera que me indicaba: de una uva translúcida estaba emergiendo, muy despacio, un pulpo minúsculo y rosa, con diminutos puntos negros.

La Furia observaba con ojos de felicidad el nacimiento.

En las siguientes peceras, o como las llamaba la Furia: incubadoras, los minúsculos pulpos alargaban los brazos y luego los reunían, para nadar. Misteriosas flores nadadoras de carne rosa.

—¿Sabes cuánto crecen cada día? —la Furia.

—Ni idea. Tú dime.

—18 gramos al día. Y cuando ya pesan un kilo y medio, aumentan 180 gramos al día, en promedio.

Eso es productividad, pensé, y rápido calculé: en un mes pesarían 4 kilos y medio.

La Furia empujó con ambas manos una puerta de acero.

Salimos al aire abierto: sobre la playa blanca y ante el mar había unos tanques circulares. Piscinas de 20 metros de diámetro.

—Mira —dijo la Furia.

Se quitó la ropa y se metió desnuda a una piscina y desapareció bajo la superficie del agua.

Emergió del agua cargando un pulpo considerable en ambos hombros y abrazado a su torso por tres brazos: un pulpo negro, que en un instante se volvió azul turquesa.

—¿No es un prodigio? —la Furia con una alegría que ya volvía su nombre una contradicción.

¿Para qué inventamos ángeles, pensé, si existen los pulpos?

4

La historia de los pulpos del mar Caribe era esta.

Durante el siglo 21, seis sucesivos huracanes habían barrido del fondo oceánico la flora y lo habían convertido en un desierto de arena blanca y plana.

Eso había vuelto a la fauna muy escasa, casi inexistente. Los pulpos, en particular, habían desaparecido por completo.

La investigación de Sofía y su equipo se centró en descubrir el porqué más preciso de esa desaparición de los pulpos: ¿qué era lo que necesitaban para existir y reproducirse y que ahora no tenían?

Primero lograron reproducir a los pulpos en cautiverio. Una primicia en la acuicultura, que tardó en lograrse largos cinco años, y cuyo método fue dispersado por los científicos de Sofía en las granjas criadoras de especies marinas de las costas, y que regresó a los pulpos a los menús de las marisquerías.

Pero el interés de Sofía no era reproducir pulpos en cautiverio, para venderlos luego, y que se cortaran en pedacitos y se sirvieran en cocteles con cátsup y terminaran en las bocas de los primates habladores.

Ese ciclo no era de su interés.

Sofía quería repoblar el mar Caribe con pulpos, para propiciar el resurgimiento de ecosistemas vivos bajo sus aguas. Otra vez la pregunta era: ¿qué necesita un pulpo hembra para desovar en el fondo del mar?

Sofía creía haber descubierto ese eslabón faltante en el ciclo reproductivo de los pulpos: lo que no tenían en el fondo desértico y plano del Caribe eran recovecos: oquedades: huecos, en cuyos techos colgar sus racimos de huevos.

Tan simple.

Luego entonces, lo necesario era proveerles a los pulpos hembras esas oquedades: fabricar caracolas

artificiales para regarlas en altamar. En los techos de las caracolas podrían colgar los racimos de sus huevos.

—¿Por qué no caracolas naturales? —pregunté.

—Se necesitan millones de caracolas —la Furia.

La idea era pues fabricar caracolas de material no tóxico, que pudieran ser colonizadas por la flora marina que surgiría del agua.

—¿La flora que surgirá del agua? —repetí la frase: aquello
sonaba ya místico.

—De la transparencia del agua —dijo la Furia, los ojos negros brillantes—: de ahí saldrán primero las bacterias, y en donde hay bacterias otras especies surgen. Algas. Corales. Luego peces pequeños y luego grandes.

Esa era la gracia de descubrir el eslabón que falta en un proceso de vida: al colocar el eslabón, el proceso empezaría a girar otra vez, todo el trabajo a cargo de la vida.

5

De la transparencia del aire había venido el meteorito microscópico y asesino y de la transparencia del agua podría surgir la vida.

La idea no me dejó dormir: me mantuvo despierta en la cama del búngalo, hasta la madrugada.

Colocando el eslabón que falta, un proceso de vida empieza a girar y a reproducirse por sí mismo.

Otra idea que me hacía girar sobre las sábanas.

Eran ideas no solo bellas y generosas, eran verdaderas. Reales. No eran ideales por los que luchar, hechos del vapor de las palabras. Vaya, no eran filosofía: eran fisiología de la vida.

Cifraría la economía de los ciclos naturales: lo que Marx había hecho por el mundo industrial, lo haría mi

generación de economistas con la Naturaleza: me dormí sintiéndome bendita de tener un futuro.

6

En la incierta luz del amanecer desperté. Tenía en el celular 15 llamadas, todas de personas del Grupo. Y un largo mensaje de audio de Benjamín.

Hugo tosía, esa era la emergencia.

Una tos seca, árida, que le había comenzado a la caída de la noche.

—Está enfermo de coronavirus —la voz del heredero.

Me moví al patio, para no despertar a la Furia y seguir escuchando la grabación.

Hugo de inmediato había adivinado quién le había contagiado el virus: su maldita esposa Cristina, que en la plataforma de despegue del *Falcon 9* había corrido de celebridad en celebridad, para respirar el mismo aire que la fama.

Hugo había desbaratado a patadas el hospital que el doctor Roth armó en su departamento, para cuidar a Cristina, y al doctor lo corrió a gritos, por pendejo.

A medianoche, tranquilizado, decidió que sus síntomas serían ligeros. Apenas los que ya tenía. Ese mareo. Esa tos ocasional. Esos ojos lagrimosos. No más.

Y en la biblioteca blanca tomó asiento ante la computadora. Si ya estaba enfermo, le sacaría alguna ganancia a su estado. Le serviría para acercarse a la gente y que lo quisieran. Se mostraría vulnerable: humano: mortal: lo abrazarían como a un prójimo. Sería una hermosa reconciliación.

Abrió su cuenta de Twitter y dio al país la triste noticia de que era víctima del puto bicho. Terminaba el mensaje con dos oraciones.

Seguiré trabajando con ánimo desde casa. Al fin, todos terminaremos por enfermarnos, los del pico y los de la base de la pirámide…

En un instante fueron apareciendo las réplicas.

Dios sí existe.

Karma karma karma karma karma karma.

Ojalá la ñonga se lo lleve al infierno, #HDP, ahí te esperan tus trabajadores.

Capitalismo es creerse un ser humano y descubrir que no, solo eres la base de la pirámide.

Mentira #HDP q todos tengamos que enfermarnos ni q fueras el Diablo.

El milésimo tuit sí era cordial:

Admirable la valentía con que el gran emprendedor enfrenta la desdicha del virus. Cero drama y absoluta entereza. Ejemplar.

Era un tuit enviado por Mucamo.

Al amanecer, los ojos inyectados de sangre, en una pijama a rayas blancas y grises, en la estancia de las pantallas con las barras rojas y azules, sin aliento y entre ráfagas de tos, Hugo amedrentó a su séquito de directores.

—Si yo no me curo —toses—, les digo lo que hará con ustedes mi heredero —toses—. Guardarlos en un asilo de ancianos —toses—, pendejos.

Los ejecutivos no respiraban ante el regaño, para no absorber el rocío con que Hugo envenenaba el aire.

—¿Qué esperan, zánganos? Muévanse pendejos —gritó Hugo.

Se movilizaron a prisa para buscarle salvaciones.

El único que ofreció una sensata fue el Gordo Medrano: llamó al secretario de Salud de Alemania, para pedirle que enviara a la ciudad a su mejor experto en la enfermedad.

El secretario a cambio lo refirió al hospital que en nuestro país tenía el mejor historial de sanaciones. Era el Hospital de San Jacinto, en el centro de la ciudad, un

hospital dirigido por la neumóloga Claudia Lagos, mi hermana.

—Perfecto —se calmó de golpe Hugo.

Así todo quedaría en familia.

Pero Claudia se negó a abandonar el hospital de San Jacinto por un paciente. El Gordo le ofreció una fortuna, Claudia le colgó el teléfono.

—Por eso te llamo a ti, Valeria. Convence a tu hermana —me rogaba Benjamín en su mensaje de voz.

La Furia se había sentado en una de las sillas de palo frente a mí.

—Convéncela —sopló también ella, tomó con dos dedos la medallita de la Virgen y me la mostró.

Le llamé a Claudia e intenté convencerla y ella contestó con un *No* seco.

—¿Por qué voy a dejar mi hospital por un homicida de pobres?

La Furia silabeó ante mí:

—Hazlo por mí.

Repetí al teléfono:

—Hazlo por mí, Claudia.

Claudia accedió:

—Está bien. Que lo traigan al hospital, es todo lo que puedo hacer.

Y fue así como una mañana del otoño de aquel año fatal del 2020, el malévolo Hijo de Puta llegó al hospital que dirigía mi hermana, quien lo odiaba con un odio acerado, puro y filoso como un bisturí.

7

—No vuelvas a la ciudad —le pedí a la Furia, pero ya estaba vestida en sus fatigas y su camiseta negras.

—Acá estamos bien —le recordé mientras sentada en el borde de la cama se amarraba las agujetas de sus

botas de policía.

Luego se envolvió al cuello, vuelta tras vuelta, la larga cinta de licra negra.

En el embarcadero de madera, bajó a la lancha del motor fuera de borda.

La vi irse por el agua roja como la sangre, la mano en la manija del timón, las frondas entrelazadas arriba, formando el techo curvo de un túnel vegetal.

21
La vida en Marte

1

Como un pez que fuera del agua se asfixia, Hugo cruzó el gran quicio de la iglesia de San Joaquín boqueando. Un brazo sobre los hombros del Gordo Mendoza, el otro sobre los hombros de Agustín, su fiel valet personal.

Lo ingresaron de inmediato a la unidad de Urgencias, a la derecha del pórtico del templo, donde un par de enfermeros en monos blancos y escafandras lo colocaron en una camilla con ruedas, que empujaron para abrir con su extremo un par de puertas batientes.

Le quitaron la camisa, lo pararon detenido entre ambos enfermeros ante una máquina de rayos X, le colocaron un oxímetro en un dedo y una mascarilla de oxígeno en la cara, el ajetreo de la unidad girando a su alrededor.

Afuera del templo, junto al pórtico, el alto Gordo Medrano le habló hacia abajo a Aní, la menuda y bajita administradora del hospital.

—Estará en una habitación para él solo, ¿correcto?

—No hay habitaciones individuales —Aní respondió desde abajo del tapabocas—. Se lo advertimos.

—Entonces invente una. Pagaremos lo que sea.

Una sirena anunció el arribo de otra ambulancia: los enfermeros bajaron una camilla con una mujer que se

asfixiaba y en la entrada al templo hicieron a un lado al Gordo y a Aní.

El estado de Hugo ya era para entonces lamentable. Su oxigenación no alcanzaba el 70% de saturación y no subía a pesar de la mascarilla de oxígeno que le habían colocado: había perdido la movilidad del pulmón derecho, el otro trabajaba a jalones y el corazón se le inflaba y vaciaba a un ritmo irregular.

Lo depositaron en otra camilla que empujaron a la siguiente cámara, la llamada Cámara del Juicio: la sacristía donde la doctora Lagos decidía a quién intubar y a quién no.

La doctora Claudia Lagos, la gorra verde, el visor amarrillo, el tapabocas negro, el uniforme verde puesto sobre otro uniforme blanco, los guantes de látex azul, se volvió para hacerse cargo del nuevo paciente, mientras una enfermera le aplicaba una inyección intravenosa.

Colocada detrás de la cabeza del hombre, Claudia colocó la diestra en su frente y la echó hacia abajo, para que en la garganta se dibujara la laringe.

Fue entonces, aún con una mano en la frente del hombre, que lo reconoció: estaba ojeroso y demacrado y con una barba blanca de dos días, pero sí, era el hijo de puta más odiado del país.

Una enfermera le alargó el laringoscopio a la doctora Lagos: un largo aparato de metal. Otra enfermera le abrió la boca al enfermo y separándole las quijadas la mantuvo abierta.

Y mientras Claudia introducía la hoja plana y curva del aparato por la boca, cuidando de no dañar los dientes, se le ocurrió la idea más oscura que jamás había tenido en la vida.

La macabra idea se le repitió cuando entrecerró los ojos para sentir con claridad lo que hacía dentro de la garganta: con el extremo de la hoja curva de metal apartó primero la cubierta carnosa de la epiglotis y luego

ingresó la hoja por la apertura, para hacerla descender por la tráquea.

—Imagen —sopló.

Una enfermera encendió una pantalla: ahí apareció lo que la microcámara en la punta del laringoscopio capturaba: la bifurcación de la tráquea hacia los pulmones.

Fue entonces que Claudia acató la terrible idea.

Sacó de un tirón el aparato de metal desgarrando la epiglotis del paciente: un borbotón de sangre saltó por la boca abierta del HDP y la tiznó a ella y a las enfermeras, desde los visores hasta las envolturas de plástico de los zapatos.

—Una distracción imperdonable —se disculparía un año más tarde la doctora Lagos en un coctel de médicos—. Fue la falta de sueño. Llevaba despierta un turno de 30 horas.

—El síndrome de desgaste —el doctor Alegría diagnosticaría, parco.

—*The Burnout Syndrome* —asentirían a coro los médicos del coctel, chocarían sus copas de champaña y pasarían a otro tema.

Falso. Lo que sucedió fue distinto.

Claudia soportó estoica la lucha entre la idea homicida y los dedos firmes con que extraía muy despacio el aparato, para no herir ningún tejido del enfermo, el sudor perlándole la frente y rodando en hilos dentro de su visor, donde le mojaba los ojos abiertos a fuerza de voluntad.

—Qué suerte tiene este tipo —sopló al terminar de extraer la hoja curva de metal.

El paciente no necesitaba por lo pronto intubación.

—Pónganle un casco de presión positiva y llévense a este hijo de puta lejos de mí.

Su equipo se sorprendió del insulto, pero no demasiado, un cuarto de auxilios críticos no es un salón

de té. Tomaron el relevo con el paciente mientras la doctora Lagos salía de la sacristía.

En el cuarto de casilleros, la doctora se desvistió las capas de ropa, para quedar en la pijama verde de médica. Se colocó una escafandra de plexiglás y se puso un abrigo negro. Después de un turno de 30 horas, no sabía si encontraría en la calle el día o la noche.

Encontró una mañana nublada.

Abría la camioneta blanca Mercedes-Benz, cuando el padre Ortollani se le acercó por la acera.

—¿Te vas a descansar? —le preguntó.

Claudia soltó a llorar dentro de la escafandra.

Un llanto serio.

Estoico.

Largo.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó el sacerdote.

Claudia negó con la cabeza.

2

La plancha de cemento del zócalo de la ciudad se había convertido en el último palomar de las últimas palomas que no habían escapado de la contaminación urbana: un millar de palomas se movían a pasitos de segundero.

Ahí, entre los gorjeos y algún repentino aletazo, Aní y el Gordo, enfundados en abrigos, hablaron otra vez de la habitación privada.

—No es solo la comodidad —rogó el Gordo—. Es el secreto.

Él un señor de casi dos metros de altura, ella una mujer pequeña. Él con la coleta de gris blanco en la nuca, ella con el pelo blanco ondulado.

—Supuestamente mi jefe pasa su enfermedad en casa, porque no es severa. Si se filtra que está en un hospital, las acciones del Grupo Alfa se desplomarían.

Eso implica billones de pesos. ¿Ya lo entiende?

—La verdad —dijo Aní—, no. De cualquier forma nuestra directora prohíbe los privilegios. Y de los guardias que quiere a toda hora a su lado, igual olvídese.

Hugo había traído consigo una escolta de guardaespaldas,
para cuidarlo.

El Gordo extrajo del interior de su saco una chequera y sosteniéndola con una mano ante sus ojos, con una pluma en la otra mano redactó un pago exorbitante. Cortó el cheque y se lo entregó a la breve mujer.

—Le digo que es imposible —dijo Aní observando la cifra con infinita tristeza, aunque al regresarle el cheque añadió—: excepto si le pone otros dos ceros.

—Ah qué monja más astuta resultó usted —murmuró aliviado el Gordo y se puso a redactar otro cheque, la chequera ante sus ojos, la pluma fuente escribiendo.

—No soy monja —Aní—. Soy una voluntaria secular.

El Gordo cortó el cheque y se lo entregó.

—Un milagro —se alegró Aní y besó el cheque.

Esa cantidad alcanzaría para que el hospital funcionara otros 8 meses a plena capacidad.

3

Recién supo que la doctora Lagos se había ido a descansar, Aní organizó la expedición del batallón de enfermeros que trasladó a Hugo y sus aparatos médicos por las escaleras que subían al balcón del coro del templo.

Tendido en la camilla y jadeando para ingerir aire, Hugo fue viendo acercarse a los querubines pintados en

la bóveda del templo, niños de rizos dorados soplando trompetas de oro entre nubes blancas, ribeteadas de hoja de oro.

Luego, cuando el batallón se desvió por las empinadas y estrechas escaleras que subían a la azotea, Hugo fue asustándose con los demonios rojos y las flamas amarillas de las paredes.

En el centro de la azotea, estaba el falso domo. Desde lejos en la calle se miraba como un capuchón octagonal formado de vitrales coloridos.

Adentro, la sala octagonal estaba desnuda de ornamentos, la luz que pasaba por los vitrales pintaba con rombos de colores el piso de cemento blanco y a Hugo le pareció el lugar más hermoso del mundo.

Mientras le colocaban las distintas sondas por el cuerpo y las conectaban a las distintas máquinas y a los distintos riñones de plástico colgados de tubos, le pusieron en la cabeza un casco transparente y se lo ajustaron con correas a las axilas.

Entonces Aní le colocó en la mano un control remoto y le dijo maternalmente:

—Cualquier cosa, me llamas. Yo soy el botón verde.

Sentado con la espalda contra el colchón alzado, para mantener quieto el casco de acrílico, Hugo adivinó a sus guardias, anchos como roperos, apostados afuera de la puerta, en el pasillo.

Ojeó de sesgo las pantallas de las máquinas que flanqueaban la cama: las gráficas que registraban el funcionamiento de su fisiología pulsaban cada vez más con mayor regularidad.

Se supo por fin a salvo, cerró los párpados y se dejó caer a un sueño sin imágenes.

4

A media tarde, la puerta del octágono se entornó.

—Buenas —dijo el visitante.

Hugo en una silla de ruedas, el casco de acrílico en la cabeza, conectado por un tubo a un respirador, descalzo en la camisola de enfermo, no respondió.

El visitante era un hombre viejo y tan delgado que parecía tener solo perfil, con el pelo blanco cortado a cepillo, un traje negro gastado, una camisa blanca cerrada hasta el cuello, y un par de ojos extraordinarios.

Azul cobalto.

—Soy el padre Ortollani —se presentó—. El director espiritual de este templo. Y yo sé quién eres tú. Un hombre famoso y rico.

Acercó al enfermo una silla. Frente a frente, un vitral entre ellos, Ortollani le preguntó:

—¿Quieres confesarte, hijo?

—No voy a morirme —Hugo lo dijo muy suave dentro del casco y jaló aire.

—No, hoy no —Ortollani—, pero algún otro día de seguro sí vas a morirte. Es bueno estar siempre preparado para ese adiós inevitable de la vida.

Hugo enarcó las cejas por toda respuesta.

—Es mejor llegar a ese último adiós —siguió Ortollani— sin dejar pendientes en la Tierra. Dime, hijo, ¿hay algo de lo que te arrepientes?

Hugo dijo en un soplo dentro del casco:

—De nada —y luego jaló aire.

—Puede ser que tu corazón se aligere si me hablas de lo que le pesa.

Hugo nada más jaló aire otra vez.

Se escuchó un gorgorito: una paloma caminando en la azotea.

—Hay algo —murmuró de pronto Hugo—, algo que sí me pesa —jaló aire— desde que estoy enfermo.

—Dime. Escucho.

Hugo le contó al padre en voz quedísima lo que le

pesaba en el corazón.

—No compré acciones a tiempo de —jaló aire— de los viajes a Marte.

El padre se preguntó si la sedación no le afectaba la conciencia al enfermo.

Hugo se explicó en tirones de lenguaje espaciados por inhalaciones profundas.

Hacía 20 años se encontraba en el norte del país, revisando una nueva propiedad: una mina de cobre. Salía del túnel horadado en una montaña, el casco de minero en la cabeza, cuando notó a ras del suelo de arena ocre a un par de jóvenes parados junto a un jeep. Venían a encontrarlo.

Se guardaron del sol en una casa de campaña y les sirvieron 3 latas escarchadas de Coca-Cola.

Uno era el hijo de un empresario local, conocido de Hugo, y el otro era un muchacho sudafricano. El sudafricano se puso de pie y de espaldas sopló algo y de pronto se volvió para mostrarlo.

Un hermoso globo rojo jaspeado de naranja y amarrillo.

Se lo entregó con reverencia en las manos a Hugo.

—Marte —dijo.

El planeta rojo a 55 millones de kilómetros de la Tierra.

Hugo escuchó el plan de volver costeable el vuelo de cohetes que llegaran primero a la Luna y luego a Marte, y le contestó divertido, regresándole el globo:

—Eres un pillo encantador. Pero yo no soy un pendejo.

—El peor error de mi vida —susurró Hugo, al punto del llanto dentro del casco.

Y jaló aire.

Aquel muchacho era un genio: el mejor vendedor del mundo. Seguía vendiendo a Marte y seguía sin llegar a Marte pero había multiplicado por 3 mil el capital de la

empresa con que vendía el sueño de Marte y en el tránsito se había vuelto el gurú que la joven generación de empresarios idolatraba.

—Véndeme la mitad del sueño —le había rogado Hugo en la plataforma de lanzamiento del *Falcon 9*.

Pagaría un billón de dólares solo por el derecho de anexar el nombre de Alfa a un lado del nombre actual de la empresa, Espacio Ilimitado.

El hijo de puta se había reído en su cara y de seguro, según su versión actualizada de los hechos, en esa risa iba oculto el virus que ahora lo tenía en esta silla de ruedas, con una escafandra conectada a un respirador.

—Ni modo —dijo dentro de la escafandra Hugo.

Ahora, por pendejo, tenía que conformarse con ser uno más de una bancada de billonarios que compraban por adelantado boletos para viajar, tal vez algún remoto día, a Marte, con su familia y sus sirvientes predilectos.

—El bolígrafo —le ordenó Hugo casi sin aliento a Ortollani y señaló la mesita de acero junto a la cama.

Ortollani notó la autoridad con que lo usaba de mandadero, pero igual fue por el bolígrafo y se lo entregó: el bolígrafo era un símil de plástico blanco del cohete *Falcon 9* y con él Hugo le mostró cómo había ocurrido el despegue hacía unas semanas.

La nave se alzó de la plataforma en línea recta y un minuto después la cápsula que llevaba al frente —Hugo tomó la punta del bolígrafo y la desprendió— se separó del cohete y siguió su viaje hasta la Estación Espacial Internacional.

Volvió a empalmar la punta al cilindro del bolígrafo. Luego pulsó su tapa.

Clic clic.

El padre Ortollani reflexionó:

—Pero en Marte no hay aire respirable para los seres humanos.

Hugo tosió. Por respuesta se tocó la escafandra.

—¿Hay que construirle un casco de oxígeno a Marte? —Ortollani lo interpretó.

—Terraformar a Marte —Hugo animado—, ese es el plan.

—¿Qué significa eso? —preguntó Aní esa noche, cuando el padre le contó lo dicho por el enfermo del octágono.

—Terraformar —le explicó el padre Ortollani— quiere decir convertir a Marte en algo parecido a la Tierra.

Construir océanos. Construir invernaderos extensos como las selvas de la Tierra.

—Primero la Luna —Hugo dando a su hilo de voz un tono ascendente y épico— y luego… —tosió y cliqueó el bolígrafo: clic clic—. Y luego Marte. Y luego —clic clic, tos tos—. Venus. Y luego —clic clic clic clic, tos tos— el planeta Eureka, en la constelación Fornax. Y luego—

Hugo se dobló sobre el abdomen para toser una ráfaga de toses, hoscas, violentas, que empañaron totalmente el acrílico del casco.

Y el padre Ortollani empezó a reír: no ahí ante la escafandra totalmente nublada de Hugo, sino en su dormitorio de monje, ante Aní.

—Los humanos hacen planes infinitos —Ortollani entre dos risas—, llega Dios y de una carcajada los tumba.

—Descansa hijo —Ortollani se despidió de Hugo en el quicio y cerró tras de sí la puerta.

Y ya entrada la noche, guardado entre las sábanas de su cama, Ortollani volvió a soltar, al recordarlo, otra estruendosa carcajada, que fue rebotando entre las paredes de las escaleras que subían al piso del hospital y entró a la oreja de doctora Lagos, que se subía el cierre del mono blanco en el cuarto de los casilleros, para iniciar otro turno.

La doctora reconoció ese *staccato* distante: era la

bendita risa del padre Ortollani.

22
El alma

1

Un *staccato* de saxofón soprano: así sonaba la risa del padre Ortollani: diagnóstico de mi hermana Claudia la neumóloga.

Dados sus 85 años y su cuerpo delgadísimo, asombraba la capacidad pulmonar que su risa, larga, entrecortada y sonora, revelaba. Al reírse, los ojos azul cobalto se le aclaraban, se abrazaba el torso con ambos brazos, subía ambas rodillas y las bajaba, en lo que Claudia alguna vez creyó que era un episodio de epilepsia risosa.

Epilepsia risosa: convulsiones involuntarias de los pulmones.

La misma potencia pulmonar revelaban sus homilías en las misas de madrugada en la iglesia de San Joaquín: con esa misma tesitura de saxofón soprano y sin que la voz le temblara, el padre hablaba no menos de una hora ante sus devotos del centro de la ciudad.

Entrada ya la Fase 2 de la pandemia, Aní se apostaba junto al gran pórtico del templo para vigilar que los feligreses recién llegados se lavaran las manos con el gel de los dispensadores instalados en las dos pilas bautismales de la entrada, después verificaba que se hubieran sentado dejando en las bancas de madera un

asiento vacío intermedio y, por fin, que rezaran con cubrebocas.

Otra novedad de los tiempos de la pandemia fueron las palomas.

Se metían a la iglesia por los huecos en los vitrales de santos y durante la misa, sentadas en los altísimos capiteles de las columnas o a lo largo del medio murete del balcón del coro, gorjeaban.

Por esos días fue que la autoridad sanitaria empezó a usar la palabra *confinamiento*.

La gente debería confinarse en sus casas. Se entendía que así cada persona evitaría el contacto con el virus, pero la orden era algo más: el confinamiento de toda la población era la estrategia colectiva para aislar las cadenas de contagio del virus.

Todos encerrados en casa.

Algo inesperado sucedió entonces en el templo: en lugar de que los feligreses disminuyeran, aumentaron, aun si hubo un recambio en su nivel social.

Fueron dejando de asistir al templo los artesanos, los oficinistas, los tenderos, los marchantes del mercado central de la ciudad: los que podían confinarse porque tenían ahorros o patrones que les pagaban el salario o los dejaban trabajar desde casa, y fueron llegando más y más trabajadores desechables: los que se inventaban cada día un trabajo: los más pobres entre los pobres.

Entre el miedo al hambre y el miedo al virus, necesitaban las invocaciones a Dios del padre Ortollani para resistir.

—Más bien —se dolió Aní—, necesitaban que el gobierno abriera centros para la distribución de alimentos o les diera dinero para comprarlos, y aunque de política el padre jamás hablaba, sí les prometía que el auxilio del gobierno les llegaría pronto.

Pero ese auxilio del gobierno no llegaba.

Entonces fueron volviendo a las misas del alba los

tenderos, los marchantes y los artesanos: los ahorros se les habían agotado y debían salir de sus casas y enfrentarse, de nueva vuelta, al aire compartido y tal vez envenenado. La muchedumbre no cabía ya en el templo, se prolongaba por el callejón y alcanzaba al zócalo de la ciudad: una muchedumbre que hincada bajo el cielo claro y aún con estrellas, atenta a la voz del padre Ortollani, magnificada por los altavoces que Aní mandó montar en los campanarios de la iglesia, se persignaba a cada mención de lo ultraterreno y a menudo gemía por sus muertos ciertos y los que vendrían.

Una mañana a media homilía, el padre Ortollani se quedó mudo.

Alzó los ojos hacia las palomas: varias cruzaban el cielo pintado de la bóveda para cambiar de capitel.

Aní siguió tocando en el órgano la pieza de Mahler con que ambientaba la homilía, pero el padre seguía perdido en las palomas.

—Ahora, hijos míos —murmuró en su micrófono de diadema, como si las palabras le fueran sopladas al oído por la nada—, ahora fuera.

¿Fuera de dónde?: nadie lo entendió.

El padre alzó la voz:

—Fuera de este templo. Acá no hay un milagro que yo les pueda ofrecer.

Bajó al pasillo central y fue persiguiendo a los feligreses, largándolos mientras manoteaba el aire:

—Acá nadie se cura, acá la gente solo se infecta.

En el callejón siguió espantando a la gente:

—Largo, largo, vayan a buscar a Dios lejos de acá, este templo no será otro foco de infección.

2

El papa dio esa mañana la misa desde el balcón de una

plaza de San Pedro dilatadamente desierta.

Únicamente, bajo un toldo blanco, se resguardaban del sol un manojo de cámaras de televisión y de periodistas.

El papa Francisco alzó los ojos y siguió predicando a las nubes sobre la hermandad entre los hombres de buena voluntad.

3

—*Come vai, Paulo?* —preguntó el papa Francisco ese mediodía, a la cabecera de la larga mesa enmantelada de blanco, el celular en la diestra.

—*Tragici momenti* —Ortollani le respondió desde la sacristía del templo de San Joaquín.

—*Si, c'è molto dolore* —le dijo el papa a su compañero de aquel remoto noviciado de la Compañía de Jesús de Buenos Aires.

Ortollani le contó entonces al papa que había cerrado la iglesia y el papa le contó a su vez que lo propio había hecho él con el Vaticano entero, desde que la pandemia arreció ahí. Ese momento le pareció a Ortollani el propicio para pedirle permiso para convertir la iglesia en hospital.

—No Paulo —respondió el papa Francisco—. Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Mateo 22, 15.

—Eso es lo malo de la Biblia —nos comentó Ortollani a Claudia y a mí al llegar a ese punto de la historia—. Es un libro demasiado grande y hay citas para justificar cualquier mezquindad o idiotez.

Le respondió al Papa:

—Dios es lento para la ira y generoso en su misericordia. Éxodo 34, 6-7.

El papa replicó a bote pronto:

—En un lugar sagrado solo puede admitirse aquello que favorece el ejercicio del culto. Reglamento canónico, cláusula vigésimo quinta.

Paulo rebatió:

—La iglesia debe ser un hospital para enfermos, no un museo para santos.

—¿Y esa cita de qué texto? —el papa pidió las coordenadas de la frase.

—De mi cosecha —Ortollani.

El papa se enfadó:

—No Paulo, no insistas. Sentaría un precedente nocivo. Los lugares de culto deben preservarse para el culto. Sal a distribuir comida, sal a confesar moribundos, con la debida distancia, sal a persignar urnas con cenizas, pero te prohíbo expresamente montar un sanatorio en la iglesia de San Joaquín.

Cortando la llamada, Ortollani decidió pedir permiso a una autoridad superior en la jerarquía de la religión católica.

En su iglesia vacía, a no ser por las palomas que se movían por el piso ajedrezado, se hincó ante el altar y le preguntó al Jesús clavado en la cruz:

—¿Qué harías tú, de seguir acá en la Tierra?

Luego de escuchar en su corazón la respuesta le contestó al Cristo:

—Eso suponía. Mil gracias.

4

—Enséñales el hospital —le pidió el padre a Aní.

Al llegar a mi casa, el cubo de vidrio en la montaña, Aní había dejado una caja de zapatos en la mesita baja en torno a la cual hablábamos, sentadas en los sofás de la sala.

Ahora tomó la caja de zapatos, la destapó y la

volvió a dejar en la mesita, para que Claudia y luego yo nos asomáramos dentro.

Aní había hecho una maqueta primorosa del interior de la iglesia ya convertida en hospital.

En una pared de cartón, una crucecita formada por dos fósforos: el símil del crucifijo del altar, y camitas centimétricas, hechas con diminutos rectángulos de algodón blanco, que había alineado una al lado de la otra.

—Este es su hospital, doctora Lagos —Ortollani a mi hermana—, si acepta dirigirlo.

—Acepta —le pidió Aní—. Debo decirte que las vidas que Paulo toca, cambian de destino.

Era una frase que reconocí.

Sofía la había escrito en la carta que en el manglar me pidió que le entregara a mi hermana, una carta en que le pedía que platicara con el sacerdote.

Me dio ternura la promesa de la pequeña Aní y de la imponente Sofía: yo ni siquiera creía en algo llamado «destino».

Claudia en cambio ni siquiera lo reflexionó, simplemente empezó a enumerar qué necesitaba para poner en marcha el hospital.

Mamparas, para dividir entre sí las camas.

Rampas.

Respiradores, que eran caros y habría que comprar en el extranjero.

Máquinas de rayos X.

Equipo de desinfección.

Aní tomaba nota en un cuadernito del tamaño de una mano mientras la lista seguía y seguía.

—Ah —añadió Claudia—, y quitar el crucifijo del altar.

Hubo un momento de pasmo.

—Para no desanimar a los enfermos con un señor sangrante y colgado a un madero con clavos —Claudia.

Ortollani:

—¿Podemos negociarlo, hija?

Claudia:

—No Paulo. No es negociable.

—Puedes llamarme padre —Ortollani.

—En realidad tampoco puedo hacer eso —Claudia —. Usted no es mi padre.

—Supongo que eres atea —Ortollani.

—Fervorosamente —Claudia.

Ortollani sonrió:

—Bien, pondremos al Cristo y su cruz en el dormitorio de Aní —dijo—. Creo que acostado en su camita le hará buena compañía en las noches.

Aní y Ortollani se rieron. Aní con una risa aguda, como el ruido de una maraca. Ortollani con su carcajada de saxofón en staccato, abrazándose el torso con ambos brazos y subiendo las rodillas y bajándolas: un ataque de risa que a Claudia y a mí, con toda franqueza, nos pareció excesivo.

5

—Antes de comer el pastel —dijo Ortollani—, quisiera hablarles del alma.

—Oh no —pensé yo.

Claudia y yo habíamos servido en la mesa los platos con el pastel de almendras y las tazas con el café recién percolado.

—Si es inevitable, adelante —Claudia forzándose a ser amable.

—La palabra *alma* aparece en la Biblia miles de veces —empezó Ortollani—. Y es una palabra que traduce la palabra hebrea *nefesh,* que significa literalmente *respiración*.

Respiración: el acto de inhalar aire con los

pulmones y luego expelerlo.

—Y metafóricamente —siguió Ortollani—, *nefesh* significa también otras cosas. Aliento de vida. O se usa significando la vida misma.

—Y sí —continuó Ortollani—, respirar es introducir al cuerpo vida y dejar de respirar, de forma permanente, es haber perdido la vida. Además —agregó—, también metafóricamente, *nefesh* significa *cuello* o *garganta*. Siempre algo concreto y real.

Pero a la *nefesh* hebrea algo trágico le ocurrió en el siglo 4 después de Cristo.

Cuando el cristianismo se volvió la religión oficial del Imperio romano, el emperador Constantino I ordenó a los obispos que uniformaran la narrativa de la religión. Parte central de ello fue traducir la Biblia al griego y al latín en versiones definitivas.

—Ahí fue que Platón jodió a la especie humana —Ortollani.

Sucedió así.

La Biblia no solo fue traducida al latín y al griego, sino que fue torturada para que cupiera en la narrativa que dominaba al mundo romano: el platonismo. Una narrativa que divide a la realidad en lo natural y algo que está más allá, y de igual forma divide al ser humano en un cuerpo y algo que está más allá.

Más allá: en la metafísica: en lo que está más allá de lo físico.

—Desde entonces *nefesh* pasó a indicar algo incorpóreo, algo misterioso, algo inasible: el alma.

—Ese fue el gran vuelco para la religión cristiana —dijo Ortollani.

Y retroactivamente para la religión judía también: contaminados de platonismo, los rabinos empezaron a leer la palabra *nefesh* como algo ultramundano.

Fue ponerlo todo de cabeza y todo se confundió. Buena parte de las historias bíblicas empezaron a

significar algo distinto.

¿Para qué quieres conquistar el mundo si en el trámite dejas de respirar?, que era una verdad evidente, se volvió algo nebuloso: *¿Para qué quieres conquistar el mundo si pierdes el alma?*

El hecho de que todos los seres vivos lo somos porque respiramos el mismo aire, se volvió la creencia en una remota e inmensa entidad llamada «alma universal».

Y si la religión fue originalmente una pedagogía para el bien respirar, para el bien estar en la Naturaleza, se transformó en el arte de alucinar una realidad fuera de la realidad, y la respiración disfrazada de alma empezó a ser el dique que nos separa de la Naturaleza.

Ortollani:

—Peor: el alma humana, nuestra pretendida superioridad ante los otros seres vivos, fue lo que nos puso en contra de la Naturaleza, como en contra de un enemigo al que se debe conquistar, luego domar o comer, y por fin aniquilar.

Una oposición que tampoco el Humanismo ateo resolvió. Al contrario, una oposición que el Humanismo exacerbó.

Al desterrar a los ángeles y los demonios de la conciencia humana, el Humanismo entronizó como autoridad máxima a la entidad que había creado esas fantasías y era igual de inmaterial: el pensamiento.

Descartes famosamente sintetizó en una frase el credo humanista:

Pienso, luego existo.

Que es lo mismo que decir: el pensamiento —lo absolutamente inmaterial— es la raíz de la materia de mi cuerpo.

—Una locura —suspiró Ortollani— que me parece a mí, es tiempo de enderezar.

Deberíamos darle un vuelco a ese vuelco platónico, para caer de pie descalzos en la realidad. ¿Cómo? Cada

que inhalamos recordar que inhalamos vida.

El sacerdote se acodó en el mantel y entrelazó las manos.

—No sé —dijo entonces— si ahora puedan acompañarme en esta plegaria.

Aní entrelazó igual las manos, pero Claudia y yo, las ateas de la mesa, no.

El padre y Aní respiraron hondo y exhalaron largo…

Luego repitieron la operación: inhalaron al unísono, exhalaron juntos…

Claudia comprendió en ese momento que eso, respirar al unísono, era la plegaria, y le pareció excelente. Así que entrelazó las manos y acompasó su respiración a la de ellos.

Respiraron hondo…

Exhalaron largo…

Y yo me dejé vencer: entrelacé igual mis dedos y me uní a la plegaria.

Respiramos hondo los cuatro…

Exhalamos largo…

Hasta que Claudia, la neumóloga, susurró:

—Amén.

23
Clic

1

Luego de revisar uno por uno a los pacientes en la nave del templo, a eso de las 2 de la mañana la doctora Lagos decidió ir a visitar al enfermo del octágono.

Subió las escaleras que llevaban al coro y subió luego por la escalera más estrecha que llevaba a la azotea.

Saludó con un ademán a los corpulentos guardaespaldas apostados contra la pared, le pidió al valet del enfermo, al viejo Agustín, que hacía guardia en una silla enfundado en un abrigo, que saliera a cenar algo en la calle, y entornó la puerta despacio.

El piso de cemento del octágono estaba tenuemente pintado con la luz coloreada que bajaba de los vitrales.

Rombos azules. Verdes. Ámbar.

Claudia se acercó al hombre sentado contra el colchón: dormido dentro del casco de acrílico, respiraba regularmente.

—Infeliz —se le escapó la palabra.

Hugo abrió ambos ojos.

Nunca había visto a esa mujer. ¿O sí? El pelo guardado en una gorra verde, un visor cubriéndole la mirada, la boca cubierta con un cubrebocas: no podía estar seguro.

—Soy la doctora Lagos —se presentó ella—. La hermana de
Valeria.

Hugo tosió.

—¿Cuánta gente mataron tus decisiones? —la doctora se lo preguntó con verdadera curiosidad—. ¿Llevas esa cuenta?

Hugo presintió el peligro. Palpó con una mano las sábanas y encontró el control remoto para llamar a la enfermera. La doctora se lo tomó de la mano y lo metió en una bolsa de su mono blanco.

Dentro del casco Hugo aspiró hondo aire y en un esfuerzo supremo movió ambas piernas hasta la orilla de la cama. En otro gran esfuerzo estaba sentado en la orilla, dándole la espalda a la doctora.

—Si te arrancas el tubo que mete oxígeno al casco, te mueres —le advirtió ella—. Mejor no te bajes de la cama.

Hugo lo calculó: en un tercer esfuerzo bajó los pies al cemento, se alzó de la cama, abrazó al respirador, del que partía el tubo al casco, y lo empujó para dar un paso con él hacia adelante, y luego otro paso, pero las sondas que venían de los otros aparatos lo retuvieron.

Tres sondas insertadas en su mano izquierda y un catéter que entraba a su cuello.

Ahí se quedó, a medio octágono, jadeando, dándole la espalda a la médica, retenido por las sondas.

Claudia caminó para encontrarlo cara a cara.

Empujó despacio el respirador hacia la cama y Hugo, dócil, dio dos pasos de espaldas siguiendo a su aparato salvador.

Claudia le puso la mano en el pecho y lo empujó para que cayera sentado en la cama. Se inclinó para tomarle con firmeza ambas piernas, las subió al colchón, y empujó otra vez el torso, para regresarlo contra el colchón alzado.

En las pantallas que registraban sus signos vitales las líneas estaban trastornadas, con picos altos y valles bajos. Claudia giró en una máquina un botón, para que no se transmitiera la crisis de arritmias a la central de enfermeras.

Después giró el regulador de plástico blanco de la sonda por la que bajaba el tranquilizante, para que descendiera no a gotas, sino en un flujo.

—No soy Dios —pensó observando el rostro detrás del acrílico: un rostro descompuesto en la mueca del terror—, no soy Dios para decidir sobre la vida o la muerte de un ser humano. Ni siquiera creo en Dios. Ojalá creyera. Ojalá pudiera observar cómo hace justicia entre nosotros. Pero algo sí sé distinguir.

Lo dijo en voz suave:

—Hay malvados y hay santos.

Hugo no se movía ya: mientras se hundía en la tranquilidad forzada por el fármaco que le entraba directo a una arteria, esperaba que esa mujer hosca se esfumara, como quien espera despertar del otro lado de un sueño.

—¿Qué debe hacerse con un malvado? —la doctora lo pensó, no lo dijo—. ¿Permitirle que continúe haciendo el Mal y no interponerse? ¿O extirparlo, como a un tumor canceroso?

—Hay muertes que salvan vidas —pensó, no lo dijo.

Fijó la mirada en el apagador del respirador.

Era de plástico blanco, parecido a los apagadores de luz, aunque más grande, con una palabra arriba (ON) y otra abajo (OFF). Entre ambas palabras se cifraba la vida del Hijo de Puta malévolo.

La doctora se quedó mirando detenidamente el apagador.

2

A eso de las 3 de la mañana, la jefa de enfermeras abordó a la doctora Lagos en medio del ajetreo de la sala de entubación.

—Te busca alguien —le dijo al oído—, viene de parte de tu hermana.

—¿De mi hermana? ¿Dónde está?

—En el pórtico.

La visitante estaba en la calle, a un lado de las grandes puertas de madera del templo.

Una enfermera alta, vestida en la pijama verde de las enfermeras. Entre el tapabocas y la gorra verdes, sus ojos eran negros, y llevaba en el pecho una medalla de oro pequeña, del tamaño de una moneda de 1 peso, con la Virgen en bajo relieve.

—Soy Consuelo —la Furia Mayor usó su verdadero nombre: el que le puso su madre al nacer—. ¿Sigue vivo?

Claudia asintió:

—Sigue vivo. Durmiendo profundamente. Valeria y yo recién hablamos largo de ti por teléfono.

—¿Y entonces qué hacemos?

—Pasa —respondió Claudia.

Guio a Consuelo por el pasillo de la nave del templo donde los pacientes tendidos en las camas y entubados, hundidos en el santo sueño procurado por los sedantes, inhalaban profundo y exhalaban largo, al unísono: o más bien, las máquinas respiradoras respiraban por ellos, al unísono: a un tiempo inflaban y desinflaban sus globos azules de aire.

Con ese coro de cientos de respiraciones acompasadas al fondo, Claudia condujo a Consuelo al pie de las escaleras y ahí le indicó el camino al octágono donde dormía plácidamente el Hijo de Puta más odiado del país.

—Buenas noches —la Furia saludó en un murmullo a los cuatro guardaespaldas tendidos en el piso ajedrezado del pasillo.

Como perros velaban la puerta de su amo.

—No se levanten —les pidió—. Ahí sigan cuidando la puerta.

En cuatro zancadas pasó por encima de uno y otro y otro y otro, abrió la puerta y ya dentro del octágono la cerró muy despacio, hasta que el pestillo al entrar en el marco de la puerta soltó un chasquido.

Clic.

Se acercó a la cama donde el paciente dormía sentado y tranquilo, la cabeza dentro del casco.

Se paró ante el respirador para distinguir el apagador del que le había hablado la doctora Lagos.

—El más grande, el único de plástico blanco —le había dicho.

Luego, la Furia se fijó en un punto de luz rojo que brillaba en la juntura de un vitral y el techo.

La reconoció: era una minúscula cámara de vigilancia.

En el despacho oscuro de su casa, en la pantalla luminosa de la computadora, Palomino en pijama vio a Consuelo mirando directo hacia él.

La mano se le deslizó hacia el teléfono, colocado en el escritorio, para llamar a los guardaespaldas que protegían, tumbados en el suelo, la entrada al cuarto del HDP.

Pero no los llamó: dejó quieta la mano sobre el teléfono y de entre sus dientes escapó una risita de serpiente.

—Sssss. Sssss.

Entonces fue que la Furia hizo algo de una simpleza abismal.

Bajó el apagador del respirador artificial.

Clic.

Y permaneció ahí observando cómo al hombre dormido le empezaba a faltar el aire dentro del casco.

Abrió grande la boca.

Abrió grandes los ojos.
El casco fue empañándose.
Y quedó cubierto de una capa de vapor.

3

El buque avanzó por el mar blanco como la leche, bajo el cielo totalmente cubierto por una capa de nubes blancas.

A lo largo de ambos costados del buque, una docena científicos dejaban caer un coco cortado por la mitad al agua, cada minuto.

Se agachaban para tomar del piso otra mitad de coco y volvían a dejarla caer en el mar.

Había resultado que una mitad de coco era tan apta como una caracola para servir de hogar a un pulpo: secada al sol, su cáscara endurecida no era igual de resistente, pero sí lo suficiente, con la ventaja de que en el manglar los cocos abundaban, colgados de las palmeras.

A medio día el cielo se había despejado, el sol ocupaba el cenit, el mar era de oro líquido y Sofía, la Furia y yo, vestidas en trajes de buzo de neopreno, con visores, las boquillas de oxígeno en la boca, los tanques a la espalda, bajamos una tras otra por la escalerilla en un costado del buque.

Ya sembradas en el fondo marino las mitades duras de coco, tocaba ahora sembrar los pulpos.

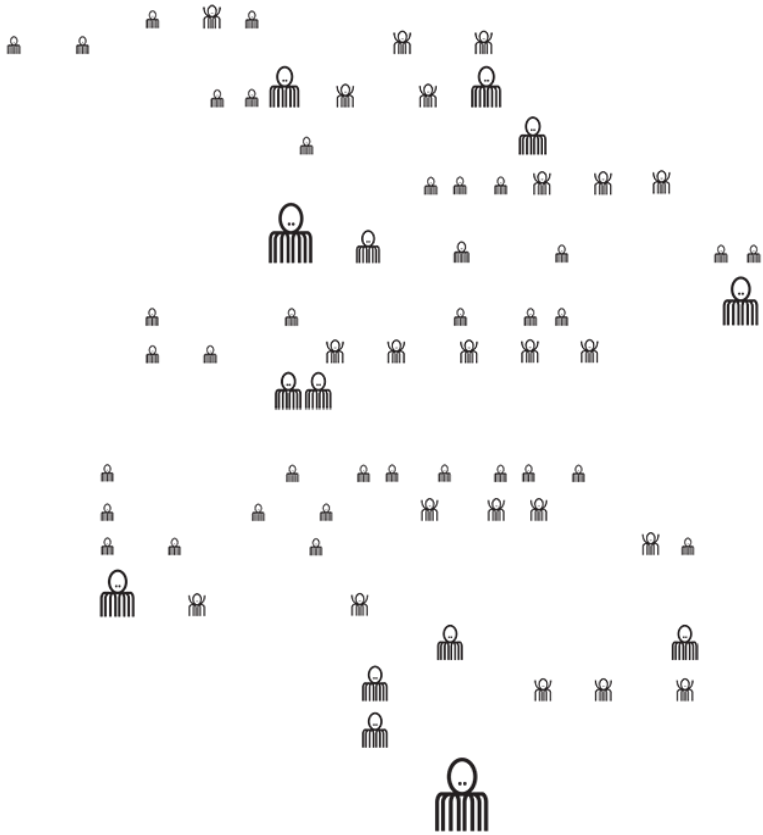
Nos soltamos de la escalerilla y nos dejarnos sumergir en el agua transparente e iluminada.

Luego dejaron caer del buque los costales.

Los costales descendieron despacio por el agua hacia nosotras, mientras los pequeños pulpos fueron escapando por su apertura superior.

Una lluvia de flores de carne rosa con puntos negros, que en un parpadeo mutaban al color turquesa o

al negro o al blanco, o volvían al rosa moteado de puntos negros, mientras extendían y cerraban los largos y flexibles brazos.



4

Esto ocurre un año después.

Un salto de verdad extraordinario en el conocimiento de los pulpos. No sé si ellos se vuelven más inteligentes, pero nosotros los primates parlantes sí nos volvemos más conocedores de la inteligencia de ellos.

Un pulpo adulto avanza sobre seis de sus brazos en la superficie blanca y plana de la arena submarina mientras carga, bajo los otros dos brazos, las dos mitades de un coco: una mitad repleta del racimo de sus huevos

transparentes, la otra mitad vacía.

Y yo me asombro: vestida en el traje de buzo de neopreno, videando a la pulpo con mi celular resistente a las altas presiones y al agua, reconozco la enorme inteligencia que implica abandonar las costumbres de tus padres y decidir el mejor lugar posible para establecer tu hogar.

El pulpo hembra entonces aposenta una mitad del coco en un bosque de algas negras y luego la otra mitad del coco a un lado, sobre la arena blanca, y yo echo por las comisuras de la boca, mientras aprieto con los dientes la boquilla, burbujas plateadas: una risa feliz al saber que también yo he elegido mi hogar y lo he elegido bien.

He escapado de la ciudad y de la burbuja humana del pensamiento y por fin habito este hogar espacioso y pródigo, llamado realidad.

Acerca del autor

Sabina Berman. Es dramaturga, narradora, ensayista, guionista y directora de cine y teatro. Ha sido galardonada cuatro veces con el *Premio Nacional de Dramaturgia en México* y el *Premio Juan Ruiz de Alarcón*, así como en dos ocasiones con el Premio Nacional de Periodismo. Es autora de las novelas *La mujer que buceó dentro del corazón del mundo* (Destino, 2010) —ganadora del *Premio LiBeratur* y publicada en 33 países— y *El dios de Darwin* (Destino, 2014).

© 2021, Sabina Berman

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: mayo de 2021
ISBN: 978-607-07-7590-1

Primera edición en formato epub: mayo de 2021
ISBN: 978-607-07-7616-8

El contenido de este libro es responsabilidad exclusiva de la autora y no refleja la opinión de la editorial.

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas -vivas o muertas- es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).
Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE